

Miguel Ángel Olmedo Fornas

Piezas sueltas

Primera edición: 2009

ISBN: 978-84-96405-88-2

Depósito legal: M-40379-2009

Dime, ¿hacia dónde?

Trato de anotar todo en un vago apunte literario, sobre la marcha, inmersos ambos en la ventura de ser, estar y seguir.

Paisaje donde despunta el alba; paisaje donde asoma el infinito estrellado; paisaje de mediodía, animoso, y de crepúsculo que invita a intimar.

Los caminos, recorridos sin vértigo, nos llevan a la evocación; y puede, por qué no sospecharlo, a la deseada atención de miradas enamoradas. Este camino de hoy, cuando se anota un vago, porfiadamente errabundo, apunte viajero, zigzaguea sin fatigar. La tierra está donde suele y el cielo donde debe. Qué importa una vuelta más o menos en el camino si la vida, frecuente y afortunada circunstancia, da muchas vueltas. La tierra sostiene el paso congraciado de los andadores; el cielo, desde la munificencia, colorea de luz y adyacente sombra lo que se anda, lo que se vive, lo que se percibe y lo que se siente. El cielo en su ático, la tierra en su lecho sólido y líquido.

A ratos, cuando procede o apetece, nos concedemos un alto en el camino. Repasamos, sopesamos, me cuentas y anoto, cruzamos intenciones, respiramos ese aire que nos

acompaña y decidimos seguir. Es nuestra mística, nuestra más poderosa vinculación.

En los caminos las ansias se sacian con los variados espectáculos que ofrecen, unos más públicos que otros; éstos quizá los menos, aunque bien llamativos. Los andariegos como nosotros, a ti te lo digo, tú a mí me lo dices, recobramos los caminos refugiados en la memoria o en cartografías de difícil acceso por formar parte de otras épocas y otras motivaciones. Estos caminos de poco tránsito, de transeúntes precipitadamente enajenados a más cómoda ruta, a distancias recorridas en menor tiempo y por trazados mermaidos de sinuosidad, son los caminos que tú y yo preferimos. Caminos donde se recortan los monumentos sobrevivientes a la prisa y la velocidad. Caminos sin límite que también siguen las estrellas, la Luna y el Sol en su diario discurrir.

Miradas cómplices la tuya y la mía.

¿Hacia dónde ir?

Qué pregunta innecesaria. Sigamos.

La presencia

Empezaré por reconocer que me tenía cautivado en cualquiera de las acepciones de la palabra que elijan como prueba para juzgarme. Largo tiempo he sucumbido al encanto de lo indescifrable, por mí y para mi curiosidad impenetrable mientras ella —¿ella?— dominaba los escenarios. Conviene ser humilde al presentar los misterios en público, aun por escrito y con el antifaz de la distancia engarzado, no sea que alguien dotado de especial conocimiento o sensibilidad para la materia puesta en cuestión deje en evidencia la fantasía de lo sucedido ridiculizando al relator. Asumo el riesgo. No me engaño a mí mismo, lo que me libera de la sospecha de fraude; otros cargos podrán imputárseme, en ese caso pediré, incluso suplicaré, clemencia al jurado. Fin del preámbulo.

El motivo de su elección era, cuanto menos, enigmático. Llegó a mi casa como quien regresa a la suya tras un viaje inesperado, quizá reconfortante pese a la precipitación. Fuimos presentados mediando una coincidencia que ahora no me parece casual; ningún otro protocolo terció entre ambos. Puede, eso sí, que anteriormente hubiera advertido su deambular ocioso por la casa, una vivienda espaciosa la mía, confortable y receptora también; hasta es posible que departiendo con mi natural escéptico a cualquier hora del día o de la noche ya hubiera reparado en su hechicero influjo nada más elegirme como su anfitrión. No he llegado a discernir el por qué de tal preferencia; se niega a explicarlo y sus razones tendrá.

Era inevitable el encuentro, escalera arriba o abajo, al cerrar o abrir una puerta, al tomar asiento o yacer en la cama

para permitir que vague la imaginación un rato sin medida horaria. Y ella —¿ella?— se hizo patente con una recomendación. Yo aquello no lo tomé ni bien ni mal; puede que ni lo considerara cierto. Cuántas cosas extrañas pasan a lo largo de la vida apenas concediéndoles importancia. A lo mejor, si viene a cuento o si apetece el protagonismo, a lo largo de una velada entretenida con invitados la mayoría conocedores de las rarezas, de las sutilezas y de las ocurrencias del resto, y la familiaridad en el trato de quien les ha solicitado su participación, se deja caer la anécdota velándola con intriga, muy al gusto de la concurrencia. Es lo esperado en un ambiente propicio, señoras y señores.

Ella, la enigmática presencia me refiero, se manifestó un atardecer de hermosos colores cambiantes al tránsito. La tibieza del clima se sumaba a un estar inducidamente letárgico, de anticipo pausado y distraído ante futuras novedades y encuentros prontos a suceder, sentado yo en la clásica mecedora sin forzarla al vaivén, cuando recibí un mensaje cifrado de, admito, fácil resolución. Giré ligeramente la cabeza en dirección a la brisa susurrante, pero no le bastaba esa mínima atención. Entonces, cual obedeciendo una orden no exclusivamente mía, siguió el resto del cuerpo idéntico rumbo ya metido en la humana indagación. La presencia saludó cortés, educada, trasluciendo una forma y un fondo mundanos. Correspondí al saludo de manera automática aunque sencilla, casi inconsciente, en volandas de una ensoñación de la que indefectiblemente se despierta antes que después; aún dueño de la situación y en mis dominios, pretendiendo reservar una distinción por merecer para el momento adecuado.

La presencia, de imposible descripción física, me anunció su propósito de alojarse un tiempo en la casa, ocupando

únicamente una habitación próxima a la mía y distante, cuanto fuera posible, del consabido ajeteo durante las recepciones. Cómo iba a negarme dados mis antecedentes hospitalarios. Dispuse un servicio esmerado para satisfacer las demandas de tan asombrosa invitada, que para mí era mujer sin especificar otros detalles de su atrayente, irresistible, condición. ¿Debilidad?; puede. ¿Curiosidad?; toda.

Ordené lo que me ordenó sin pronunciar palabra, innecesario, bastando la correcta interpretación de sus deseos, evidente para mi renovada percepción. En breve, encubiertos por el liviano manto de una noche serena, juntos sin rozarnos, amablemente identificados, convino en aprobar mi completa disposición.

Ya a su servicio, entregado a su ciencia desde la primera lección, atraído e intrigado a partes iguales, acepté como premisa que el conocimiento siempre es válido, sea cual sea el precio que por él hay que pagar y las consecuencias de su aprendizaje o los efectos de su aplicación. Se aprende para conocer y este conocimiento, esta sabiduría se ha de aplicar para que tenga sentido. En mí, alumno aventajado, discreto y obediente no cupo reticencia alguna. Y cuando comenzaron las clases prácticas me sentí afortunado en extremo; diré que también nervioso, o mejor será decir que excitado cual aprendiz de mago. El saber no ocupa lugar en una persona despierta, inquieta, con afanes varios, diestra en tertulias, conocedora del terreno que pisa; modestamente cauta y respetuosa con la privacidad de los sentimientos a pesar de las maledicencias, hijas de la envidia, tan abundantes en el envés de la diplomacia.

Pues bien, ya estaba en trance de confirmación y reválida. El poder averiguar lo que oculto suele mantenerse es algo indescriptible con las habituales palabras que expresan

las emociones. La imaginación cede su imperio a la mágica plasmación de un deseo silenciado en todo tiempo. ¿Exagero? Aunque así fuera. Yo, por mí mismo y sin esfuerzo, atrapaba la verdad o la mentira al punto de ser concebidas por su autor. Yo, investido de un poder nuevo y estremeceador, podía anticiparme a las preguntas y a las respuestas no por conocerlas de antemano o por adivinación sino imposibilitando que fueran generadas.

Esta capacidad de embargo e inmediata supeditación convierte al poseedor en un ser imbatible, a qué cuestionarlo. La reunión transcurrió plena de sorpresas para los invitados y repleta de alicientes para el anfitrión. En mi descargo aduciré que no excedí en el lógico provecho del experimento la dignidad de nadie. La tentación de seguir avanzando surgió a menudo, innegable; pero me rehíce echando mano de honestidad y elegancia, virtudes que adornan a la persona de correcto proceder. A la tentación también la resiste el miedo. Tanto poder excede de la capacidad para administrarlo, al menos en los primeros estadios, durante las probaturas.

“Hoy le veo más ufano”. “Pareces extasiado con alguna ocurrencia que astutamente callas”. “¿Qué nos reservas?”. “Su mirar es tan significado...”

Cualquiera no se deja penetrar por los halagos y por el misterio originado al tantear las habilidades. “Es como sí...”

El desconcierto es otro factor a considerar, el propio y el ajeno. Controlado el desconcierto propio, el ajeno se vuelve rápidamente aliado de la conquista impidiendo desde dentro la reacción.

¡Qué bien se expresan los estados de ánimo! Qué libérrimos si no se les coarta con manidas reconvenciones o se les cercenan las alas con sutiles podaderas.

El estado de ánimo, señal identificativa por antonomasia, concentra sus reflejos en una sonrisa pronta o en un carraspeo tropicado; en una efusiva mirada o en un lacónico comentario dejado ir como el soplo aire que huye de los pulmones en la débil postergación de la apatía. Y todos esos reflejos emanados de un mismo origen persiguen desorientar a quien dirige la acción contra la zona más vulnerable y más expuesto a la vista del cuerpo; léase manos, léase rostro.

A esa primera reunión pródiga en asombros, sorpresas y revelaciones, más en mí los pasmos y estupefacciones que en los todavía ignorantes afectados, siguieron otras, las previstas, con los habituales y algún que otro invitado ocasional apropiado para esclarecer el motivo o uno de los aspectos inductores del encuentro en mi confortable morada, que compartía con ella —¿ella?— sin conocimiento de los asistentes. A la presencia no le llamaba la sociabilidad de la misma manera que no le conmovía el azoro o le turbaba el rubor.

Las reuniones programadas así como los encuentros fortuitos, les explicaba a ustedes, se sucedían con normalidad según un calendario establecido anteriormente. Un día, el estado de ánimo de la víctima propiciatoria acentuaba la picardía de una caída de ojos; otro, coloreando progresivamente la mejilla, delataba una frontera escurridiza; otro día, en la fragilidad de la mandíbula remoloneaba tironeando de una mueca apenas distante de lo infantil; las más de las veces, sobrevolando con el impulso de la curiosidad los territorios desguarnecidos de valedor ropaje, a la segunda frase ya liberada de la exigible cortesía, la estructura cedía hasta el límite del acatamiento.

¡Cuán poderoso es el lector de los estados de ánimo! No

hacía falta interpretar: la evidencia era tal que sobraban las confesiones o las pruebas redundantes de un cometido... sí, arteramente desvelado. Pero sin que yo fuera el artífice de tamaña violación de la intimidad, indeseable para mí persona, por supuesto. Se me podrá acusar de complicidad, lo acepto; se me acusará merecidamente en derecho de aprovechamiento, lo asumo; se me acusará con fundamento de actuar con mal y deliberado estilo prevaleíndome de una habilidad insólitamente adquirida.

Confieso que la tentación, omnímoda y subyugante tentación, me vencía. No hace falta ilustrar con ejemplos, redundantes, obvios, mi humana debilidad. La tentación tironeaba de mí como empuja hacia el vacío la terrible atracción por lo desconocido, lo inasible, lo imposible.

Flotaba en un dilema confrontada la ética y la moral. Sin embargo, no ayudaron a la rectificación mis invitados. Yo, reitero, me hallaba preso de mí mismo a través de esa férrea dependencia que es el juez menos sobornable de cuantos existen para el hombre común. Ninguno de ellos faltaba a la cita cuando era convocado, fuera allegado, reciente o nuevo; nadie excusó con elegante distancia, con racional prevención, la visita al afamado quien, al parecer, dicho entre rumores y parca gesticulación, obraba prodigios con su sola, admirativa presencia. Calificativos que aplicaba yo, una vez despedido de toda compañía visitante, a la poseedora de mi albedrío.

El encausado, yo, lejos anda de justificar su declarada flaqueza ni pretende abrigar la esperanza de una circunstancia eximente que le libre de la condena y el repudio. Atiendan ustedes a mi voluntaria entrega para someterme a juicio. Pero sí la de una atenuante: no se dieron prodigios bajo mi techo; y sí, en cambio, se propalaron supuestos una vez

idos los invitados a mi acogedora propiedad. Ignoro la causa y no me desvela hallarla. La naturaleza humana, que nos une tanto como nos delata, dispone de autonomía para la opinión y para un protagonismo enmarcado en los bastidores. Lo cierto es que no cesaban de venir sin atisbo de temor o nervios aflorados, o arredrados en su fuero interno por esa habilidad mía jamás publicitada más allá de los hechos; quizá algunas trazas de excitación sí se deducían a través del lenguaje del cuerpo. ¿Pero a quién no le hormiguea el estómago o se le eriza el vello ante tal o cual convocatoria?

Tengan en cuenta que fueron otras las imaginaciones que idealizaron unas circunstancias que bien podrían corresponder al caso fortuito. El alegato se presenta en bandeja de plata. Luego mi defensa arremetería convincentemente contra las alucinaciones colectivas o las insidias a instancia de parte con propósito denigratorio e inculpador. ¿Obedeciendo a qué? Tendremos que sustanciarlo en común pues, créanme que cada minuto que pasa menos concibo el pasado, mi reciente pasado, y menos alcanzo a distinguir la ficción de la realidad. Ellos, los invitados, sin distinción de grado en la frecuencia e intensidad de nuestra voluntaria relación, pasaron del acatamiento a la sumisión anegándome de poder y dominio. Fue así de cierto.

Hasta que el desafío, no por mundano menos llamativo e incitador, de una rotunda invitada primeriza en las veladas descompuso de cúspide a cimientos el edificio de nuestra pequeña sociedad ociosa. Con la inestimable ayuda del ansia por desasirse de ligaduras harto comprometedoras y en exceso apretadas.

La dama en cuestión, misteriosa y sugestiva, pletórica de argumentos para entretenerse en su compañía, me solicitó

una interpretación. Adujo en presencia de los testigos de ocasión que me intuía capaz de descifrar lo que nadie, que ella supiera, había logrado: descubrir y publicar dónde permuta el deseo en evidencia. Me honraba su acierto, más bien reto, al equipararme, supuestamente, a esas mentes preclaras que tratara en sus andanzas geográficas; otorgando un margen laudatorio a mi capacidad para resolver enigmas trascendentes.

Me dispuse a satisfacer sendas vanidades envolviéndome en mi más encantadora apariencia. Expectante el público. Entregado el público a ambos. Pendiente del duelo como si de él fuera a nacer la respuesta, la panacea universal, a todas y cada una de las particulares incógnitas.

Ayudando a su sonrisa, que nadie, estoy seguro, ha descifrado todavía, puesto en el papel adjudicado invoqué los dones de la taumaturgia. Su sonrisa era un estereotipo codicioso, audaz en su proyección, con plena intencionalidad victoriosa en el plano corto. Una sonrisa, aunque fuera aquella, aunque manifestara desdén más hacia la impaciencia del público que a mi parsimoniosa inquisición, siempre se agradece.

El deseo es por naturaleza esquivo, seguramente para reafirmar su definición. Imaginémoslo como un lunar o un tatuaje o una marca de quita y pon, como un antojo con máxima autonomía —cuán difícil es refrenar o siquiera atenuar el deseo cuando ha desbordado su urbana contención—, como una prenda que apunta bajo el atuendo y que recoge a la par sentimientos y ambiciones. El deseo es discrecional, encandilador y también veleidoso, mudable a ratos conve-nidos si su remitente posee la envidiable capacidad del disimulo creíble. ¿Cuántas personas pueden adjudicarse tal título? Miraba, buscaba, disponía de todo el tiempo que me

apeteciera gastar. Leía como en un libro abierto. Puede que los minutos transcurrieran como horas o las horas como esos delicados reflejos de luz que suplen a los relojes. ¿Hubo preguntas? Las hubo ¿Eran preguntas? Eran incentivos y sanciones. El éxito del juego se había consumado con creces. Y mi lectura privada seguía consumiendo la estilizada, fragante, vela de los anhelos.

La táctica de los deseos errantes, sí, en plural, deseos, uno tras otro, juntos, dispersos, cómplices y opositores entre sí pudo obtener mayores triunfos sobre el preferido enemigo. Pero algo frustró la continuidad en su plan, si lo hubo desde el principio, al retar, si es que no iba improvisando mientras yo, el sometido a prueba, recopilaba esa información que esgrimida sobre el tablero donde la partida tiene efecto decide el resultado y el vencedor. Puede que el bello engaño no abarcara al gusto de la dama, ni el disfraz ni el encubrimiento adosados cumplieran su cometido. El vaivén de los deseos a voluntad, en circunstancia menos extraordinaria, seduciría fácilmente al elegido llevándolo a donde quisiera; por supuesto mostrados alternativamente, espaciados, un solo deseo visible cada vez para no confundir en exceso.

Llegado que hubo el momento de responder a la capciosa pregunta: ¿Dónde permuta el deseo en evidencia?, la partida estaba prácticamente resuelta a mi favor dentro y fuera del escenario de juego. La evidencia era su propio deseo; ese deseo inconcluso que incita a la complicidad. Por tanto, el deseo por sí mismo traslucía su fracaso al solicitarme una partida abierta, sin vencedores ni finales; un compromiso de mutuo acuerdo sellado antes de batirnos para distracción del público. Fui casi cruel. Fui perverso, sin casi. Pero no era yo; no era exactamente yo quien decidía mi juego. Su deseo añadido a mi implacable proceder mágico la dejó en

evidencia. Una descortés evidencia. Permití que formulara la pregunta a sabiendas, sí, no debo engañarme aquí y ahora, consciente yo del notorio ridículo que la envolvería al instante siguiente de mi respuesta. Una actuación infame la mía, por lo innecesaria.

Acabó la reunión poco o mucho después, pero de la dama agraviada no supe más desde el instante que desafecto di mi respuesta a su pregunta. ¿La busqué siquiera con la mirada del anfitrión? Créanme que no lo sé. Yo estaba pero no estaba por la labor de continuar como si nada hasta que el último invitado hubiera decidido despedir la velada. Luego, libre de compromisos, rumores, seguimientos solapados, intentos de conversación y propuestas para futuras reuniones o negocios sentados a una surtida mesa, fui a perderme en el jardín posterior caminando a paso corto, despacio, recordando el antes y el después de una sonrisa ocurrente, confiada en una apuesta que no llegamos a cruzar. Fui a confinarme en una soledad apacible, casi aliada.

¿Se preguntarán quién era esa mujer temeraria? Yo también lo ignoro; es más, prefiero no saberlo nunca.

Me preguntarán por enésima vez, más amoscados que impacientes: ¿quién era ella? Tampoco a esta pregunta puedo dar respuesta única o cabal.

La escapada a cielo abierto que elegí como medio de evasión transitoria, a falta de mejor iniciativa, no mermó un ápice la beligerancia de las contradicciones en que me hallaba sumido; además, con los recuerdos perturbados; los próximos, candentes, y los alejados, estables; además, con la incipiente fatiga combinación de falta de sueño reposado e hiperactividad neuronal lastrando toda mi persona. Debía tomar una decisión, pero yo mismo entorpecía cualquier iniciativa. No obstante, me dirigí a la casa con el mismo

paso corto y superficial, desviando la mirada hacia un amanecer tímido, luego hacia las ventanas superiores de la fachada, después hacia la puerta. Una vez dentro de la casa, en conocida penumbra, supe que había desaparecido. No era una intuición o una deducción tras percibir su ausencia en el ambiente, no. Lo supe.

Ella —¿ella?— me dejó solo con mi tenebroso poder, convertido en un espejo. Ya no podría escapar a un poder devastador para su poseedor. Quizá ella, la extraña cautivadora, al transmitirme ese poder contaminante quedaba liberada de un antiguo castigo que alguien, con un poder superior, le infligiera por causa celosamente callada. Pero, ¿por qué a mí?

¿Quién era yo para convertirme en acreedor de tal prebenda indeseable?

Disponga el jurado mi condena legal, mi condena social; pero no olvide antes y después de emitir el veredicto, que por supuesto conozco, que ya peno una condena infinitamente peor, impía e irreparable.

La presencia que yo creí mujer, que acogí a ojos cerrados y ambición batiente, llegada de un lugar absolutamente ignoto para mí y para ustedes que escuchan dispensándome un crédito a muy alto interés, seguramente remoto como los expresados en las ficciones literarias, se manifestó una tibia jornada de cromatismo apacible. Ya dije que me pareció advertirla cerca de mí antes de tomar conciencia de su influjo; antes, lo acepto humildemente, de apropiarse de mi humana curiosidad.

La presencia me volvió implacable, aboliendo de mi trato toda diplomacia; incluso la más repulsiva cual es la fusión con el embuste o la maquinación. Y fomentó la sospecha entre unos y otros, confrontados sobre la base de

suspicias para inferir quién delataba a quien y distribuía a mis ya reputadas dotes como didáctico la información sublime del conocimiento intrínseco.

Tengan la certeza de que soy presa de un portento. No temo al castigo que me apliquen pues en nada excederá al que sufro sin posible delegación. Ni engañarme puedo. Las raíces de este atroz poder consumen mis últimas energías. Soy incapaz de sobrevivir a mi reflejo, nada de cuanto se me ocurre es original, autónomo ni aplicable; estoy completamente fiscalizado por mi poder; anticipo mis decisiones, descubro mis inquietudes, recorro vez tras vez los mismos caminos en sentidos opuestos sabedor de lo que me aguarda al empezar y al acabar. Mi vida es un círculo vicioso carente de novedad, inhabilitado a la sorpresa. ¿Alguien entre ustedes, gentes comunes, aceptaría una vida resignada a semejante uniformidad? ¿Aceptarían soportar una vida usurpada a la imaginación, al propósito, al sentimiento cambiante? ¿Aceptarían un simulacro de vida repudiando la libertad de movimientos y de elección, adscritos a una sumisa condición de sombras vagando en torno a un engranaje colosal? Vaciado de deseos, de afectos, emociones y pasiones. Sin preguntas que responder, sin respuestas que emitir.

Yo no deseo esta vida de condena perenne. Sentencien y fallen, señoras y señores del jurado. Conozco su resolución antes de que coincidan en el veredicto. Ninguna condena superará la que cumplo. Perdida la esperanza de tornar en humano, renuncio a la defensa. Ella —¿ella?— no aceptará un acuerdo, ni volverá; estoy desahuciado. Con mi última lucidez, mi último aliento contra la voracidad de este poder omnímodo que ya penetra en el postrer reducto de la dignidad, suplico me liberen de mi esclava condición. Procedan rectamente, apliquen severamente la ley natural y mi

despedida será una muestra incorruptible de eterna gratitud.

Sindéresis de Luna Nueva

¿Quién va a saber más?

Al cabo de los años la experiencia es la que más conoce y la que mejor cuenta hasta los cuentos.

¿Quién sabe más?

El diablo que modeló el mineral de diablo en la fragua de Meridión es un prodigio de memoria.

¿Quién dijo qué?

No hay constancia escrita ni parangón vivido que enmiende el yerro de una frase, una o más, pronunciadas al caer el telón de la diplomática concordia. Falso, falsía, farsa. Teatro. Al cabo y a la tabla del mundo, un docto jurisconsulto solicita indulgencia, magnánima omisión por agua que no mueve molino. Alegato conciso. Tú y yo insertos en el jurado con seráfica habilidad. Arte y parte, amiga mía.

La experiencia, una vez liberada de compromisos, de estampas sometidas a interesado retoque, cuenta como le viene en gana, incluso los cuentos; o, por ser preciso al apuntar, esa parte de cada historia que es cuento porque así lo destina, con tácita anuencia, la composición. Parte de cuento ornado, estricta atención a las palabras que en sí engloban la esencia y la sustancia.

¿Recuerdas? Cómo no has de recordar si es tu recuerdo el que dicta. El mío, asiente o disiente según el prurito de la conveniencia.

Nos quedamos solos buscando estar a solas. Un golpe de pretendida fortuna nos dejó en mutua compañía. Debieron ser los hados puestos a nuestro favor, auspiciando aquella apuesta de trámite improvisado y desarrollo laberíntico, quienes trazaron los límites espaciales y temporales sin que

nosotros, abducidos por la magia invocada y por nuestra inconsciente audacia, apreciáramos en noche tan vinculante las paredes del laberinto elevadas al poderío de los astros. Inmarcesibles cuerpos celestes de brillo distante, de prolongada vigencia; testigos ufanos de lustre y empeño sidéreo. Obvio, querida mía, que alguien sobrenatural, inasible por brazo humano, omnímodo e indescriptible aun forzada la imaginación, velaba por nuestro efímero bienestar dispensando lo exigible por seres ansiosos de privacidad.

Solos y a solas nos ofrecimos al juego de entradas y salidas en el sutil laberinto —¿qué laberinto que se precie no lo es?—, recorriendo a velocidad inconstante las trampas, los cortejos, las pruebas y el sensible diseño de lo accesorio. Éramos dos, los dos, en la infinitud de un palacio regalado. A nuestra disposición siquiera para asombrarnos. Susurraste: “Magnificencia y abandono”. Cierto. Aunque yo no me había fijado. Rectifico: no quise fijarme. El momento merecía otras consideraciones que las emanadas de un estricto análisis. Susurrabas: “Conmueve esta ficción”.

Vivimos una ficción. El palacio-fortaleza lucía su torre del homenaje en el lienzo oscuro de la noche cerrada. Aun así distinguible, flanqueada por las inmensas tapias que antaño fueron muros almenados y para nosotros, prisioneros consentidos, aislantes de recia arquitectura; pretérita arquitectura; arquitectura sublimada. De la enhiesta torre que no hollamos en un primer intento tímido, ni en un segundo intento curioso, ni en el tercer intento baldío a causa de la indecisión entre subir para quedarnos o subir para después, algo o mucho después, bajar atraídos por resplandores que a nivel del suelo desigual y artero llamaban con voz queda, insinuante. ¿Eran tales o concedíamos esplendores a la opacidad sinuosa?

Un foso descubrimos, ambos cogidos de la mano, ambos uncidos a la magia y al misterio irrenunciables a lo largo y ancho del episodio. Bordeamos el menudo abismo de fondo imperceptible y, sí, en efecto, destellos que bien pudieran adjudicarse a la muerte como a la vida; en un caso fosforescencias, en el otro modestas llamas.

Murmuraste: “Hay que elegir”.

Qué sería de nosotros sin esa posibilidad. Qué sería de mí y de ti si un solo camino guiara nuestras respectivas existencias. Mejor no pensarlo.

Murmuraste: “Hemos pasado por aquí antes”.

Por esto hemos pasado otras veces, entendí yo atento a tantos sonidos que diferenciarlos me costaba. Creo, incluso, que llegué a confundir mi voz con la tuya y la tuya, si era tu voz, con alguna que en mí la identificaba.

Rodeamos el círculo de nuestra extasiada confusión para dar con un aposento confortable y por ende resguardado de inclemencias y avizores. De sala en sala, de habitación en habitación y de puerta a puerta por abrir si la llave correspondiente, o la plenipotenciaria llave maestra, hubiera accedido a la dádiva permaneciendo introducida en la cerradura, extendimos la proclama de nuestro deseo. Una aspiración burlada. Un divertimento en clave de sombra. De sombra de Luna Nueva.

“Tal vez, allá”. “Probemos”. Probamos.

Simulaba un patio, un enorme patio donde otrora las armas fulgieran en prácticas de habilidad y dominio; pero podía ser la sala capitular, la venerada capilla o el salón del trono ahora destechadas. También, puestos a inventariar, pudiera haberse tratado las caballerizas, los aposentos de los distinguidos invitados, el camarín de las reliquias o el auditorio. Lo que no nos pareció ni a ella, irritada con la

suma de cláusulas inconvenientes para pretensión tan simple, ni a mí, entretenido con las escaramuzas del jeroglífico es que el descompuesto recinto albergara la despensa o el servicio comunal. A pesar de los indicios perfilados en un vértice.

“Concibamos en positivo”. “Hagámoslo, que cuesta lo mismo que no hacerlo y satisface más”.

Enternecidos, arrimados, uncidos a la vitoreada pasión y con el regio paso de la autoridad solemne atravesamos el jardín —la decisión fue unánime: ¡el jardín!— que el tiempo, inexorable, había convalidado en maraña vegetal; hasta rozar el ángulo sus pies y los míos; hasta que los dedos de sus manos y los dedos de las mías, audaces, apartaron el remedo de selva alumbrando al fusco amor de la Luna Nueva una piedra airosa, una piedra enhiesta, gentilmente apuntadora. Una señal.

Una advertencia, quizá.

Era una piedra calada, escindida a saber por qué influencia remota, de un brocal historiado, memoria de lo sucedido en el origen de la obra, del color de la noche de Luna Nueva; con leyenda y pormenores de imposible traducción.

“Un pozo”, certificó ella inspeccionando la boca negra; una boca suficiente para engullir a curiosos, osados, imprudentes o perdidamente distraídos en aventurados romances. “Un pozo”, repitió deslizando las dos palabras hacia el túnel de misterio y atracción.

El pozo de los deseos, callé yo, tendida en derredor la trampa de los celos, desplazado como era de la primera instancia de tu deseo.

“Un pozo escondido”, suspiraste.

A continuación hiciste lo previsible e insensato. Sí, querida mía: lo insensato. Lanzaste una piedra que moraba en

la base cenicienta de la estructura circular; una pequeña piedra que transmitió el mensaje que esperabas. El pozo, el pérfido hallazgo, estaba seco; pero en su fondo, entre piedras que puede otras manos curiosas arrojaran para conocer distancias, recados y sorpresas, creíste escuchar una llamada. Una llamada exclusiva para tus oídos. Pues yo, pendiente de acechanzas, no recogí la voz de la atracción ni alguna otra que se asemejara a fuer de ser sincero. En segundos me volví un hombre prudente, de los que tantean el terreno antes de avanzar sobre él, o de los que miran para ver si les ven, o de los que entienden que el valor nace de la previsión tanto como de la diligencia y del aviso.

Lo que no rezaba contigo a esa altura de la impresión. Musitabas: “Un pozo de los deseos”. Y te dio por buscar en aquel ignoto fondo, abrupto, algo que era o que no era, que estaba o que no estaba, pero que te pertenecería si lo recuperabas de aquel inmérito ostracismo. Te arrastró el viento de la conquista, y a mí el de la solidaria precariedad del acompañante.

Puesta en actividad la cadena le devolvimos un destino olvidado, recurrente en la edad fértil. Y allá que fuimos, descendiendo al cercano abismo que nos embozó aún más, si cabe.

“Hemos llegado”. “Hemos”. Primero yo, galante, caballero, explorador de la sima adormecida por débito a una cláusula añadida. Después ella, la anhelante, la de los ojos felinos que ven en la oscuridad y más allá. Fuimos, ambos, arrojados al descansado pozo para compartir el arisco lecho con un compendio apresurado de aspiraciones inconclusas.

“Estamos juntos”. “Juntos”.

“A solas”. “Solos”.

Sin hallazgo, sin captura. Pero juntos. Solos y juntos,

muy juntos; ceñidos al diámetro de los deseos con la melodía monocorde de la requerida cadena. Aguantó ella el descenso, y nosotros el balanceo y la tribulación del miedo consabido.

“Miremos”. “Busquemos”.

De noche, la Luna en fase nueva, las paredes del laberinto izadas al dominio de los astros y a hurtadillas escondidos en la oscura boca del pozo. La intimidad disponía de escenario. Y de actores el afán que mueve las hedonistas sensaciones.

Nada esperaba otro desenlace que el que surgiera, ya resignados a estar donde estamos.

El avalista

La imaginación nos transporta a una sociedad en avivado conflicto, habitando una superficie diáfana que absorbe olores y sonidos para proteger la atmósfera. Una sociedad de única especie, contumaz en su inacabable beligerancia. Una sociedad autodefinida avanzada.

Toda pugna juiciosa ha de ceñirse a un principio y a un final con resultado tangible, cierto, obvio. En otras palabras: con vencedores y vencidos. Lo antagónico, la imprecisión entre vencedores y vencidos o, todavía peor, la nulidad en el procedimiento por carencia de vencedores o vencidos, radica en la paradoja —la humana paradoja, la disonante paradoja humana.

Su nombre: abogado Lucas Deladare. Hombre experto, más que eso, veterano, conocedor de su oficio —entiéndase arte—, hábil, respetado e incluso temido. Afamado, sesudo, inclemente, alanceador de rivales y demás contrarios, jocundo opinante, figura de notable porte y linaje acondicionado a las sucesivas expectativas. Su lugar: un paraje acotado al pagadero hedonismo, un idilio entre amores y favores, pleitos y acuerdos ventajosos. Privilegio, privilegiado. El calor y el color de una postal. El sabor de los frutos de la tierra de promisión. Y la música intemporal en un tiempo sin melodía.

El letrado Deladare ha escrito con trazo indeleble otra página de gloria profesional; luego lee la parte de la historia que le acoge como un héroe, reseña, semblanza, epónimo un poco antes y un mucho después. Lucas el triunfante delineó el Olimpo con su impositor dedo índice de la mano diestra. Armonía, seducción, atinada soledad a horas que conviene. Es un hombre sumido en la dicha de ser quien es.

Es la Victoria alada, es la plasmación ebúrnea del *Rex-magister*: a todos mueve, en todos se preserva, con todos logra. Es lo que deseaba. Lucas Deladare contempla con ojo de halcón, con ojo de lince, el deleitoso tránsito de lo bueno hacia lo mejor.

La vida imaginada es un cuadro atractivo.

La vida juega a su ritmo, con sus plazos; juega, concierta y descentra. Así es la vida.

Así es, por analogía, la vida al dictado.

Una llamada telefónica, o un aviso susurrado por alguien de confianza, tal vez un presentimiento cobrando realidad, pudiera ser una nota garabateada por el sino de la urgencia. El abogado Deladare pasea el dedo corazón de su mano izquierda por los surcos de la frente cavilosa. He aquí un dilema, por denominarlo de manera elegante: hete la eminencia ante un fastidio.

Así es el juego. Por turnos. Ahora a esperar, ahora a decidir, ahora a desplegar el ingenio. El movimiento se demuestra andando y el genio discurriendo. Así es el juego cuando concierne enfrentarse a esquemas manidos, también cuando es preciso crear a paso de carga soluciones a problemas remanecidos inopinadamente; nada nuevo, en efecto, pero poderoso contrincante es el que demanda respuestas originales a esas preguntas habituales.

Lucas Deladare exprime medio limón sobre un baño de cuatro naranjas. Y piensa, piensa. Plácida soledad la del pensador. Toma conciencia. Solo.

El anuncio ha llegado. Sin precipitarse, amoldado a su perspicaz intelecto, Lucas Deladare repasa los acontecimientos desde una fecha concreta; una fecha memorizada al

cumplirse el instante después. Previsión, sagacidad la del juriconsulto: no se llega lejos sin haber recorrido mucho.

Están al caer. No hace falta presentirlos. Son los presumibles y un añadido también supuesto. Desplegados en abanico, primero; en elipse finalmente. Actores de viejo y nuevo cuño, firmas de inyectado éxito en pabellones feriales. Para dar un respingo y echarse una siesta de varios lustros, varias décadas o un siglo y cuarto.

Un cerco irregular y monocorde estancado en su límite. A la vista. Paisaje pernicioso, contaminación desatada. En espera de una orden o un fingido movimiento o la interceptación del emisario. La captura y arresto del “figurante plenipotenciario”, el correveidile de obscena obediencia. Abstruso él y ellos. Portador del legajo; apresurado torvo, hosco, zafio, redimido de su natural condena por el dispensador de materiales beneficios. Trompicado cumplidor del mandato.

De una mano a otra y de ésta a la destinataria. Lee Deladare rutinariamente: conoce el paño, la filigrana y la destilación. Larga lectura que incomoda al correo y más allá, donde el bloqueo —cabe decir amenaza y coacción— patrulla rasurando la tierra fronteriza. Larga espera, pues el abogado lee, observa, relee, sopesa, lee, medita, relee, evalúa.

Algo termina y algo empieza.

No hay manera, salvo recurso al engaño ergo mentira, fraude y estafa. Mírese por donde se mire, si los ojos ven, el doble de todo y la mitad de nada continúan siendo todo y nada; de imposible intercambio. Salvo...

Silencioso, por voluntad y pensativo, por devoción. Esa es la imagen que ofrece a sus visitantes —el próximo y los remotos— Lucas Deladare. Como si el abogado flotara sobre los interrogantes, las diatribas, las intemperancias; aquellos espectáculos predefinidos, aquellas escenificaciones de gesto y tono desabrido hacia el cargo de confianza del que se recela por la entonces inadecuada inclinación legal que, quiérase o no, tira del licenciado por ancestral influjo. Doctrina ad hoc, se exige. Conoce el abogado tal práctica de calibre consuetudinario aunque de esfera privativa; la más privativa de las esferas que conforman la dimensión política.

Los visitantes —habría que decir: los invasores, o, el grupo coercitivo, la acción los califica— aguardan con la paciencia que concede la prebenda. Forman una cadena de uniformes eslabones ataviados al desgaire; similar y opuesto desgaire el que revista a la indecorosa tropa desde la perspectiva de Lucas Deladare. Desprecio, sí; temor, poco pero activo. Es la envidia, confirma para sus adentros el letrado: son la herencia de la envidia, la envidia misma censada en un presente sucedáneo.

Para verlos y suspirar. Enmarañados, fundidos en la algarada aun con la disciplina del trazo continuo. La elipse de la disgregación. ¡Acertado título para una tesis! La batahola. La marabunta. ¿Qué le sugiere, en primera instancia, al docto Deladare tanta y estridente implicación? Incluso del arrasador enemigo se espera un enmascaramiento, un somero artificio, el doblez en la apariencia. La seguridad —eso debe ser— coadyuva a satisfacer el objetivo y por ende impulsa todos los medios al alcance y en servicio permanente. Es una situación ya vivida.

Recientemente vivida, evoca el abogado desafiando con su pausa a la incertidumbre y a la inquietud del apoderado y auxiliares. En honor a la verdad, a la verdad incómoda, es una situación periódica. Con los matices característicos de cada época. La hubo antaño, la hay hogaño... ¿Y mañana? Quizá esta sea la última ocasión para recordar que otras la precedieron.

Toda impaciencia tiene un límite, prorrogado ante Lucas Deladare. Algunos, los cerciorados y los advertidos, hablaban de él como de un fuera de serie; en todos los sentidos. Era, decían, un tipo raro, un excéntrico, un fenómeno o un engreído; un sabio, una autoridad; el infalible, la certidumbre, el fedatario inapelable. Decían y dicen. Cada cual comenta sus impresiones según tercia, reservando una o dos frases para oídos exclusivos.

Lucas Deladare permanece en su mundo, abstraído, tal vez concentrado en la convincente réplica a un dilema mayúsculo. Dando cuerda al tiempo. Aparentemente pensando. Solo y pensando.

El problema es real. La envergadura del problema es abrumadora. La causa del problema una. Un problema establecido en la diferencia. Una nada sutil precisión lo de la diferencia. Lo de ser diferente. Lo de, promisoriamente, arraigar en la diferencia con argumento combativo. Alegato en pro de la diferencia, expone el letrado señor Deladare.

El problema, también, es de concepto. ¿En qué consiste la diferencia? Una entre tantas diferencias consiste, por ejemplo, en hallar solución categórica a un asunto. Aunque si el asunto es tal que es y no es, que puede ser y no puede ser, que debe pero no debe, queda excluido lo terminante y lo resolutivo.

La Constitución había quedado desbordada antes de la regia sanción. Antes de la política promulgación la Carta Magna había cedido imperio y vigencia a sus vástagos nonatos. En las ponencias. Ya en el esbozo. A lo largo de esos años transcurridos entre interpretaciones unidireccionalmente generosas, avales subrepticios y demás componendas extravíasadas por medios de comunicación zapadores, el abogado Deladare había escrito, emitido y conferenciado expansivamente al respecto; por algo era quien era y venía de donde venía. No obstante, los micrófonos, las cámaras y los auditorios menguaron progresivamente, no por falta de público precisamente. Era y es consciente del cerco, de cómo se constriñe el aire a su alrededor. Pero todavía le temen, y del miedo a la necesidad no hay trecho.

Necesitaba meditar a solas y en silencio. Lo dice, lo ordena y gana tiempo, espacio y memoria. El correveidile retrocede hasta la frontera. Volverá a una señal convenida o vía un apremio ministerial.

Iba a gastar su tiempo consumiéndolo, consciente de su respuesta; invariable respuesta. En épocas pasadas, recuerda satisfecho, generaba ideas y alegatos a velocidad pasmosa; ideas y alegatos con marca y patente que posteriormente trataba de hacer comprender a compañeros, alumnos u oyentes. Los más, entonces, seguían el hilo de la explicación concernidos en la resolución, afines y afectos al discurso y a su consecuente disquisición. Los más, entonces. Después, los menos, pues no querían o no podían o no sabían aceptar el fundamento, la veracidad y la verosimilitud por extraños, por turbadores, por desconcertante. La tarea aleccionadora en sentido opuesto, guiada, pertinaz,

efectiva y remunerada conseguía dislocar las otrora mentes y conductas asimiladoras de congruencias y excluyentes de falacias; hasta inhabilitarlas para cosa distinta que la programada. Una ruina ética, moral, profesional y personal.

Según el punto de vista, claro está. Pues el beneficiado por el benefactor que administra las partidas presupuestarias no opina que su ejercicio sea intelectualmente despreciable y humanamente reprobable. Dinero venga, cargo venga, venga protección y pasen días, opiniones, comentarios, tertulias y protestas. Cada cual cuenta la feria según le va. ¿Reacciones? Ninguna. Cuenta Lucas Deladare las reacciones firmes y tonantes: ninguna. Bueno, alguna, incluida la suya. La suya, que es lo suyo.

No le cabe la menor duda. Conoce la autoría del crimen. La coautoría. Sabe quién disemina en tantas mentes receptivas —bolsillos receptivos— todas y cada una de las fijaciones, todos y cada uno de los perfectamente identificables objetivos. La forma era y es perversa, el fondo era y es abominable. Además, sin oposición cierta, factible. El acuerdo entre los supuestos contendientes a la bancada ejecutiva, legislativa y judicial —una y la misma tras el derrocamiento público y notorio de la separación de poderes, garantía del Estado de Derecho— reptaba bajo las estructuras supurando mefítica connivencia. Forma y fondo nocivos, no obstante consentidos, alabados, interiorizados por el censo.

Además, odio. Y persecución. Incomunicación añadida, desinterés creciente y conformidad especulativa. Uno (o pocos) contra el mundo (la sociedad entregada). Conclusión: Tampoco la rememoración del dos de mayo de 1808 —y otras beneméritas fechas patrimonio de nuestra historia— alcanza a suturar la herida. ¿Dónde está la herida? ¿Quién

siente la herida? Millones de palabras al viento barredor. Otro, en su lugar, estaría deprimido. Otro. Para volverse loco de atar. *Rara avis*. ¿Quién puede más? ¿Quién podrá más? Para trastornarse por completo. Como ellos, murmura Lucas Deladare dando la espalda al cordón aislante.

No lo aprecian como él lo aprecia. ¿Quién absorbe a quien? Delirios propios de la edad y el distanciamiento, le achacan los innúmeros detractores. Desvaríos, llega a oír. Aunque no escucha. Ha dejado de escuchar cómo le inquietan por el nombre, la filiación, la característica de aquello que les obliga. ¿Obligados, manejados, abducidos? Se ríen, bromean. Hacen lo que siempre han hecho, aseguran: lo de siempre. Hay algo de razón en la excusa.

Supervivencia. Acomodo. Seguir la corriente.

Esos impulsos periódicos intrínsecos a la especie. Los paréntesis de la evolución, dicho en otras palabras de hirierte calado.

Una vergonzosa cadena con humanos prontamente serviles, crédulos de una ensalzada misión. Cadena protectora —¿proteccionistas?—, cordón higiénico —¿higienistas?—; nadie puede acceder dentro del recinto mortalmente amurallado, nadie puede abandonar el recinto murado. Nadie. Salvo...

Ahora sonría Deladare. El trabajo es duro, la destrucción es una tarea ímproba. Más de uno de ese esos, piensa, con gusto rastrearía las guaridas de las alimañas topando con sus deposiciones. Sonríe. Excrecencias del amo. Si fueran capaces, piensa, redoblarían el empeño para aniquilar la civilización; una nueva intentona auspiciada por similares conductores, enmascarados.

¿Lo estaban logrando? Sí. Sobraba carne de cañón, activa y pasiva. Indiferente y convencida. Al uso y a la costumbre. ¿Cuánto tiempo necesitarían para culminar la obra? Depende de los avales. Depende de los avalistas. Y en última instancia depende de la cotidiana ratificación.

El abogado Lucas Deladare, de vuelta de muchas cosas y al cabo de la calle de otras tantas, sabe que para convencer en la mayoría de los casos hay que demostrar. Aunque no le acucia el deseo por convencer o hacer desistir de su enajenado propósito a poderdantes y de paso a los fámulos rastreadores, ahora ya es tarde y su resto de vida lo destina a otros menesteres, reclama protagonismo la destreza y ese punto de sarcasmo que acompaña la inteligencia cultivada. Tienta un juego. Convoca a capítulo una ocurrencia. Feliz.

No había sido casualidad ni un acto meramente espontáneo. No había sido una deliberación científicamente honesta ni un acto propiamente jurídico. Estaba minuciosamente programado, dando largas de maquillaje a sabiendas de la utilidad de la demora. Unos años, un plazo medio con garantía de culminación. Un cálculo exacto de asequible cumplimiento, pero exigente en cuanto a las etapas, en cuanto a las postas, en cuanto a las fases.

Lo prioritario y esencial es llamar a las cosas por su nombre: al enemigo, enemigo; a la mentira, mentira; a la artimaña, artimaña; al igualitarismo, uniformidad; a la asimetría, privilegios exclusivos; a la armonización educativa, adoctrinamiento; a la supresión de la libertad del individuo (la única libertad), tiranía; a la captación sistemática del erario público para dotar la estrategia, expolio; al infiltrado, infiltrado.

El abogado Deladare, ejerciendo, ha repetido hasta la saciedad en todos los foros la importancia de llamar a las cosas por su nombre sin incurrir en deslices semánticos ni tropezar con el léxico. Sin dejarse atrapar por la corrección impuesta desde las consabidas portavocías, sin aceptar sumisamente el desarraigo, sin acogerse a la inercia cambiante —que va y viene suscrita a la veleidad. Escapando del cerco dignamente. Burlando el castigo con befa y mofa. ¡Bravo!

La libertad es costosa y frágil. Sobre el velador, junto al maridaje de los cítricos, destaca una libreta; abierta y anotada. “La libertad es costosa y frágil”, una frase; “La libertad requiere seres libres, principios y valor”, otra frase. Recita ambas máximas Deladare en voz audible a distancia. Añade, de viva voz y luego escrito: “La libertad es una acción sostenida, voluntaria, exigente”.

Convoca al abogadiado mensajero a una breve conferencia. Le pide que busque entre los eslabones de la cadena al apático, al que entretenga la mirada en el cielo, al que conserve la boca decorosamente cerrada, al que se sostenga sin sostén, al que quiera irse.

Un amago de protesta asoma al rostro curtido del mensajero. ¡Vaya una petición! No lo esperaba. El mensajero no espera sino complacer al emisor. Y por el momento no lo consigue. Quiere pero no se atreve a preguntar por...

El abogado Deladare es un hombre muy ocupado al que precede su fama. Con gesto elegantemente rotundo diluye la especulación del subordinado relegándolo a la espera, taxativamente apartado del munificente ámbito de los pensamientos y las decisiones que debiera comunicar pronto, antes que después, ya, al superior jerárquico que aguarda

preso de impaciencia, carente de alternativa negociable y sin equivalencia pecuniaria compensatoria: un verdadero problema.

“Tanto miramiento”, masculla el esbirro, “tanta consideración”.

Obviamente, jefes y subordinados, permiten sin acrecentar la coacción que Lucas Deladare piense y decida. La apariencia de legalidad es un aspecto insoslayable; es el recurso. Si el abogado Deladare se significa en pro de la ambición de los gubernamentales coaligados —o si por lo menos no desecha terminantemente la corto-punzante apuesta de los citados— la posibilidad adquiere consideración de probable, en el preámbulo, y confirmación con rango dirimente en la práctica.

“Hay que estar loco para hacerse de rogar”, masculla el esbirro, “hay que estar loco para oponerse”.

El mandatario se pregunta quién es este hombre que propone y dispone al margen de la obediencia debida, y qué representa. El mandatario respinga y se muerde la lengua: “qué pérdida de tiempo”.

Como si fuera un acertijo: El apático, el que entretiene la mirada en el cielo, el que conserva la boca decorosamente cerrada, el que se sostiene sin sostén, el que quiere largarse. Una galería de personajes inadecuados para la custodia. Hasta un lerdo o un asimilado caerían en la cuenta de la inutilidad de la búsqueda. Una búsqueda en vano.

Por el cerco humano, elíptico en la visualización, circula una corriente solidaria, impulsiva, onerosa para el contribuyente. Leales a coro, uncidos a la causa. Sordos, mudos y ciegos aferrados a la prometida subvención si... El avance del gigantesco anélido es en espiral, no avanza pero escarba

el suelo formando una rodera acorde al foso separador. Sin disidencias. Es un cuerpo desmembrado, descabezado, desnaturalizado; o sea: obediente, estabilizado, a la defensiva y al acecho. Cumplidor del mandato. Tremendamente efectivo el monstruo en la remoción.

El mandatario imprime celeridad al engranaje. Vueltas. Vueltas que intimiden al osado. Y exclamaciones al unísono con la misma ineludible finalidad.

¿Por qué no te subes al carro? Con otras palabras; también con esta frase. Al célebre jurista Deladare le masajeban terapéuticamente los oídos algunos colegas y algunos comunicadores que se avienen a participar en todas las deliberaciones sean o no invitados. ¿Por qué arriesgarse a un enfrentamiento, a una reconvención, a una censura solapada? Velando armas los partidarios y los detractores, desde los respectivos asentamientos, observando los movimientos de distracción en campo abierto tanto como las habilidades a cubierto publicadas en los órganos informativos constituidos para ello para consumo discrecional.

El abogado Deladare suscita admiración y odio, resentimiento y adhesiones, visceralidad y reflexión a partes iguales. Su sombra es alargada e inquisidora, una invitación al justo criterio. Su nombre es sinónimo de recto proceder. Su imagen pública, la pretendida, se asocia a la estricta legalidad. (¿Hay otra legalidad?). A qué negar que Lucas Deladare es consciente de su capacidad y disfruta con su poder; el poder recibido por la admiración, el temor, el encono y la envidia a partes iguales. Es un teórico y es un práctico, es un didáctico y es un maestro con diversas —y de muy distintas procedencias— titulaciones en su haber.

Un peligro, enorme peligro, contagioso. Reclamo a la deserción. De él se conoce su influencia, de él se cuestiona la independencia de su criterio y el rechazo tajante al soborno. El enemigo, fuera de sí, en precario, a la desesperada pese a la apariencia de control, ensalza e hiperboliza las patentes cualidades del aureolado por la diana. El miedo acrece la inseguridad y la silueta del tanteado.

El infructuosamente tentado, Lucas Deladare, sin miedo, deduce allende la suposición, más allá de la experiencia ajena, lo que supone contrariar los designios del poder. Omnímodo poder.

El precio de la rebeldía es el señalamiento, el acoso, el cerco, la anulación.

El manejador extiende sus túteres a lo largo de la línea opresiva, danza de la erosión, con una recado sibilante: “Conmigo o contra mí”.

A buen entendedor pocas palabras bastan. El abogado Deladare, entre divertido y ocioso, cautivo en espera de satisfactoria respuesta de la elíptica cadena con los tobillos hincados en el suelo abierto, y en descenso, cita al emisario de la negociada coacción ante su mirada filosa, ante su voz demoledora, ante su presencia imponente.

Puesto en pie, para desentumecer los músculos, para estirar las piernas, para sobrecoger al obtuso apoderado. Una seña al aire del juriconsulto, un aire adensado recipiente de las sucesivas miasmas, veneno. Una seña que nada indica al inculto, estremecido por la incomprensión; una seña dictada al mundo en torno. La rueda gira, secciona y abisma. Un mundo delineado a la carrera, desde una perversa inventiva. Tabla rasa. Un mundo *ex novo* con el aforo limitado.

Cruce de caminos. La dramática intersección.

Lucas Deladare, metido en su juego, afincado en su convicción, recrea un supuesto ilegal —uno más—, optando al protagonismo; es decir, si aceptara la espléndidamente retributiva propuesta. Si aceptara la ilegalidad, si se vinculara —como tantos—, si al descompuesto emisario del poder omnímodo le diera el “acepto”... El descompuesto emisario del poder omnímodo saldría disparado hacia el cuartel general con la buena nueva... Y la planificación consumaría sus etapas eliminado el principal obstáculo... Adiós Justicia, adiós... Adiós, Libertad, adiós... Adiós, Propiedad, adiós.

En caso de que Lucas Deladare diera el sí.

La arbitrariedad. El caos. La peor inercia.

La imposición (sin oposición). El sometimiento (sin resistencia).

La integración en el nuevo orden. El proyecto máximo.

Una masa formidable dispuesta al modelado. La dominación absoluta.

En caso de que el célebre jurista Deladare, dilecto avalista para infinidad de conciencias, dé el sí acepto.

Mientras se dilucida el futuro inmediato con las armas que cada cual esgrime como argumento negociador y como seña de identidad, el sinuoso reptil de giro constante y vaciador prosigue su monótona tarea de zapa percutiendo el aire y la tierra con el recitativo de las consignas.

Consigna, eslogan, pareado ramplón.

La inteligencia, de la mano del valor y los principios, es una fuerza opositora de primera magnitud. La inteligencia genera ideas y alegatos. La inteligencia es el veto a la tiranía y sus adláteres.

Los adictos a la tiranía son muy susceptibles e irritables. Les molesta sobremanera la desobediencia cívica y la sólida argumentación. Ante la inevitable lucha sin cuartel contra los que no se pliegan a los designios de los constructores de sociedades perfectas, que obstinados los hay aquí y acullá, toman el camino de en medio para ilustrar con hechos las consecuencias de tamaña resistencia: persecución, aislamiento y destrucción (la tríada en sus múltiples y harto reveladoras modalidades).

El imperio del miedo. La dominación por el miedo. El miedo sustantivo.

Los seleccionados entre ellos imparten la teoría y la práctica del miedo, históricamente con éxito notable. El miedo congénito.

La manera de escapar de un cerco como el presente es, por ejemplo, ignorándolo. También, aunque por un lapso menor de tiempo, reteniendo con astucia al mensajero de los deseos y negocios del poder fáctico. Otra forma es la de revertir la situación.

La necesidad agudiza el ingenio. Recuérdese: “La necesidad hace sabios”.

Pero hay que sentir la necesidad; hay que sentirla de verdad, sin fingimientos, sin componendas, sin amagos de premura ficticia. El urgido tiende a derivar por el derrotero marcado, con viento a favor, con el puerto a la vista y pasaje y tripulación acogidos a esa tabla de salvación que los disidentes llaman conformidad.

El futuro es predecible con un ínfimo margen de error cuando los parámetros que determinan su estudio entroncan en la inalterabilidad. El tiempo pierde su convencional

sentido: no hay transcurso de tiempo sino un ordenamiento regulador de los segundos, los minutos y las horas susceptible de cambio a dirigente voluntad.

Lucas Deladare repasa su trayectoria profesional, diáfana y extensa, provocando el desespero de los que esperan. Siente su libertad latiendo libre. Todavía es libre; todavía no le vence el miedo como a otros que se asemejaban a él no hace tanto. Los que esperan y desesperan por recibir lo que ansían son muchos, demasiados, para enfrentarlos uno tras otro siquiera en un terreno favorablemente acondicionado. Sabe que en tan difícil trance está solo, completamente solo aun rodeado de apéndices a medio enterrar en la fosa que continúan abriendo con su espasmódica danza y el habilitado director de escena, cariacontecido, huraño, torpe en su destierro a este lado de la coacción. Se da cuenta que ejerce un dominio arrogante proporcionado a la soberbia de la intrusión. Como echar un pulso a una mole conminadora, rugiente y sañuda, pero con el punto flaco al descubierto.

A cada instante la rebeldía que expone ante el ansioso adversario: “Retuerce la ley”, “Avala y medra”, “O desaparece”, cobra mayor sentido. Y otorga un entramado de invulnerabilidad a su disposición.

La fiera roe su propia inquina en giro apesadumbrado, profundo, de inhumación. Sigue presa a la orden, forzada a una esclavitud bien pagada, asumida en toda su ominosa extensión. La fiera, alienada de por sí, enloquece hasta el grado de la descomposición: Tierra eras que a la tierra vuelves. Enterrados los apéndices agitadores y coactivos de primera línea. El miedo revertido. Otro miedo, presume el abogado Deladare; el miedo al vacío, el miedo cervical a perder lo

alcanzado con un mínimo esfuerzo, con la máxima fidelidad al poderdante.

Lucas Deladare tiene escrita su respuesta en un sobre cerrado. En otro sobre, cerrado, de igual tamaño y color, tiene escrita su propuesta, la feliz idea. El orden de lectura es indiferente. En ninguno de los sobres consta indicación alguna ni señas. Pero el cautivo emisario, con mirada codiciosa, el respirar agitado, intuye que es la mercancía perecedera que aguardan en la alta esfera del poder imperante. “Por fin”, suspira.

Todo está escrito, al puro estilo de la clásica legalidad. Y en derredor, cual sutil frontera sin paso franco, la sima causada por el contratado seísmo. Un contratiempo del que no tardará en percatarse el ansioso del suspiro.

En eso, ya el cielo teñido de ocaso, declinado un día más — un día menos y ya van... —, nuevo apremio, desde feroz impulso, surca la distancia del todo a la nada; sin mediador identificado.

En eso, mientras el pretendido avalista abogado Deladare, con estudiada parsimonia, entrega las dos misivas al activado correveidile; la una con la respuesta, la otra con la propuesta.

Ahora, ya liberado de la responsabilidad, con tiempo para haber pensado, sopesado y decidido, la anhelada soledad del gran hombre y su intransferible circunstancia renace al final de esa jornada nerviosa.

Con el mundo achicado, la esperanza frustrada y el abismo goloso donde percute la amenaza a volumen decreciente; como si ya ninguna de las gargantas emergiera a la superficie.

La collera de autómatas sincronizados en la tarea de cerco y subsiguiente (de precisarse) aniquilación, todavía sin referente jerárquico sobre el que posar el interrogante, continúa viaje hacia las antípodas por el camino recto y vertical que ilustres y recordadas imaginaciones describieron en obras de entretenida ficción.

Aunque el inmediato referente jerárquico, obnubilado por la prisa, acosado por la taxativa orden a hora temprana de quien manda, impone y somete, en un visto y no visto —jocosa peripecia para el único espectador— se reúne con su aguerrida tropa de zapadores camino de las cloacas. Una contrariedad.

Por encima del percance planea el apremio recién llegado, observador confuso, vigilante perdido, peón de brega atrapado en un dilema. Otro dilema. ¿Cuántos van?

¿Regresa o persiste en la localización de los desaparecidos?

¿Y ese surco?, se pregunta guardando prudente distancia, trecho de seguridad. Un surco, no; una quebrada, tampoco; un abismo. Un agujero negro. Un sumidero.

Un acceso artesanal y precipitado a las cloacas. Un error de cálculo, probablemente.

Allá abajo suena un lamento prolongado, agudo, miserable. Arriba, al otro lado de la inopinada frontera, inabordable, recortada contra un paisaje expresado en lienzo romántico la figura del eximio Deladare se yergue cual digno y sabio es manifestando su autonomía. Abajo, donde rebulle la escoria, el grado de cordura es ínfimo. Ni siquiera el tropezado cabecilla que sostiene como bandera de señales las dos cartas presuntamente reclamadas por la autoridad ejecutiva —señales invisibles pues no reciben atención—, el

codiciado trofeo que avala la actuación futura —es una suposición de gabinete ayuno de noticias—, el justificante de cobro para inclusión como partida presupuestaria, ni siquiera él, cazador cazado, conserva la necesaria lucidez para revertir una situación tremendamente comprometida. Caen, resbala, caen. Dan con un colector de boca de ogro, negra como la pez, hedionda como las intenciones y las añagazas que titulan el diario de operaciones. Caen las cartas, las preciadas cartas, resbalan y fluyen la respuesta y la propuesta. Correo ingrato. Burla del destino. Trepidante sarcasmo. Coro riente en lo alto, muy alto. Arriba.

Allá donde la noche es natural, titilan las estrellas, tercia el frescor que alivia presiones y la victoria sabe a triunfo. Arriba.

Abajo huele mal y sabe peor. El cabecilla, incitado por la recua desorientada a encontrar una salida, temeroso de la segura reprobación si la alcanzan —malditas cartas, ¿qué ha sido de las malditas cartas?— advierte trémulo y enfrente el holograma de la autoridad ejecutiva. Sin misericordia. Enfrente, a los lados. Castigo ejemplar para el fracasado. Entonces, con un suspiro de melodrama, se deja llevar por la redimidora inconsciencia.

Es una buena idea, apropiada; hubiera alabado Lucas Deladare. Entregarse rendidamente a la inducida inconsciencia.

Ahora el jurisconsulto acomoda un cuaderno de anotaciones sobre su pulcra mesa de trabajo. Para escribir las impresiones de la jornada a guisa de memorando para quien en adelante desee conocer —y en su caso tratar— la personalidad de los sitiadores, los acuerdos previos para el establecimiento de la coacción, la trayectoria mecánicamente

seguida, la sucesión de imperativos y el reparto de consignas.

También del manejo personal y profesional adecuado a la crisis. En sucinta cronología. En concisa relación. Casi una sinopsis.

La victoria sabe a triunfo. Únicamente es una batalla, sabe, pues la guerra continúa y con visos devastadores para este lado de la frontera; todavía a resguardo de las consecuencias del seísmo de alquiler.

Escribe el abogado Deladare con buen pulso e idea vigente.

La incursión

Un viento amenazador barría el inmenso, escarpado erial. Aún no amanecía, una pertinaz oscuridad imperaba en aquella tierra abocada al desahucio, víctima de la inclemencia y el continuo guerrear por una posesión idealizada. Disputas, enfrentamientos, una lucha inacabable entre los fieros contendientes. La imposición y la vanidad pugnando por la primacía en el único mundo.

Había vida en la tierra, pero era una vida de subsistencia, acoso y recelo. Una vida pendiente de la protección tanto como del azar, de la astucia como de la voluntad de los contendientes. Había luz; pero era una luz débil, esquivada, pendiente del tránsito aleatorio de la intimidatoria niebla. La niebla del sometimiento. La niebla mostraba el antes y después de cada batalla, de cada tregua, de cada iniciativa y de cada venganza. El objetivo primordial era no perder; luego seguir, ir lejos, más lejos, hasta el último confín.

La victoria era meramente un deseo; quizá, también, una aspiración y entre sentimientos y percepciones una fábula que contar al abrigo de un hogar improvisado, el calor mahloliente de la apretada convivencia o el frío sañado que aísla y encoge. Pero conseguir la victoria era imprescindible para establecer la hegemonía, para condicionar el futuro del enemigo derrotado; sin la victoria absoluta e incondicional, sin un vencedor y un vencido incuestionables, la guerra en sus diferentes y no pocas veces engañosas manifestaciones proseguiría más allá del tiempo, la voluntad de unos y otros y la comprensión de la historia.

Doquiera que la vista o la curiosidad se posaba recogía vestigios de la inacabable batalla. No era la prolífica huella de la devastación, no era exclusivamente la imborrable

señal del paso en ida y vuelta del avance y el retroceso, de la iniciativa y la necesidad según los episodios de aquella crónica eternizada; era la vida en el sentido único que cabía interpretar: o vencer o extinguirse.

Cedieron su imponente frontera los colosos y los baluartes. Del cielo turbio a la tierra sacudida, del limbo penitente a la entraña flamígera, el ambiente tenebroso de la incertidumbre gobernaba e imponía. Miedo, recelo, sospecha. No bastaba la precaución ni sobraba la audacia. La atmósfera era sofocante pero nadie con característica humana se atrevía a escapar. Nadie decidía aventurarse a penetrar lo desconocido, fuera mar rugiente de proceloso oleaje o extensión diáfana de suelo quebradizo y posibilidad remota. Era un riesgo todavía mayor que el soportado a diario.

Cada día nacía una victoria y una derrota; cada día moría una pretensión y una certidumbre. Un círculo de principio y fin. Una demoledora expresión de perpetuidad, la terrorífica condena que socavaba en cada pausa la confianza de mandos y servidores.

Las tres se acercaron a la orilla del mar embravecido a procurar que las inquietas gotas de vuelo forzado aliviaran el ardor en la piel. Las tres salían del mundo subterráneo. Las tres eran la terrible imagen de la venganza.

La venganza suele presentar en público cuadros atroces de cuya ejemplaridad no cabe la menor duda. En privado, allá donde moran en una armonía concertada el sentimiento y la conciencia, la venganza late a impulsos de necesidad, al empuje de la condición, a estímulo del resultado supuesto.

La maternal telúrica Gea recogió las gotas de sangre, de vida, de nueva vida, propiciadas por la mutilación del fecundo celestial Urano y gestó un fruto triple que el más antiguo de los mundos conoció como las hijas de la noche. Las hijas de la mutilación. Las hijas de la tierra impregnada. Sus nombres eran: Alecto, Tisífone y Megaira. Sus apelativos: La incesante, la que venga el homicidio y la envidiosa.

Nadie las vio acercarse a la orilla de un mar furibundo. Las tres son, también, agua de mar; el mar ayudó a engendrarlas, cuenta la voz que no cesa. Sangre, tierra y mar. Las tres emergían de un infierno narrado en susurros de miedo y aviso, cubrían sus cabezas reptiles sibilantes y prolongaban sus manos antorchas ardiendo; una estampa aterradora en aquel lugar inhóspito.

Un cronista omniscio, inefable, tomaba notas rápidas en un cuaderno de paso para dejar constancia a la posteridad de la mítica aparición: las hijas de la amputación persiguiendo la venganza. En otro momento las notas aceleradas conformarán una gran obra de repercusión universal.

Hasta que la crónica sea completada, apropiadamente transcrita y hecha pública con firma legible, el límite del mundo no recoge testimonios directos fehacientemente documentados, aunque sí pruebas de lo acontecido antes y entre.

Los aduladores, huidos o agazapados, los cobardes y los impíos, susurraban a los oídos recíprocos el apelativo de las tres hermanas: Venerables. “Son las Venerables. Ellas son”. Los serviles, ocultos o fugitivos en busca de nuevo dueño, los criminales y los demagogos, murmuraban a los espectros simétricos el calificativo de las tres hermanas: Bienintencionadas. “Son las bienintencionadas. Ellas son”.

Las adulaciones y el servilismo eran aditamentos que pretendían soslayar la temible cólera de las Erinias de llamarlas por su odioso nombre. Las tres hermanas eran sacudidas por una violencia demoledora, si les alcanzaba la mención de su nombre en boca fatua, despreciable, componedora de viles acuerdos. Entonces, quienes conseguían ver sin ser descubiertos proclamaban el nombre de la visión: Furias. “Son las Furias. Ellas son”.

Viejas e imperecederas, ingobernables las Erinias son anticipadas por su nombre; un nombre pronunciado con temor reverencial, con la mirada huidiza y temblor en los labios. Las tres en movimiento sincronizado dieron la espalda al mar para afrontar la causa de la devastación. Las tres embebidas de tierra, de mar y de sangre, de fuerza, de perdurable obligación sin atender más orden que el irrefrenable deseo ni reconocer otra autoridad que la propia o, llegado el sublime caso, la emanada de la progenitura.

Toman a su cargo la prosecución de la venganza, el castigo de los crímenes cometidos contra los padres. Sin eludir el castigo que merece el crimen cometido por la madre. La madre es arte y parte; a ellas tres, hijas de su madre, corresponde ser arte y parte. Sin omitir el castigo que merece el crimen cometido por el padre. El padre es arte y parte; a ellas tres, hijas de su padre, corresponde ser arte y parte. Pero el crimen únicamente escribe un nombre.

En ellas, las Erinias vengadoras, se distingue por analogía a las Parcas, se reconoce por similitud a los Destinos. En ellas no se atisba a la hermana del amor y la belleza, Afrodita; tampoco la humana esperanza en la humana redención. Erinias, Parcas o Destinos emprendieron el viaje ineludible, propuesto y adecuadamente provisto, como

genios alados que saben dónde ir y a quién encontrar.

Cabelleras de serpientes, manos de fuego; hembras surtas de amenaza y castigo. Son las Erinias, llegaremos a saber algún día, y esta es su incursión en el proceloso, inconmensurable, territorio de la venganza.

Aterradoras, implacables, Alecto, Tisífone y Megaira han de auxiliar a esa Justicia que fue violada en un acto mítico. Cruzan miradas de afirmación, apenas unos gestos que dirigen los respectivos ímpetus en la misma inequívoca dirección. Pero es una dirección intermitente, acosada por interferencias y travesías, tal vez excusas que postergan indefinidamente la ejecución de la ley máxima.

Se turnan en la guía persiguiendo la inmensidad del crimen; aquí, allá, después de la quebradiza línea del horizonte, sobrepasado ese itinerante confín y vuelta, a empezar de nuevo, a inmiscuirse como si fuera la primera, ardorosa, vez en la guerra incesante.

Saben que es ella, que está en todas partes, que vigila y dispone, que confunde y somete toda voluntad captora. Es ella, la madre, y ellas, sus hijas, no deben someterse al dictado de la renuncia por ser quien es, por deberle lo que son. Lo que son, lo que serán mientras se las recuerda, invoca, maldice o anuncia. Llegan y desaparecen; deciden y obran. Continúan. Protectoras del orden social castigan inmisericordes los delitos susceptibles de turbarlo. Los delitos socavan la justa convivencia, el castigo ha de ser ejemplar, ha de resarcir a la víctima; la víctima es una y todos.

El peor delito es el de olvidar la condición mortal del hombre.

Las Erinias, procuradoras de venganza, de justa satisfacción, no son humanas, han sido eximidas de ese defecto.

Persiguen a los humanos, pero no sólo a los humanos. Los humanos padecen la condena de la incertidumbre, ignoran lo que depara el futuro pues sus existencias están condicionadas por el pasado, el presente y el inasible porvenir.

La ardua, inacabable tarea de vengar los delitos requiere constancia y presteza. Pero no siempre es posible culminar en breve y con eficiencia el cometido. No siempre la persecución se ceba en los frágiles humanos, víctimas a las que enloquecer y torturar de cuantas maneras se imagine; cuando la persecución afecta a los pares, cuando el crimen señala a una deidad menor o mayor, antigua o joven, las vengadoras tropiezan con dificultades añadidas y una envoltura de confusión.

Dificultades y añagazas promovidas por la familia. A la familia se la ha de proteger, se la ha de vengar; los crímenes de la propia familia han de ser reconocidos, juzgados y vengados; los criminales de la propia familia han de ser perseguidos y condenados aunque sean el padre y la madre, aunque sean omnímodos, aunque su historia sea la Historia, su principio el Principio y su fin el Fin.

Cabe una solución ante el dilema: dictar a terceros el cometido vengador.

Los humanos no son dioses ni a los dioses se asemejan.

El criminal es un elemento perturbador que huye o impone, que se esconde o es promovido a un cargo social; el criminal, saben las Erinias, enloquece o transmite locura; a veces vaga errante de parte a parte, en ínfimas o enormes distancias, preguntando y respondiendo sobre los hechos acaecidos; a veces busca a alguien de su semejanza

dispuesto a redimirlo de su crimen. Esto último es excepcional.

Alecto, Tisífone y Megaira apenas sienten otra urgencia que la de vengar los crímenes impunes. En sus cabelleras se arremolinan serpientes y látigos y fuego en sus manos para ejecutar la venganza; de sus insondables ojos se desprende la plasmación del infierno, el lugar de los castigos perpetuos.

La colina de los cuatro paisajes

Noroeste

Mi casa se asoma al mundo que la rodea. Situada en la cumbre llana de una colina modesta, de suave perfil, pendiente cómoda y fácil acceso, a su independencia suma una visión despejada, amplia de cuanto es posible ver. Más allá de los naturales impedimentos, el paisaje es deducible, siendo otro, igual, parecido y diferente; desde la lejanía incierta aunque presumible, supuesta e imaginada, probablemente el panorama es equivalente, quizá recíproco. No pienso sobre ello a menudo.

Mi otero descubre por su vertiente Noroeste, mirando en descenso, hacia lo que asemeja una angostura, un grupo humano obediente —así parece, podría definirse a esta distancia desde la que observo como un grupo de humanos dirigidos por otro humano—, disciplinado según la arcana concepción del sometimiento, de la rígida imposición. A esta distancia y a diario, la observación revela un comportamiento simbiótico entre el uno y los demás.

El correo llega puntualmente a la puerta de mi casa. Me trae diversidad de elementos que me corresponden por estar escrito en lugar visible de los envíos mi nombre y mi dirección. Hoy, hace un rato, he recibido dos cartas, una revista, variada publicidad y un libro largamente esperado. Una de las cartas, la que más abulta, la del sobre menos colorido es de un amigo con facilidad y tino para la escritura. En su misiva me cuenta retazos de vida experimentada en un lugar momentáneamente elegido, a resguardo de mayores tentaciones que la de ocuparse de sus propios deseos satisfaciéndolos a ciencia y conciencia; me dice que avanza en materia de disquisiciones y retrocede en cuestiones de

pragmatismo; me dice que el tiempo se ha convertido en su aliado, que es tanto como expresar en íntima connivencia que la medición del tiempo ha dejado de importarle. Feliz él, me digo.

Hace un rato paseaba indolente sobre la colina, de Sur a Norte y de Norte a Noroeste, admirando las nubes en su deambular ocioso; es una distracción pasajera aunque cotidiana si a ello uno se dispone. Cada nube es la plasmación de una imagen ideada en el momento anterior; al siguiente ya no es aquella imagen sino una nube que recordaba una imagen. El cielo, las nubes, el aire que diestro y amable vigoriza cuerpo y mente son prodigios al alcance de cualquier percepción. Considero lo que es una vez ha sido, ya dentro de casa, metido en la habitación que más y mejor recoge lo que soy y lo que pretendo.

Hace un rato decidía, por enésima vez, que los días son fecundos; también, que las lecturas de los viejos libros como la de los libros sinceramente deseados es un atractivo. O un consuelo. En el punto cardinal Noroeste, mirando hacia abajo, la lejanía se define en una sola imagen según veo y compruebo con cada observación. Pero ésta es una lejanía muy cierta, constatable a distancia y no se trata de un juego de palabras, es una lejanía que cuenta su miseria a oídos prestos a escuchar; habla entrecortadamente, espaciando unas frases simples, con inflexiones de voz impropias de una locución coherente. Pudiera creerse en un clamor quejumbroso o en la agonía de una demanda, una súplica.

Abajo, allá donde un grupo humano apostado en la estrechez, entre límites hostiles a la necesidad vital de la persona, un clima adensado pervierte la comprensión tanto como la percepción. La influencia de la deducible miasma es nula a este nivel al que estoy encaramado; pero aun así,

sospecho que la salvaguarda acabará cediendo ante los ímpetus de un empeño pernicioso en propios y ajenos. El simbiote dirige al adocenado grupo de miras rasantes y se apresta, según un programa de estricto cumplimiento, al adoctrinamiento implacable con resultado obvio. No menudean las voces en réplica o en consulta; bien es verdad que a esta mi distancia protectora la escucha es imposible si la voz no convalida en grito o el viento, en auxilio y prueba, no la empuja a buen recaudo. Ha de haber una explicación lógica a tal comportamiento en uno y en los otros. No adivino el dicitario pero lo presumo, intuyo los destinatarios — me permito pluralizar— deducido el remitente. El grupo de la cabeza gacha asiente sin movimiento, tácito consentimiento, reverente aprobación. El grupo de la cabeza humillada no ve por encima de un horizonte bajo, a buen seguro trazado en instancias de ubicación elevada. Cada mañana, todas las tardes, el maestro muñidor conferencia sobre los capítulos de un libro que porta en la mano o bajo el brazo según el énfasis al proclamar los aciertos de la doctrina. El maestro muñidor sí alza la cabeza, a ratos, ojeando, para recorrer la pina inclinación que nos separa, nos diferencia, aísla y preserva de las mutuas indeseables influencias. Ni una mueca, ni un gesto leve en el cruce de miradas miopes.

Diría yo que estos alumnos de curso repetitivo creen saber bastante, si no mucho, sobre los contenidos y mandatos de la doctrina oficial, por lo que, supongo, la mirada en declive barre el suelo, indaga por aspectos entretenidos, huronea a por motivos de desvelo y refuerzo de los pasibles cinco sentidos. Quizá sestan.

El maestro muñidor no suele mirar directamente al grupo adocenado, pero adivina o intuye o supone que la atención anda por derroteros difusos poco controlados. A veces, a

cualquier hora, el discurso monocorde varía en dos octavas, añadiendo un factor novedoso al opresivo tedio. Revive la atención de la masa aunque lo que reciban sólo sea el anuncio de una sanción futura de no poner remedio a la desidia.

Paseo la mirada a la altura de mis deseos, con propósito higiénico; para luego, unos segundos o unos minutos después —¡ah!, la tentación— advertir la remozada versión del mismo aleccionamiento. De la luz a la oscuridad, de la oscuridad a la luz. Adiós.

Conversando con amigos que viven cerca y lejos nos preguntamos dónde se vive mejor, también con quién y cuándo. Incluso discutimos, sin acalorarnos ni establecer fronteras sobre los respectivos deseos; salvo una: esa que delimita el libre albedrío del arbitrio. Esa frontera no la atravesamos jamás. Aunque yo, y así lo manifiesto, la percibo amenazadoramente próxima. Nos asalta, a continuación, otra pregunta: ¿Ha sido siempre de esta manera?

Nordeste

La búsqueda de un motivo. La pertinaz búsqueda de un aliado. Admito que en mí anidan trazas de contrasentido. Lo acepto e incluso lo avalo. Buscar, encontrar; percibir, sentir. Elegir. Confieso que es la opción que más parcelas de inquietudes propias cubre.

A solas muchas veces con la magnífica compañía de altas montañas, mis ojos han quedado prendidos a la silueta recortada contra el infinito azul, el infinito cárdeno, el infinito en una amplia gama gris, en una atractiva gama de tonos cálidos. Mis ojos persiguen la lejanía tras la cual desaparece el mundo y reaparece el mundo.

Hacia el Noreste nace el día, al nacer; y muere el día, al morir. Veo la primera luz y la última de un mismo día. Era

mi ambición, antes, recibir la luz y transcurrida su vigencia, despedirla. A diario. Entonces, cuando destinaba a esa obligación un interés inusitado, obsesivo sin perjuicio de otras obsesiones más flexibles, la emoción me embargaba humedeciendo los ojos de mirada entregada.

El imponente pincel matutino, también los vespertino y nocturno, pintaban dos cuadros a la vez. Uno de ellos, que recogía elementos naturales y artificiales, estaba presidio por la casa de la colina; el otro, quizá el cuadro que más tiempo me retenía averiguando sus reflejos, escudriñando sus pretendidos misterios, desvelaba la magnificencia del deseo.

La variable luz de las horas pintaba de renovado color cada uno de los colores del inventario hogareño. Un espectro de luz mudable. Un reclamo para afianzarse al terreno eludiendo aventuras. Pero no. La atracción venía de lejos y allí recalaba, sin acercarse lo suficiente para poseerla desde mi atalaya. Al otro lado, porque para mí era el otro lado (aún lo es), moraba la fantasía. El Noreste me llamaba con voz queda, para que sólo yo la escuchara; los matices tironeaban de mi indomable curiosidad; todo, y no sé definir ese “todo”, parecía incitarme a vagabundear a través de un universo de armonía y encanto.

Era, sin duda, la expresión liviana de la felicidad. Busca pero no la encuentres; síguela pero no le des alcance. Que sea tan libre, la felicidad, como yo pretendo serlo, camino de ella.

La distinguía sobrevolando la colina al pautado ritmo de la variación cromática. Cada matiz una nota. Cada vibración una pincelada. La mía es una felicidad sencilla, heredera de aquella otra de contemplación encandilada de orto a ocaso. Me viene a la memoria una frase que sintetiza el

que fuera tantas veces mi estado de ánimo: La felicidad es algo sereno y solitario. La felicidad, añade el autor, no es alegre. Enigmático epílogo, quizá paradójico.

He pensado en ello tantas veces como la oportunidad ha brindado. Metido en mi santuario de cara al sol naciente, a la naciente oscuridad, siento una feliz corriente de bienestar —e incluso orgullo—, dedicado a la lectura de mis libros, de mis apuntes presurosos y de las imágenes que este placer estar me proporciona en gentil secuencia asimilable. Entonces y durante un rato indefinido vivo en connivencia con mi deseo.

Vuelvo a la memoria ajena para prestar apoyo al reconocimiento de lo inmediato, de lo asumido también; y de lo legítimamente apropiado. Era mío, es mío. Quiero que sea mío, como mío fue. Y mío será mientras las privaciones no obliguen a renunciar a nada superfluo para la estricta supervivencia física.

A solas, dentro y fuera de mi pieza protectora, decido seguir curioseando los amaneceres y los crepúsculos, con la mirada en inquieta vigilancia hacia los detalles, los diferenciadores matices, los rumorosos sonidos, las oscilaciones climáticas y las atractivas imágenes que continuamente proceso para mi particular colección de vida y experiencia. Desde el principio hasta el postergado, día a día, final.

La vieja patria me acompaña en todo su esplendor y en toda su dependencia. La vieja patria es, también, mi nueva patria. Mi patria única. Mi posesión. Mi vínculo conmigo. Mi pertenencia. Así sucede con todos y cada uno de los capítulos que escriben fidedignamente la historia.

Sureste

Nos reuniremos en breve. Apenas unos días y llegarán a

casa los convocados al habitual encuentro cuando a alguno de nosotros, sin orden ni prelación confirmados, se le ocurre citar a los demás para que acudan, convenidas las fechas, acordado el lugar, con nuevos relatos y experiencias que brindar al prójimo.

La cima de la colina recoge la luz y el calor de la primavera; también la humedad y los contrastes de temperatura entre horas. El Sureste traza el camino que conduce a mi casa, el punto de encuentro. Desde la eminencia y hacia el punto cardinal referido, diviso la completa extensión de un valle afecto a las tonalidades fuertes, claras y oscuras, de espaciada arboleda, abundante piedra, flores escasas, matas fragantes y fauna recóndita aunque omnipresente.

Distingo, a mi vez, los varios caminos que convergen al pie de la eminencia, cada uno diferente al resto; como nosotros, como los convocados y voluntariamente asistentes al congreso de la rememoración y el aporte personal.

Entre tanto llegan, empleo parte de mi tiempo en acopiar recuerdos, vivencias y nombres; también de libros, revistas y apuntes de casi indescifrable contenido. Éstos suelen ser mis preferidos, y los que mayores quebraderos de cabeza me propinan al trasladarlos —pretender trasladarlos íntegramente, preservando, rescatando, el sentido y la trascendencia del momento en que fueron tomados— a una hoja nueva donde poder leerlos o interpretarlos o completarlos. Yo, como ellos, no me sustraigo al placer, ya necesidad, de leer lo leído, de escribir lo escrito, de repasar lo memorizado. Porque siempre aparece algo nuevo; sí, nuevo y diferente. Muchos de mis pensamientos, probablemente, sean consecuencia de esas segundas lecturas, de esas segundas escrituras, de esas remembranzas sentado, acostado o de pie, perdida la mirada sobre las varias rutas que convergen

a corta distancia de este eminente paradero.

Son pensamientos que surgen de lo que percibo, también de lo que imagino: “La ninfa del lago, la sílfide del viento, el hada del bosque; el incauto errabundo; el curioso impenitente; un lago cuyas aguas sosegadas reflejan las facciones del deseo”. ¡Qué maravillosa superfluidad!

Un ave solitaria planea a merced de las corrientes del Sureste. La sigo en su calmo vuelo desde una ventana alegre con las hojas abiertas que ilumina las paredes, la mesa, los mapas, los libros y cien detalles que me pertenecen. Son mis cosas, me digo; es mi vida; son mis pertenencias y mi equipaje. Cientos, miles de imágenes que he hecho mías, que expresan lo que he visto y lo que me gustaría ver.

Me invade la dicha por lo que ha de ser en un plazo breve de tiempo. Un tiempo que dedicaré a lo maravillosamente superfluo según una definición que tomo como anécdota. Vuelvo a rememorar escenas con sonido original. Tarareo, canto, elevo la voz hasta rozar el vuelo diligente de un ave sobria cuya aguda vista alcanza, cubre y distingue miles de paisajes.

Miles de páginas escritas, miles de anotaciones a vuelo pluma, inspirados apuntes que suman decenas. Canciones de todas las épocas que la memoria ha acopiado para deleite del propio oído. Cuadros sin firma relevante, mapas de tierras anejas y misteriosas lejanías incentivadas por la imaginación, los diálogos y las lecturas.

Confieso al ave que surca nuestro cielo que me atrae lo desconocido. Le transmito en el lenguaje de la intención que me convertiría en ella si ella me garantizara que volvería a ser yo al cabo de la experiencia. Mi osadía tiene un límite estricto, insobornable. Porque quiero seguir con las segundas lecturas, porque deseo practicar con las segundas

escrituras y los tarareos de canciones cuyas letras anidan donde recalán los sueños inducidos.

Estudio los mapas de nuevos y viejos territorios, tan al alcance los unos y los otros vistos en ellos, con el placer de un viajero infatigable que proyecta a medida que discurre. Descubre, conoce y reconoce, preguntando y respondiendo a todo y todos. El mundo en las manos; el mundo dentro de la cabeza.

El viento agita las nubes, las aguas, las hojas, los tallos y las ramas. El viento, que agita los recuerdos, sostiene el vuelo sereno del ave vigía. Reflexiono, contemplando los mundos nuevos y viejos, sobre el verdadero deseo de viajar, sobre el ansia insaciable de conocer y experimentar.

Una amiga, que quizá acuda a la cita, hace años me propuso imaginar cómo sería nuestra vida si, en aquel preciso e irrepetible momento, nos atreviéramos a abordar aquel barco que salía de puerto. Abandonaba el puerto hacia un destino ignorado, seguido por nuestras atentas miradas y nuestras imaginadas respuestas.

¿Cómo hubiera sido nuestra vida?

Hubiera sido nuestra.

Suroeste

Llueve. Continúa lloviendo.

Ayer empezó a llover antes del mediodía. Ante las ventanas y mi complacencia caía, pertinaz y fragorosa, una lluvia deseada. Con los primeros acordes del concierto pluvial fui en su busca, a empaparme, incitado por la melodía, feliz por mi voluntaria desprotección. Calado hasta los huesos volví al redil, a secarme y evocar los húmedos instantes precedentes. Con el cabello alborotado por la fricción con la toalla, mudado con ropa similar a la inutilizada y engullida

por la boca golosa de la lavadora, puse manos a la obra recuperando la tarea impulsivamente abandonada.

Desde las paredes de mi estudio curioseaban el de nuevo absorbente quehacer mis posesiones visibles, emitiendo preguntas en sordina, preguntas capciosas, intencionadas preguntas en algún momento irritantes.

Soy lo que de mí habéis hecho —dije a tan sentencioso público para obtener su favor. Siendo cierto lo gravemente expresado.

Pasadas las horas, remitiendo la lluvia, me vestí para acudir al encuentro de cualquier novedad que a la recíproca quisiera sorprenderme durante el camino de ida. Vestido para la ocasión y el momento siguiente; el anhelado, a veces soñado, muchas ideado; algunas visible. Ya escampaba.

Hasta la vuelta —me despedí de mis maestros y tutores.

Ladera abajo por la senda del Suroeste, aventurado el lubricán, hacia el concierto que mis despiertos sentidos reconocían antes que captar. Ladera abajo, ágil el paso, poco después daba con la visión de una vivienda bañada en luz. Antes de hollar sus límites privados dos perros ladraron en son de advertencia. Ladraba al unísono la pareja de perros avisadores. ¿Acaso no me recordaban? Peor, ¿me ignoraban? Los perros gozan de buena vista a larga distancia. Yo no; y si ando distraído, entretenido o meditabundo, como las más de las veces, aún peor. Entonces, para bien o para mal, todo es nuevo y todo, preventivamente, es viejo.

El enfado de los perros cesó cual había dado inicio, de repente. Su vigilancia entró en fase distendida, apartando la amenaza de mi proximidad. Quizá, ahora, descubrían quién era el visitante. De la vivienda un tanto solitaria salían notas de bienvenida; traducidas por mi vanidad. Las bellas notas inmersas de sentimiento nacían de un piano bien

interpretado. Los perros y yo escuchamos en cómplice silencio, dejando pasar el tiempo, complacidos, hasta el entreacto. Entonces llamé a la puerta.

Abrió ella; ella misma me invitó a pasar y ella, encantadora, me puso en antecedentes de su elección.

Música. Hago memoria, pero no logro recordar la pieza que escuchaba afuera, muy cerca de la lluvia que retornaba protagonista. Junto a los perros. Los tres sumidos en devoto silencio, en atenta escucha. Y la lluvia, irreverente, tabaleando en la platea.

Ella me ofreció un entreacto cordial; yo lo acepté. Ella me brindó conversación; yo un sincero interés.

Intermedio. Remanecida la noche. Oía cuchichear voces femeninas, dos; luego, al prestar pleno oído, quietud.

Ensueño.

Ella me cedió su espacio. Atractiva, seductora. Los dos a solas; éramos los dos en su mundo.

La música creció, se hizo ámbito y vistió todo. Todo fue música, su música. Todo fue, también, mi expectación. Creció la música y la música, su música, se sosegó; otros tonos acompañaron al principal, el que me sumió en el hechizo, feliz trance.

Sígueme —murmuró. A mí, era a mí a quien se dirigía.

Una fuga presurosa.

Lluvia arreciando. Eran dos voces femeninas, parejas, implicadas en el secreto.

Un bajo armonioso. Ella presidía el cuadro, era el mismo cuadro; maravilloso lienzo. Me sentí conmovido. Transportado, también, donde quisiera llevarme.

Donde quisiera llevarme su música.

Luego enmudecieron las notas, las dos voces femeninas callaron. Eran dos voces. Después volvieron a elevarse

poderosos tonos con profundo y magnífico apasionamiento.

Quise acercarme. Me aproximé a la virtuosa.

Enmudeció la música. Y volvió a izarse la música sobre todo; sobre la noche, la lluvia, mi admiración.

Sonaba su música baja y lenta; era su música, prolongada y dulce, remontándose a mil alturas, cantando y preguntando. Preguntándome quién era yo. Preguntando. Una pregunta. Repitió la melodía, pregunta; varió, pregunta; trazando cintas y roleos, pregunta; serpeó fluida por senderos coincidentes. Melodía libre, serena. Preguntando.

Despidiéndome.

Silencio. En silencio me despedí de aquel placer; en silencio anduve la distancia que supuestamente hube de atravesar a la ida. Ladera arriba por la senda del Suroeste. Había cesado la lluvia. Tras unos enormes nubarrones prendidos a la cima de la colina asomaba la claridad nocturna.

Ascendía el conocido repecho sin prisa. Al cabo entraría en mi casa y, quizá, volviera la lluvia a velar mi descanso. Tal vez, en un rato, volviera a degustar la vida interpretada desde un capricho.

Es lo que parece

Desde allí podía dirigirse directamente a dos lugares; después, a través de los enlaces, a una docena o más. Sigue y suma. Era un buen punto de partida.

Había que tener en cuenta los desvíos, pues cada desvío abría nuevas posibilidades de ubicación futura; algo así como un centenar de objetivos geográficos contando por lo bajo.

Y mucha gente, también infinidad de vehículos caminando o circulando en ida y vuelta. Un espectáculo fascinante. Podía pasar horas mirando y pensando, pues tan atractivo resultaba lo uno como lo otro. Mirando y pensando.

Le apetecía elegir a uno entre tantos. Un peatón, desconocido para él, un ser anónimo al que ni siquiera pretendía conocer, aproximarse o descubrir las facciones. Nada de eso. Le apetecía elegir al azar y seguir donde fuera. Hacia donde quisiera ir sin considerar de momento el camino de vuelta, la longitud del trayecto o el tiempo que iba a emplear en recorrer la misma distancia.

Como descubrir un nuevo mundo por lo inesperado, lo imprevisto un día antes. La idea era excitante; y podía dedicarse a ella sin reparar en esos detalles que suelen demostrar los grandes proyectos, las mejores iniciativas.

De acuerdo —convino—, lo haré. Después de fumar con calma un cigarrillo.

De acuerdo, era el momento de elegir un número. ¿Qué número? Los habituales: la suma de la fecha de nacimiento, los enamoramientos mientras resultaban serlo, los dedos de las manos, el número favorito en la escuela. El número

favorito en la escuela era el nueve. El nueve era el número elegido y empezó a contar desde la primera persona (una mujer) que pasaba a su lado y enseguida le daba la espalda, hasta la novena (otra mujer, una mujer que parecía distinta sin mostrarse diferente ni en la apariencia ni en las maneras). Una mujer a la que unió su destino a temprana hora, las ocho de la mañana de un miércoles del mes de noviembre, el año de su trigésimo cumpleaños. Conviene recordar algunas características de los sucesos.

Las ocho de la mañana, temperatura ambiente fría. El seguimiento a la ropa de abrigo, a prudente distancia para no causar recelo ni llamar innecesariamente la atención (su idea no proponía nada negativo para aquella mujer ni para él ni para nadie) obliga más que a la liviana veraniega; eso le parecía. Abrigo tres cuartos, falda por debajo de las rodillas y botas de caña alta. Tonalidades oscuras. La mayoría de hombres y de mujeres vestían tonalidades oscuras. Todas las personas dentro de su campo visual llevaban ropa de abrigo y la mayoría de colores oscuros.

Decidió llamar a la mujer número nueve. Pero era excesivamente impersonal y poco íntimo. Había que cambiar el nombre. El nombre era innecesario, desde luego. No obstante le apetecía “llamarla por su nombre”. Un nombre identificador, apropiado a la aventura. Un nombre directo, cómplice. Nueve. La llamaría Nueve, con letra mayúscula inicial.

Sigo a Nueve —se animó—, donde quiera llevarme. Puedo hacerlo.

Dónde lo llevaría. Por un instante se sintió desconcertado y perdió unos metros a su elegida. La duda le había sacudido la conciencia. Sólo era un juego una forma de pasar el

día, un día libre, un día de asueto. Sólo es un juego inocente —pronunció en voz baja a su atento oído.

¿Era consciente de sus actos, señor? La pregunta expresaba el tono inquisidor que incomoda al abordado. No. Mejor otro personaje con el que convivir en el seguimiento.

¿Dónde vio por última vez a la mujer que llama Nueve? Delante, por supuesto. Iba por delante, yo la seguía a distancia respetuosa. Oiga, yo no soy peligroso. Por qué me interroga.

Vestía tan parecido al resto, hombres y mujeres que le costó dar con ella al despistarse unos segundos.

¿Dice que volvió a verla? Sí, claro que sí. Ella estaba allí, iba por delante, era ella y andaba con soltura, no llevaba peso.

El interrogador confirmó que la mujer que él llamaba Nueve había desaparecido, y no únicamente ella, poco después de las ocho de la mañana de ese miércoles del mes de noviembre; el año del trigésimo cumpleaños del principal testigo, todavía exento de cargo inculpatorio.

Había empezado a seguir a Nueve sin más plan preconcebido que ese: seguirla. Donde quisiera llevarle, repetía a su interrogador. Era una mañana como otra, y ella era una mujer como cualquiera a esa hora y en la circunstancia de tránsito hacia donde fuera, a paso normal, sin distraerse con sus bolsillos, el bolso, el cabello; sin echar vistazos alrededor o detenerse súbitamente porque recordaba algo que debía hacer antes de lo que iba a hacer.

Poco después de las ocho de la mañana, diez, quince minutos, la mujer llamada Nueve (identificada sin vacilación, aunque de espaldas, por el testigo) incluida entre decenas de personas coincidentes en aquel lugar y aquel momento

había desaparecido a todos los efectos.

Imposible —protestó. Estaba decidido a reproducir el trayecto de principio fin. Se acordaba perfectamente del recorrido, y de que ella mantuvo su paso y su dirección sin interferencias ni vacilaciones. No le costaba seguirla, tampoco le supuso un gran esfuerzo permanecer confundido como si él fuera este o ese, vestido de similar manera, caminando como ellos, distraído o concentrado como cualquiera. Probablemente, eso sí, con otra idea en la cabeza que el resto, una determinación singular.

Alcanzaron la primera divisoria, frecuente y popular para la mayoría de los viandantes. Nueve se decantó por la ruta A.

La ruta A —señaló el punto de la bifurcación en el detallado mapa mural. La ruta A difiere de la B en anchura, pendiente y servicios además del destino, naturalmente. La ruta A sigue un trazado sinuoso, mareante en ocasiones aunque entretenido, llano; permisivo con, por ejemplo, un seguimiento ocioso, sin mala intención. Hablaba desde la sinceridad del confundido ante unos hechos insospechados y ajenos a la voluntad y a la percepción.

La ruta A suele ser la más transitada. Quizá por ello Nueve, en consonancia con las probabilidades, eligió ese camino. Desde el punto de contacto (el momento que decide empezar a seguirla) hasta la bifurcación el tiempo transcurrido, a paso normal de adulto sin carga ni prisa, oscila entre los diez y los doce minutos (por no ceñir demasiado el cálculo). Un paseo si no empuja la prisa. En diez o doce minutos, cierto es, pueden pasar muchas cosas; cabe que una persona pueda desaparecer, pero ¿decenas?, ¿tantos?, ¿todos? Imposible. Y a él le aseguraban que Nueve y el resto de transeúntes habían desaparecido de la faz de la

tierra.

¿Todos? —preguntaba con un hilo de voz, incrédulo, asombrado como nunca en su nada conflictiva existencia. ¿Y él? ¿Dónde quedaba él en esta historia delirante? Si todos, ella y los demás, por así decir, se evaporaron, ¿por qué él, siguiendo a Nueve, había sido marginado del... viaje? Imposible.

Otras posibilidades debían ser tomadas en consideración. Ante un hecho consumado como la desaparición múltiple o la opción de la ruta A, dos ejemplos enlazados, las hipótesis cobran el sentido que los investigadores les quieren dar. Sobre una mesa vacía fue desplegado un mapa similar al de la pared; en él comenzaron a delinearse trayectorias, dos, en diferentes colores hasta reproducir una filigrana sin aparente origen ni final. Y después llegó el turno de las conjeturas, algunas reflexiones y los descartes sobrevenidos a la inviabilidad.

Era extrañamente complejo el dibujo, un producto del delirio. Bastaba mirarlo para descubrir el vértigo o una peligrosa atracción hacia el vacío excediendo la teoría. ¿Dónde le colocaban sobre el mapa? ¿Dónde situaban dentro del laberinto a Nueve? Quería pero no se atrevía a mirar abiertamente. Nadie le prestaba especial atención cuando no mediaba una pregunta; apenas una discreta vigilancia, profesional, individualizada, fiados el resto a la colaboración de aquel hombre aturdido, ignorante y ajeno a la búsqueda de una respuesta satisfactoria para todos.

Los investigadores, salvo dos, estudiaban absortos el mapa, sentados, de pie, en arco pendular abarcando la longitud de la mesa. Uno de los dos investigadores desligados del influjo del mapa desplegado en horizontal analizaba el

gran mapa colgado de la pared ayudado por su dedo índice, bosquejando una suposición.

¿Hasta dónde llegaba su curiosidad? Creyó que no le preguntaban a él. Sin embargo, la dirigía la pregunta el solitario absorto frente al mapa. Se levantó inseguro de sus piernas, tragando la espesa saliva que le poblaba la boca y algo precipitado se situó en paralelo a la voz: ¿Hasta dónde? Observó, creyó recordar lo que ya había recordado y volvió a señalar la bifurcación entre A y B.

¿La ruta A?

Asintió con la cabeza, pero no era suficiente.

¿La ruta A?

Sí. —La cinta transportadora de la sinuosa y entretenida ruta A, con sus frecuentes andenes, con los rótulos informativos y la abundante cartelería publicitaria, con el sonido comercial y los avisos acústicos de las paradas y los enlaces—. La ruta A.

La ruta B es básicamente sobria, pero no es monótona pues asciende y desciende continuamente aunque si alejarse notablemente de la línea recta; un prodigio de ingeniería. La cinta transportadora de la línea B asemeja una montaña rusa sin alcanzar su grado de emoción. Cuenta con menos andenes, inferior número de rótulos y cartelería y un sonido estrictamente acorde con el cometido de desplazamiento entre dos puntos.

Desde el lugar de contacto con Nueve hasta la primera divisoria a los usuarios de la vía pública se les denomina viandantes; a partir de abordar las cintas transportadoras ya eran transeúntes. La distinción excede el ámbito de la semántica.

¿Apreció algo anormal?

Permanecía en pie, aturdido frente al mapa. Nada le

parecía ya como había sido hasta entonces; ni siquiera él mismo cuando empezó a seguir a Nueve intuyendo que se decantaría por la ruta A. Curiosamente, a veces le dio por pensarlo llenando una pausa breve, el primer andén en la ruta A se hallaba a mayor distancia de la bifurcación que en la B; luego la “lógica” imperaba y cada poco, tres o cuatro minutos (en según que distrito cada minuto sumando ocho) sonaba el anuncio de la parada y los enlaces en la ruta A, cada quince o veinte (en según que zona treinta sumando dos) en la B. Son mediciones aproximadas.

Si la acumulación de transeúntes excede la capacidad de acogida de la inmensa plataforma común y la fluidez en los ulteriores desplazamientos, el sistema de medición activa el de prevención que a su vez erige, anticipado por una alarma sonora altamente penetrante, unas barreras muelles, dúctiles y de enorme resistencia, capaces de soportar grandes presiones e incluso avalanchas humanas.

Reviviendo la llegada a la plataforma, confundido entre los todavía viandantes, a salvo de cualquier sospecha que pudiera acuciar a Nueve, no encontraba motivo para expresar una duda, una vacilación o el presentimiento de algo indeseable al cabo de unos minutos. Es verdad que durante unos segundos, un despiste, una distracción pasajera, provocó un ligero desbarajuste en el plan al perderla de vista. Pero no fueron más de unos pocos segundos; en seguida dio con ella.

¿Está seguro?

Nueve aguardaba su turno de entrada a la cinta transportadora de la ruta A. Completamente seguro —asintió con voz turbia y gesto parco. Abrigo oscuro tres cuartos, falda oscura por debajo de las rodillas y botas oscuras de caña alta. El cabello visible era de color castaño oscuro.

Una descripción convencional, carente de detalle.

¿Destacaba alguien o algo cerca de ella, a su lado?

La pregunta no le traía recuerdos. Ahora se daba cuenta que su atención hacia Nueve era la propia de un seguimiento novato, lúdico.

¿Ruidos, estridencias, golpes?

En todo caso murmullos, rumores, roce de suelas, siseo de prendas y compendio resonante de estornudos, toses, carraspeos; puede que una voz momentáneamente elevada. Lo habitual en un escenario como aquel.

Gentío y espera; una paciente cola, ordenada, indiferente a la circunstancia vital del prójimo. Visto por detrás, a lo sumo atisbando el perfil de un curioso o la curiosidad de una silueta que ofrece un esbozo de sí misma, un compendio ilustrado de la cotidianidad a una hora de congregación asimilada; dejando fluir el tiempo que cubre la distancia entre dos acciones complementarias: ir y seguir.

Entre la mujer que ha recibido por azar el nombre de Nueve y él se situaban cinco personas de ambos sexos, apenas identificadas por el color del cabello o la talla de la ropa. Cinco personas que recibieron su correspondiente dosis de atención, escalonadas de proximidad a lejanía en el repaso y en la idea que de cada una de ellas prefiguraba al someterlas al somero análisis. Hasta dar con ella, como si fuera la primera vez, en el punto de origen, eligiendo a quién iba a seguir esa mañana de cumpleaños con un regalo exclusivo.

Ella era la figura con mayor grado de estatismo: una, dos, tres, cuatro, cinco y ella; y viceversa. Partiendo de Nueve o a ella regresando como estación término, su imagen vuelta de espalda era una muestra de aceptación al destino. Ni siquiera el anuncio por megafonía de una novedad conseguía

girar un ápice su barbilla mostrando una línea humana que impulsara otra clase de seguimiento. Nada en ella era especial a simple vista; sin embargo toda ella era una incitación a descubrir el lado oculto.

Posó su atónita mirada sobre el esquema de la plataforma común en el gran mapa colgado de la pared. Distinguía las dos rutas, A y B, durante unos metros paralelas, quizá doscientos metros. Luego se alejaban discreta, suavemente, permaneciendo visibles una a la otra a lo largo de, quizá, quinientos metros. Era la primera vez que calculaba ese por menor, algo que le había pasado desapercibido como si no le incumbiera; lo que así era. ¿Qué le importaban a él esas mediciones periciales que alcanzaban sus oídos en una dependencia extraña donde se buscaba afanosamente respuesta a un misterio en dos mapas? El desplegado sobre la mesa soportaba el roce y el punteo de varios dedos asincrónicos; pero nadie de los colocados alrededor, las facciones severas, podía pasar las hojas del elucidario.

Estaban en un punto muerto, en una vía muerta; el símil era el apropiado.

Hay que volver —dijo una voz de mando tamborileando los dedos de su mano derecha sobre espacio descubierto de la mesa.

Había que volver al lugar de los hechos y proceder a la reconstrucción de los hechos, la prueba pericial.

Acompañaba a aquellas personas sin tener una idea clara de lo que esperaban de él. Obviamente su presencia en el lugar de los hechos era necesaria, era un testigo, aún más: un protagonista. Según sus acompañantes, dicho o insinuado, era la clave para descifrar un misterio mayúsculo. Una alucinación colectiva, le parecía a él, pero se abstuvo de

comentarlo o de traslucirlo desde su abatida imagen. En el día de su trigésimo cumpleaños. ¡Maldita ocurrencia!

¿Fue aquí?

Exactamente —asintió reconociendo el lugar. Aunque el lugar era idéntico al espacio abierto a la mirada a un lado y otro, enfrente y detrás. Lo más llamativo era la ausencia de público; un escenario vacío, un teatro vacío, desangelado. Era la primera vez que estaba allí sin respirar el trasiego de la mucha gente que solía llegar y pasar. Por el motivo que fuera un lugar caracterizado por su concurrencia aparecía expuesto en toda su integridad urbanística. Daba escalofríos.

Era escalofriante sentirse como un huido de la captura masiva, aunque ello le valiera para esquivar la sospecha y la subsiguiente, terrible, acusación que se cernía sobre él. Pero no apreciaba la acusación en los ojos ni en los gestos de sus acompañantes peritos; tal vez un amago de duda, de curiosidad; un asombro compartido, disimulado.

Adelante. Reproduciendo fielmente la iniciativa.

Después de fumar un cigarrillo —¿es el inicio?— eligió a Nueve porque coincidía con su número favorito —¿una casualidad?—, casualidad. La seguía manteniendo la mirada a la altura de la discreción, en paralelo al suelo, con algún devaneo a diestra y siniestra, porque así es la naturaleza humana; también con ribetes memorísticos que acuden para amenizar las ocasiones especiales que luego serán incorporadas a ese mismo espacio inasible a la fiscalización.

Nueve le condujo a la plataforma —era previsible—, y se colocó en la fila de acceso a la cinta transportadora de la ruta A. Entre él y ella cinco semejantes aguardando lo mismo que Nueve. El intruso era él.

Y ahora él era el primero, con cinco semejantes

aguardando su próximo movimiento, como si jugaran una partida de ajedrez; una pintoresca partida de ajedrez con figuras de tamaño humano vestidas con ropa de invierno de tonalidad oscura.

Rutinariamente contaba los cuerpos de separación: uno, dos, tres y cuatro. Una ojeada indiferente alrededor y vuelta: tres, dos, uno. Distinguí el contorno de Nueve con mayor nitidez, a una distancia menor, casi al alcance del brazo estirado: uno, dos y ella. Aviso de luz y sonido. Un metro más cerca: ella, una interferencia de mediana estatura y él. Al alcance de un ligero empujón. Aviso, luz y sonido. El mundo en movimiento, la cinta transportadora de la ruta A a dos pasos y Nueve a un soplo; si estuviera fumando nimbaría su cabeza con humo.

Por detrás una vigilancia pericial de diez ojos, diez brazos, diez piernas. Giró un instante la cabeza como si quisiera distinguir las facciones de la sombra, enfrentarse a ella sin resentimiento, con la misma curiosidad, participando del mismo estupor. Fue un instante, el instante previo a incorporarse a la ruta A. El primero de la fila, el único. Uno. Creyó que le llamaban, incluso sintió como si pretendieran asirle del brazo o advertirle de algo que inesperadamente tenía lugar palmeándole el hombro.

Se volvió para atender la urgencia, solícito, escrupulosamente colaborador, que supuso originaria de la primera figura de los cinco, cuatro. Contó cuatro. Durante doscientos metros circulando en paralelo la ruta A con la ruta B. Los transeúntes de una y otra viajaban perfil con perfil, reajo a reajo, puede que estableciendo al cruzar la mirada otro tipo de paralelismo afín a la curiosidad o a la suposición. No faltaban los precipitados hacia el destino, incorporando a la velocidad mecánica la suya, avanzando y sorteando el

dejarse llevar de la mayoría.

No era el primero ni el segundo, por detrás no eran cuatro sino tres los que procedían a comprobar la versión dada por el testigo protegido. Durante aproximadamente medio kilómetro los transeúntes de la ruta A despedían a los de la ruta B, y viceversa; quizá los de la ruta B prestaban más atención a ese detalle cívico, aun sin mediar palabras o gestos; una despedida amable, cordial, acordada, fluida. Aproximadamente medio kilómetro de esporádico alterne antes de inmiscuirse cada cual en sus propios asuntos; o lo que es lo mismo, la ruta elegida.

¿La ruta A?

Sí, —afirmó sin margen para la duda.

Ahora recordaba que ella había girado una vez la cabeza, ligeramente, casi con timidez, hacia un punto impreciso pero a la altura de sus ojos que podría situarse delante o detrás. No le había buscado forzando una mirada periférica que consintiera validar una suposición, de tenerla.

¿Un giro ligero, rápido?

Casi fugaz, aunque apreciable. Y reprodujo el gesto todo lo fielmente que supo, sin interpretarlo; eso correspondía a los expertos. La visión periférica le mostró un intercambio de posiciones: tres por delante, dos tras él. Una alteración en el orden estipulado para el peritaje. Tres y dos en lugar de dos y tres. Un giro rápido y ligero da tiempo para que un transeúnte avance su posición a través de la zona ciega, el ángulo muerto, un paréntesis de vacío que modifica la percepción.

Lo que era ya no es. ¿Y luego, un instante después? Tampoco. Como si el movimiento se hubiera trasladado de la cinta transportadora a esos transeúntes enemigos de la divagación, centrados en un objetivo inmediato similar,

adaptable o idéntico al del resto. Movimiento, disposición. Cuatro y uno. Como si ese instante idealizado que aspira a fundir el pasado con el presente lo consiguiera desconcertando al autor del prodigio. Cuatro y uno. Lo que era ha dejado de ser.

Hay que seguir —ordenó la voz de mando.

Había que seguir con la iniciativa.

Se acercó a Nueve, quería verle la cara, hacer acopio de sus facciones para una ocasión venidera con cabida mañana, en la primavera lluviosa o dentro de un año. Se acercaba despacio, imperceptible, discreto, observando los anuncios y la enumeración de las paradas y los servicios, prestando la debida atención a los avisos. Adivinaba que le sobraría tiempo para colocarse a su altura, también para adelantarla y nuevamente retroceder a la posición de seguimiento en connivencia con aquella distracción regalo de cumpleaños. Entre ella y él cinco personas de ambos sexos absortas en su cotidianidad, pacientemente a la espera en la inmensa plataforma donde ese día, a esa hora, el número de usuarios excedía el límite permitido.

La herencia de los herederos

Él también murió. Al llegar su hora, la hora de breve y doliente tañido, aquel hombre de dignas maneras, de recuerdo grato en la pública opinión, sucumbió al inefable destino de los mortales. Descanse en paz la noble persona cuya ausencia se nota.

En honor y memoria de quien tanto y para tantos fue, la voluntad popular propuso recordarlo y homenajearlo al modo del arte expuesto. Para lo que, todavía velando al difunto, gentes varias de estirpe, rango y cargo, iniciaron las oportunas gestiones encaminadas a tal fin; también fin, pero otro fin que el fin motivador.

La sentida desaparición atrajo conversaciones, debates y opiniones en el común de los vecinos. En ámbitos privados, también. En la esfera familiar, por supuesto y más allá del lamento, la condolencia, la reflexión, el detalle y el acontecimiento. La familia, escasa, reducida a la expresión hogareña, tomaba en consideración los puntos, las líneas y las cláusulas. El testamento sobrevolaba el cuerpo presente.

La inquietud, la pertinaz duda, el incitador desasosiego, rondaban los cinco sentidos de cada uno de los tres vástagos reunidos en fraternal conciliábulo.

“¿Qué habrá de ser?”

“¿Cómo habrá de afectar?”

“¿En qué habrá de notarse?”

Perplejidad en el velatorio; vacilación en el pésame; incertidumbre a la mesa. El cortejo fúnebre desfiló ante el respetuoso conduelo de lágrimas visibles, de sonoro lamento, expresión abatida; pena aflorada.

“Lo siento...”

“Lo sentimos...”

“Irreparable pérdida”.

“Templanza y resignación cristiana habéis de tener, muchachos”.

Habían de tener, además, administrada paciencia. Los tres: los dos varones y la mujer; el mayor, la mediana, y el pequeño.

“¿Y ahora?”.

“¿Y entonces?”.

“¿Y cuándo?”.

Un narrador independiente a la tragedia íntima pero vinculado al pesar conjunto, al paso, pronunciaría grave, conciso, sincero a los tres pares de oídos y a cuantos quisieran sumar en la escucha: He sentido verdaderamente la muerte de la buena persona.

Pensaban: “¿Qué será de nosotros?”

Murmuraban: “¿Que será de vosotros?”

Decían: “¿Qué será de ellos?”

A ellos debía corresponder, lógicamente, el futuro. El hombre bueno, también sabio, aprovisionó abundantemente la despensa; mas, como suele decirse por estos pagos, llevóse la llave a ignota dirección.

Educados con esmero los hijos, advertidos de las oscilaciones de la vida y la fortuna, de los muchos avatares que discurren a su aire por la misma senda, eran en su mocedad ya personas. Pero con miedos irrefrenables. La orfandad los acarrea impíos.

“¿Y ahora?”.

“¿Y entonces?”.

“¿Y cuándo?”.

No aparecieron, al menos a la vista, palpables, materialmente tangibles, los bienes relictos: esos que deja alguien o quedan de él a su fallecimiento. No asomaban por parte

alguna, ni buscando, ni suponiendo, ni implorando. Nada; aparentemente nada. Los gastos, omnipresentes, carecían de alivio.

En frase prosaica: la herencia era huérfana de bienes.

Una huérfana sumada a tres huérfanos. Tres huérfanos más una huérfana que dieron en repasar los papeles de aquel que fuera hombre querido y admirado por todos, por todos los capaces de querer y admirar. Papeles, ahora, de propiedad compartida. Papeles heredados, confidentes.

Los papeles hablaron al recibir la merecida atención. En casi todos ellos aparecían dibujos de grafismo notable, trazado a lápiz unos, con pluma elegante los otros. También en casi todos ellos figuraba texto. En casi todos. Excepto tres.

Los dibujos eran expresiones iguales y unidas como formando, conjuntamente, una familia.

Los textos eran misivas a quienes debían leerlas llegado el trance de tomar decisiones. Conjuntamente y por separado. Correo igual y unido.

¿Qué impulso humano y anticipador guiaba el sentido cabal de los dibujos y los textos? La pregunta dio mil vueltas en pos de una respuesta válida, satisfactoria. De haberla, pues, quizá, el significado era intrascendente; un entretenimiento del padre viudo.

Los dibujos, al igual que los textos, obsesionaron día y noche durante la primera orfandad el pensamiento de los hijos. Hasta que un día uno de los tres dio en mirar con otros ojos los papeles heredados. Dio en leer todas las líneas y dio en leer todos los trazos; muchas veces, hasta dejar de intuir para conseguir interpretar. Ese día fue nuevo, más que el resto de los días pasados, contritos, aciagos; el día nuevo que alumbraba los nuevos días.

Los papeles hablaban de rectitud, de prudencia, de equidad. Los misteriosos papeles que dieron en conocer porque a ellos pertenecían de hecho y por derecho, mostraban los hilos que tejen la vida digna, la vida honrada, la vida justa. Con aquellos papeles se reglaba aquello que se desea, por quien lo desea, tener derecho y adecuado.

Comprendieron el mayor, la mediana y el pequeño la mayúscula dimensión del legado. Y comprendieron, al cabo, la inmensa herencia que de puertas afuera había amasado para ellos su padre.

Aquel hombre de fama póstuma, querido y honrado que la muerte, como a todos llegado el momento, condujo a un lugar distante, leyó con los ojos que saben leer, cada uno de los papeles, tres, que había dejado libres de mensaje; libres para ser individualmente escritos; si los destinatarios así lo estimaban.

Y fueron simultáneamente escritos. Y simultáneamente fueron pronunciadas las coincidentes palabras.

—“Gracias”.

—“Gracias”.

—“Gracias”.

El magno legado sumó tres hojas para la posteridad.

Intelectualidad

Merece toda la atención que se le pueda dispensar. Me presto a ello convencido de hacer lo que debo, también seguro de obtener un inmenso provecho que dependerá únicamente de mí en su presente como futura utilidad. Ha nacido una idea. Varias ideas han nacido.

Una serie de ideas concurre a los severos procesos de análisis y evaluación tras el ufano alumbramiento esmeradamente asistido. Del inconmensurable caos —esencial, nutricio— trasciende una estela de fuerza viva, de pura energía compuesta por imaginaciones, fantasías, pensamientos e ímpetus en gradación temporal. Esta serie de ideas brotadas del munificente caos alcanza la conciencia una vez superada la barrera censora.

Deambulaba yo física y mentalmente fijándome en esto o aquello ociosa y entretenidamente, incitado por mi propia sustancia, por mi avivada e insobornable definición de libertad: decide y avanza. Elegir y continuar. Había tomado una decisión vinculada a otras posteriores, mediatas, aunque sin renunciar a la novedad —inspirada o imprevista— o a la intromisión —cordial, placentera o sacudidora. Un día más rechazaba los mundanos estorbos mientras, en sustrato profundo, aguardaba la sorpresa, el regalo de los estímulos.

Transitaba mi curioso, indagador espíritu unos pasos por delante de mi corpórea presencia —respetuosos el uno con la otra, la otra con el uno— allegando los recuerdos cercanos: los de la víspera social, bien acompañado, bien surtido de pareceres, comentarios y planteamientos desde voces con sentido y modulada certidumbre. Exponía una voz, femenina, un episodio de crítica objetiva, juzgando sobre la

base supuestamente aséptica de la magistratura científica la presunta anomalía del talento artístico, la remota mixtura, el de antaño y más todavía el de hogaño: la enfermedad de la concepción impuesta. Dicho de otra manera, el juicio al dictamen; la sentencia al veredicto. El hoy especulativo, arte como negocio, como juego de inversión a medio y largo plazo. Arte de artista seleccionado, la imposición del arte, la sumisión a un arte predefinido, preordenado, preconcebido, tasado, pujado y ubicado.

Nada que ver, pues, el arte con el artista. Una voz, masculina, preguntó quién era el artista; quiénes formaban la nomenclatura artística en el catálogo en circulación.

Una pregunta atinada, valiente y rebelde. ¿Quién es el artista? ¿Dónde recalca el artista? ¿A quién corresponde determinar el título, noble ypreciado en épocas reconocibles, admiradas, conservadas en los envoltorios adecuados?

Derivó la conversación por los derroteros de la voluntad, la opinión y la reflexión, tal cual procede en una reunión diseminada en sus protagonistas. De los nombres con sus propagandas viajamos a las personas y sus obras; individualidades adscritas al genio que bordea la demencia, una demencia convencional; a la compensación desvariada, forzosamente desvariada, en el plano del espíritu, de una carencia, un defecto que no teniendo porque serlo lo es para quien no se libera de coacciones ni de la subyugante presión del talento. El talento. Talento bullidor, activo. Una huida frenética hacia la inalcanzable normalidad del hombre normal persigue el acosado por su propia e intransferible aptitud.

Drama y pesimismo arrendatarios del ingenio.

Las personas normales, aquellas que no reconocen en sí ningún don especial, ninguna capacidad fuera de lo común, elaboran una vida integrada al medio y adaptable a las

cambiantes circunstancias producto de veleidades, flujos y corrientes sociopolíticas, sosteniéndose en equilibrio el mayor tiempo posible: la vida por la vida. No ironizaba yo ni ellos. Era —y es— un pensamiento riguroso, contrastado, grave.

Entre nosotros, los reunidos, menudeaba la literatura y la experiencia viajera y redactada. Intelectuales sin título asociado a la vanidad ambicionada o a la prebenda, ni encomienda alguna que certificara aquello que no pretendíamos constara en el respectivo currículum vítae.

Yo, hasta la fecha que enmarca la declaración de principios, desempeño un papel que me pertenece por elección, defendiendo a ultranza mis modos y decisiones, mi energía y el espíritu que me impulsan. Lo que no elude las dudas, los interrogantes y otros considerandos en continuo devenir. Aunque todo ello, también, trasluce inquietud y quizá hasta un punto, una pizca, una dosis de envidia siquiera por momentos. El deseo de alcanzar una normalidad no pocas veces denostada. ¿La felicidad que destila la ignorancia? Pudiera ser. O la otra envidia, devuelta a la escena con la premura que acarrea la necesidad.

Escucho: “¿La necesidad, dices?”.

De eso estoy seguro: hay más de una envidia, y su reparto entre los mortales supera la mera apreciación.

Nos entretuvimos sospechando los unos de los otros, intercambiando los papeles a cada pregunta sin respuesta convincente. Nos examinamos con una eficiencia de antiguo tribunal académico, tomando como referencia el valor del compromiso. La nuestra era una actuación cívica, politizada según las reglas de urbanidad aprendidas en su momento, proyectadas en la ocasión requerida. Entonces, ahora. Sigo participando de este absorbente juego. ¿Quién es quien?

Yo, con mis circunstancias, con mis momentos, con mis a ratos circunstantes; posesión, exclamada posesión: mi, mío. Nuestra politización era estrictamente cívica.

Esos otros intelectuales cacareados en fastos y proclamas tenían absoluta necesidad de enfundarse en política municipal, política de concertación, política de politiquero y componenda; imperativa obligación de asumir los postulados de una facción de hecho poderosa, intransigente, dominante; férrea en el control, generosa en sus daciones a cambio de...

La moda —o implicación politizada— de autodefinirse como intelectual fueran cuales fuesen los méritos —contraídos o por contraer en acuerdo tácito, sin huella. Intelectuales por designación del promotor.

Me vino a la memoria una frase que reproduzco fidedignamente: ¿Podía uno entenderse a sí mismo y a su tarea e interpretarse peor y más estúpidamente? Una frase acorde a la “manifestación intelectual de los elegidos para la ostensiva representación”, expresado con femenino desdén por una voz beligerante contra los usos de una sociedad endeble, debilitada a través de impropias omisiones.

Dejaciones, inaceptables dejaciones; redundó un masculino hartazgo.

El quién es quien conlleva su parte alícuota de culpa por los males que aquejan al mundo. Aquellos que denuncian lo que no debe ser, lo que jamás debiera ocurrir, cuando interesa al patrocinador son culpables por sus ominosas desidias y sus bastardos silencios cuando tercia el mandato en sentido opuesto a la organizada inercia. Ahora sí, ahora no.

Los elementos de esta intelectualidad adscrita al poder fáctico devienen comunicadores, negociantes y portavoces totalmente reconocidos con la tarea. Intelectualidad generosa en la afiliación, dando cabida a nombres de horma

reciente y actores de mayor o menor relevancia sobre las tablas. Intelectuales al uso, de servicio esmerado y fidelidad pactada. Pero nunca es suficiente. Falta más combustible: acudan escritores, ilustradores, escultores y pintores; ¡acudan al llamamiento del patrón urgido de adhesiones inquebrantables, cámaras, focos y micrófonos! Acudan prestos, solícitos y livianos. ¡Acudan!

Estos nuevos políticos nada o apenas tienen que ver con sus ancestros, políticos ellos sí del civismo, la expresión pública y el contenido amplio. Políticos aquéllos comprometidos, como no podía ser menos, con las personas, la ley, el mercado; en suma, la vida cotidiana: el realismo en estado puro. Precisamente esa realidad —y no otra— había sido su mundo, su entrega, su valedora actitud vital; también el refugio de la desazón, el humano miedo al vacío y a la indeseada soledad. Eran servidores del mundo eterno; el mundo que no cesa, que pervive pese a sus inefables enemigos.

El mundo ajeno a sus moradores, apostilló alguien, secundado por el resto.

Fácilmente nos poníamos de acuerdo al opinar y al reflexionar. Éramos, nosotros, eslabones de la cadena perpetua que permuta sus engarces manteniendo la consistencia, la asumida función.

La clásica, ortodoxa y perfectamente asumible definición del intelectual como la persona dedicada al cultivo de las ciencias y las letras con propósito de aprender, entender y explicar a sus semejantes y a la posteridad —no pocas veces esquiva, incluso refractaria al conocimiento y a la ardua aunque gratificante tarea del aprendizaje y la aplicación de lo asimilado— lo que debe conocerse para la realización del yo individual y su proyección social, cívica; este conocimiento que debiera estar exento de influencias ideológicas

o ambiciones enraizadas al economicismo incurre en la contradicción y en la venalidad a partes iguales desechando su esencia espiritual, inmaterial. El intelectual de hoy no des- punta de aquel intelecto que brotaba del entendimiento, de una visión intelectual que pretendía el conocimiento inme- diato y emotivo; de aquel intelecto certificado como poten- cia cognoscitiva racional del alma humana.

Las definiciones muestran la degradación que sufre el concepto en su tránsito de la teoría a la práctica, muy ace- lerado en esta época que nos reúne en torno a la crítica, tam- bién la desazón y, por supuesto, la pugnaz exigencia por devolver su esencia a lo que ha sido usurpado.

Estas gentes de la nueva farándula pendientes del favor del nuevo poderoso, muy poderoso, ambicionan la unción de la prebenda, la nómina, la subvención y el canon, en el orden que se prefiera; a cambio, despliegan portavocías y cercados con los que atraer a la vez que repeler al aliado del enemigo. Muchos, reconducidos aliados; muchos pero no tantos, irreductibles opositores. Estas gentes de oficio re- mozado o adiestrada conducta se proclaman —con avales sobrados y tonantes— los intelectuales de la época: nada de escritores por encargo o actores de guion sucinto o propa- gandistas o folletinistas o gacetilleros, escultores de ensam- blaje o mecánica o músicos populares de estribillo ripioso o pintores de recreada fantasía; no, nada de eso: intelectua- les. Intelectuales de punto y aparte con mayúscula inicial.

Sorna y amargura alternaron durante la exposición de los coincidentes pareceres.

Cuanto más cunde el desprestigio en las numerosas filas de los proclamados intelectuales —varios peldaños ellos por encima de las cabezas párvulas y la mundana zozobra del gran público—, cuanto más atascada la obra conjunta y

ordenadamente diseminada por los invasores tentáculos de los patrocinadores, mayor el arrimo hacia la esfera política de única vía.

¿Por qué —nos preguntamos sin retórica— no se agrupan en torno a unas siglas creadas ad hoc para el lance político?

Sin retórica nos respondemos que puede sea lo que han hecho. Ya disponen de las siglas, probablemente; unas siglas casi omnímodas que persiguen abarcar el todo. Pero estas siglas, este compromiso político en nada se asemeja con la idea, loable, de colocar al espíritu junto a los sectores primario, secundario y terciario. En absoluto.

Lo nuestro, lo mío cultivado en la insistencia, hurga en la herida; una herida por la que no supura sangre sino ansia y componenda. Maldita combinación. ¡Somos nosotros los que respiramos por la herida! ¿Dónde radica el talento de estos sicarios del totalitarismo? ¿Para qué ocupan plaza en una sociedad que nominalmente es libre? ¿Qué espera de ellos el patrocinio; qué espera de ellos el común de los mortales exentos de las “cualidades” que rigen la selección de personal? ¿Para qué se les requiere si su talento es fruto de un diseño orquestado en la omnímoda esfera de la propaganda?

La carencia de “ese talento” denota salud, higiene, profilaxis y respeto. ¡Quédense, pues, ellos en su dimensión de acogida y recalado, cautivos del mandante, aislados en reclusión insobornable! Gustosamente atrapados queden en la cuenta de resultados por tiempo indefinido; pongamos, hasta la siguiente glaciación.

Ocupemos, dijo una voz masculina puesta en pie, el estrafalario lugar de la fantasía; nosotros, provocando el resultado como innovadores, arriesgando sin más protección que la audacia.

Y también, acompañó una voz femenina entregada a la causa, mantengamos, preservemos y fortalezcamos los principios y los valores que otorgan confianza, sentido y libertad.

Nos convencimos entonces —yo continúo estándolo ahora— que dicho atrevimiento tiene recompensa.

¡El mundo ha de ser patrimonio de los intrépidos!, gritado a coro.

Así, pues, reflexionando tras el empuje visceral, nuestro ideal se sustentaba en la conservación de los nombres, los conceptos y las funciones. Quizá nos sometimos a la paradoja desde una altura de vértigo, sin lecho protector a ras de suelo. ¡Y qué! Ninguno de nosotros recurrirá, por el momento, a eximentes comprendidas en la órbita de la insania.

Retomaríamos la senda de la antigua intelectualidad.

La propuesta concitó entusiasmo. Pero decidimos desterrar la ficción alada y la modelación de héroes y dioses. Esos apartados correspondían íntegramente a la Historia. A nosotros nos compete dirimir un contencioso entre dos facciones preocupados por la supervivencia de sus respectivos argumentos: el común de los mortales, preservando la esencia de lo que somos en humano conflicto contra los intelectuales desligados del poder —de todo poder, completamente liberados de la dirección asistida, los mandos a distancia y los equivalentes controles remotos— en procura infatigable de la conservación de la otra riqueza humana: los ideales. Un conflicto a todas luces soportable, llevadero y consustancial con la especie en sus sociales divisiones.

En resumidas cuentas, la polaridad bipolar tan latente como manifiesta en el afán de conservar lo alcanzado para al cabo o ignorarlo o desmerecerlo o, simplemente, utilizarlo sin más alabanza ni literatura en aspiración a más o a

otra cosa dispar o complementaria.

De ahí que, convinimos en voz mixta los reunidos en torno al debate voluntario, cada cual precisa de una parcela vinculada pero independiente de la vecina. El intelectual no debe ni siquiera humanamente creer en el mundo alrededor: sus negocios, sus convenios, la mundana política, los discursos de diseño, eslogan y consigna, el dinero, las normas legislativas del diario proceder. No debe el intelectual inmiscuirse en territorio vedado a la imaginación, el ideal, el sueño. La política y sus aparejadas ocupaciones no sólo desvirtúan el espíritu del auténtico ideal sino que lo condicionan a una existencia servil, programada, aunque muelle y lucrativa. La intelectualidad adscrita al poder fáctico, al vulgar poder de la política vulgar, es apéndice enmascarado y ejecutante del sistema de partidos, que a su vez es la degeneración del propósito democrático de la magna Política — en franco declive, si no ya en imparable retroceso. En consecuencia, la venalidad de los intelectuales los transforma en útiles, herramientas, de control y supeditación de aquella humanidad —el común de los mortales— urgida de ideales que ellos, cuando eran lo que debían, dispensaban generosa e incesantemente.

Un intelectual abocado a la baja política es tan depravado y corrupto como el mal político —el que abunda y procrea aceleradamente en la escena pública—, profesional de la codiciosa práctica política, revestido de ínfulas y votos ignorantes, mal remedo de artífice social, auspiciador nominal de parabienes, bienestar y progreso que trampea a la cola de los pensamientos ancestrales que aspiraban a la realización del ideal, del sueño, de la felicidad en dosis digerible. Hace miles de años el creador del sueño de la justicia, la dignidad, la paz, el civismo fue un espíritu, espíritu libre,

inteligente, sensible, antagonista del político actual.

Estuvimos de acuerdo.

Hasta entonces, la serie de ideas, la ilación de planteamientos tomados los unos de los otros, alternaba cadenciosa y afable pese a la vehemencia expositiva muestra de vitalidad y convencimiento. Al instante siguiente, en virtud de algún hechizo insondable, y a título personal, como en este presente de solitaria rememoración, aprecié que la reciente concepción era ajena a mi paternidad.

Confieso que el asunto de la disociación no me es extraño, al contrario. Preguntarme el por qué o el para qué de algo hecho, dicho o pensado forma parte de mí al igual que el resto que puedo identificar conmigo. Me lo pregunto y, a veces, respondo en el mismo acto con la misma o parecida seguridad que escribía la página anterior. Impulsos, quizá sea su nombre. Comprendo que, en el fondo, se trata de una justificación ante el jurado. Una justificación que abarca la obra del artista, el verdadero artista, imposible de reproducir en la vida real. Un condicionante, una limitación: humanos somos, mortales y afectos a la debilidad, tentados por cualquier tentación, fisiológicamente convencionales, iguales al resto.

Desvelado el origen travieso de la serie de pensamientos, saciada la sed en esa recóndita fuente, una pausa breve y sigo inmerso en mi individualidad inquisidora. De nuevo a vueltas con las carencias de la mitad satisfecha con lo que es, tiene y siente. No me convence el planteamiento simplista del vivir por el vivir con retazos hedonistas, costumbres asociadas, rasgos de identidad característicos de un grupo o territorio y pasiones reducidas a la súbita o escondida admiración. Ni me convence ni puedo creerlo. La espontaneidad, como el agua subterránea, ha de aflorar por

alguna parte. Las ideas, aun menguadas o asimiladas, así como los sueños, las expectativas y los proyectos, no son patrimonio de unos captadores del potencial disperso, singular. El devenir cotidiano entraña, siquiera unos pasos o durante unas bocanadas de aire o al improvisar ante un imprevisto, un acto de imaginación y un acto de creación. Trascenderá el momento en el que fue o no, pero ha existido, ha contribuido a diferenciar el antes y el después. El individuo ha penetrado, pues, en la dimensión de la persona a través de sus propios e inherentes medios. Así lo entiendo y lo expongo a un sosegado estar por la dadivosa vía de la interpretación.

La vuelta a la naturaleza, una vuelta a esa naturaleza casi por completo libre, casi del todo espontánea que conforma la infancia, con sus tropiezos, balbuceos y fluctuaciones sin solución de continuidad. ¡Tiempos felices!, que siempre y para todos los nacidos debieran ser dichosos, prolongados y fértiles. Naturaleza fértil, bien abonada, donde siembras y transcurrido el plazo recoges el producto de una experimentación imprescindible. El ciclo de la vida desde la vida, el círculo virtuoso que imitamos los que nos reunimos en torno a... una serie de pensamientos que quieren recuperar la razón de ser de las ideas, los ideales, las fantasías y las audacias.

Si tal fuera la vida, con estos mimbres elaborada, la muerte, su inefable consecuencia, alarmaría menos, sería menos temida y mejor comprendida.

Claro que traer a colación la muerte es penetrar en terreno ignoto. El final de la reunión pasada supuso el principio de este monólogo entretenido y ocioso que parte de cien caminos y en mil caminos deriva. La muerte, que es el final de lo que habiéndose comenzado no fue concluido, susurra su

compañía en todos los escenarios. Pero no es para casi nadie la compañía deseada. Dicen —por así decir— que todo morir es un nacer. Me pregunto: ¿nace el que muere o nace el que contempla la muerte? La muerte conjuga debilidad y temor, y conduce a vericuetos que todavía eludo explorar.

Me mueven otras ansias, otras incertidumbres y otros compromisos que incluyen tanto la obligación como la devoción. La muerte merece capítulo aparte. Ahora prefiero que este pensamiento poderoso y absorbente sea interrumpido por una voz, una llamada, una idea.

La doble pretensión

El firme caminar de la dueña llamada Encarna recorría el pasillo principal de la imponente vivienda. Venía de fuera, de inspeccionar el territorio colindante al edificio, algo así como una décima parte de la hacienda. Una hora o dos, que el tiempo es factor inconsistente cuando el menester es cuidar lo propio de posibles acosos e intrusiones. La guardia de sirvientes daba en cada cruce la novedad, no habiéndola en sentido negativo aquella jornada.

La dueña Encarna asumía el papel de responsable sobre los bienes raíces y los semovientes; es decir, el aspecto, la producción, el allende el hogar de una familia reducida a dos miembros, dos dueñas, dos antagonismos en convivencia pactada. Dos papeles para una vida expresada en los estrictos límites de la inercia.

Encarna era el hombre que no alumbró su madre, que toda familia desea porque gusta lo completo. Encarna, la hija mayor, era el varón en la jerarquía hogareña; un varón mujer, eso sí; una mujer investida de uso y costumbre en el trato, los negocios y los asuntos que competen a quien ante el mundo habitual se presenta como la heredera de lo que anhelado nunca pudo ser. Era, Encarna, la mujer con doble alma: de aventurera y administradora; con doble tentación: de conquista y de dominio. Así era la dueña Encarna, hidalga y emprendedora.

En otro lugar y en otra dimensión, su hermana, hermana menor, cuatro años menor, la llamada dueña Marina disponía que la cena fuera servida a su orden; conocida la estancia y el momento de servir las viandas. Sus pasos eran distintos, discretos en el arco, amortiguados en la sonoridad; pero no su eficacia ni exigencia.

Gozaba de su vida desde una atalaya sólida e igualmente prestigiada. Quizá más bella, probablemente más femenina, la dueña Marina dosificaba con talento sus opiniones y sugerencias ante su hermana, mientras que establecía con hábil mandato las directrices sobre las que se asentaba el gobierno de la casa. Era el diseño del hogar su tarea, como ama y señora, sin interferencias de relieve, a todas luces superfluas.

Marina recorría con la mirada presta, pendiente de lo apetecido, de un orden esencial. Reflexiva, adecuada acompañante, ensoñada vuelta al cielo y a la imaginación; una mujer con el ansia preservada, hecha al estímulo ideado. Gustaba de evadirse desde una confortable postración, sentada, recostada o tumbada, dominando el aquende con un golpe de vista, penetrando los sueños con el impulso del ferviente aunque encubierto deseo. Bien arreglada, siempre dispuesta al intercambio de frases, cordial, también gentil, acostumbrada al orden impuesto desde la cuna.

Ambas cumplían la segunda, prolongada, juventud.

Ambas mostraban un físico idóneo a sus respectivas características, imposibilitando que la una pudiera pasar por la otra si la ocasión hubiera terciado alguna vez. Ni lo pretendían.

Laxitud en el atardecer de primerizo otoño, todavía cálido, permanentemente húmedo, casi viscoso. Eran, Encarna y Marina, el vivo retrato que sus padres dibujaron en su inexorable determinación. Continuadoras, dueñas, propietarias de sus inacabados destinos. Personajes de antigua historia.

La dueña Encarna asomaba su presencia en cualquier momento, en todas partes, a pie o portada. La dueña Marina alcanzaba las dependencias y los murmullos sin esfuerzo,

con una precisa mirada, con un gesto adusto, sentencioso, perfectamente comprensible.

Entre ambas la comunicación era discontinua, diríase que a voluntad de una de las partes; pues nunca la otra oponía una distracción o un desinterés, de haberlo. Un día no paraban de hablar, al siguiente ni una palabra cruzaban salvo para dirigirse los buenos días y las buenas noches o para satisfacer una mínima y aceptada curiosidad durante las comidas. Y no es porque no tuvieran que comunicarse; les bastaba la compenetración, quizá algún gesto, una mueca estudiada, incluso el enseñarse un objeto que de por sí transmitía el parecer, la sugerencia, la incógnita o la solución. Un idioma de uso común el que empleaban si les apetecía preservar la voz por razones varias. Una convivencia pactada en todos sus extremos, con mínimo resquicio a la sorpresa; a ser posible agradable o de una novedad atractiva, motivadora.

La vespertina languidez campaba ligera como una neblina, imperando en el sufrido ambiente de las tierras, el servicio y sus dueñas. Quedaba aún para el palpito estrellado, de una noche con la Luna en avanzada fase menguante. Sonaron los cuartos previo a una hora intermedia; un tañido armonioso, habitual, frecuente en su asimilada cadencia. Un aviso, la advertencia lejana del acontecimiento inesperado.

“He de ir”, decidió la dueña Encarna, solícita con la intuición.

Encarna partió rauda y diligente hacia la avenida de acceso principal, y de ahí al magnífico portalón de entrada o salida.

La dueña Marina supuso el acontecimiento desde la perspectiva de las recepciones, acallando en su presumible

génesis el susto y la prevención atávica de las gentes a su guarda y servicio. “Silencio”. Y todos obedecieron la diligente orden cual una norma inquebrantable y no menos protectora.

Fue entonces cuando las sendas intuiciones de las hermanas convergieron en un suceso, gestado a metros de la gran puerta con avisador, filigrana y esencia diferenciadora: Desde aquí, hasta aquí.

A tiro de onda del límite fáctico de la propiedad, un percance había provocado la detención de un vehículo y su pasaje. Al cabo de la supervisión de Encarna arribó la hueste de custodia, azorada por el retraso; cosa que a la dueña no distrajo en ese instante de expectativa. Con un vistazo, aunque fuera de profano, bastaba para cerciorarse de la avería y su imposible reparación en breve. “Cosas que pasan”, se dijo Encarna.

“Podía pasar”, musitó como si recitara un poema Marina, desde la muelle espera, apresando un mechón de sus rizados cabellos cual solía ante una vacilación buena o mala o un presentimiento bueno o malo.

Era un pasajero individual la víctima de la contingencia. Tan cerca de la civilización, afortunadamente, podía pensar, rodeado de campo, de domeñada naturaleza con pinceladas arbóreas y surcos de agua limpia. Una casualidad; una ventaja después de todo, podía pensar.

La dueña Encarna mandó abrir la divisoria y se acercó con su firme paso, aun fuera de la propiedad, al viajero en trance de apuro. Como si ambos hubieran coincidido en ocasión y lugar precedente, como si entre ambos residiera una amistad elaborada, el afectado saludó la iniciativa de aproximación con gesto y palabra. Su edad superaba

aceptablemente la de Encarna, y sus maneras presentaban credenciales de atrayente mundología. O así le pareció distinguir a la mujer. El viajero, de nombre Diego de la Ventura, se disculpó por el contratiempo tal que semejaba haberlo provocado.

Un asomo de pasmo cubrió la mirada escrutadora de Encarna. Eran, sin duda, suposiciones. Invitó a entrar en sus dominios compartidos al viajero Diego de la Ventura, quien aceptó, proponiendo de inmediato el aviso a una asistencia técnica para la reparación o remolque del vehículo. Dispuso Encarna la orden y cumpliéndose en minutos. Minutos bastantes para comprobar que hasta la mañana siguiente sería imposible devolver la movilidad al medio de locomoción.

Quedaba, pues, un paréntesis, la cena, el descanso nocturno y la cordial despedida por lo menos doce horas después del encuentro.

La dueña Encarna lo condujo por la avenida principal hasta la morada, departiendo ambos como viejos y sueltos amigos dada la espontaneidad y dominio del viajero Diego de la Ventura en el trato oral. Encarna sintió al concluir este trayecto de paseo y presentación que una puerta de noble madera permanentemente cerrada consentía un resquicio para admirar gentes y paisajes, de ellos participando.

Diego de la Ventura conocía el paño de la invitación y el agasajo, compensado desde la fluida exposición que incide directamente en el anhelo. Por lo que estudió el tablero de juego y la disposición preliminar de las piezas: rey y reina. Con idéntica cortesía se presentó y saludo a la dueña Marina, recibiendo en pie, ya avisada de la contingencia y su protagonista, amable, seductora y curiosa.

Mientras Marina intercambiaba protocolo con Diego de la Ventura, Encarna observaba ateniéndose a un torpe

disimulo, debido a la falta de práctica, para ver lo que no había visto por decoro y situación. Y vio en el viajero todo lo que imaginaba, interpretando con interés creciente los atisbos que su instigada imaginación procedía a depararle tanto en las preguntas como en las respuestas.

El protocolo de la dueña Marina no andaba por senda dispar a la de su hermana, ahora y todavía en segundo cortés plano. La figura del viajero captaba adhesiones y alentaba impulsos adormecidos, estampa neorromántica del aventurero recalado en el puerto de abrigo por una incidencia — ¡bendita sea! — de horizonte abierto. Estaba hecho de elegancia Diego de la Ventura, de audacia y mundo nuevo; un atavío sugerente para una cita improrrogable.

Marina exportaba su más femenina condición en los instantes de vuelo circular, privadas referencias a la pública situación de dos más en uno con servicio esmerado, sala, comedor y cena en el programa de mano.

“Ha desembarcado en mi dominio”, opinaba la dueña Encarna en un para sí de inquieta satisfacción.

“Ha puesto pie en la isla”, opinaba la dueña Marina en un para sí de inquieta satisfacción.

Las hermanas declaraban su contento en el brillo cálido de sus respectivas miradas. Quizá el viajero percibiera la simbiosis de candor, hospitalidad, deferencia y apasionada vigilia que presidía el predispuesto ambiente. Si era un hombre de perímetros hollados, de conquistas inéditas y negocios sucesivos, ese era su dibujo sentado a la mesa del festín, sabría corresponder a unas demandas en esbozo, idas y venidas aleteando sobre las cabezas, palpitando bajo el vestido, anidando en la íntima configuración del deseo.

La cena fue opípara, reforzada en su habitual exquisitez por

la diestra mano de la vieja cocinera. Una cena prolongada en los platos y la sobremesa. Una cena tertuliana de cata y paladeo Regalo de huésped agradecido era la conversación, prolija en todo aquello que de las damas extraía curiosidad proclamada. Dos, tres, las veces que fuera preciso y apostilla si menester, los relatos desplazaban otras atenciones venideras, perfiladas de antemano, dispensadas en el redondo ahora de licor dulce, licor seco, tabaco fino, tabaco grueso, voz, fantasía, misterio e incitación. Horas de variedad y fascinación, con Diego de la Ventura en el protagonismo absoluto, envolvente.

Tal vez igual, pero nunca mejor audiencia que la ofertada por las dos hermanas en el que era su dominio recordaba el viajero; si es que a recordar se puso tan complacido en su peripecia dialéctica como evidenciaba.

Gozaba el De la Ventura con el don de crear y recrear atmósfera, probablemente a su antojo y según le diera o según la cantidad y calidad de su público. No consta en nuestra memoria noticia de su práctica. El verbo más que fluir hacia embalses sólidos desbordaba alrededor de la primorosa ingeniería del embeleso. Si hubo amor en el palpitar de las damas alguna vez, ésa fue ésta. No había oído suficiente ni mirada suficiente ni sentimiento suficiente para abarcar el universo descriptivo del maestro fabulador. Nombres, hechos, lugares, acontecimientos, monumentos, entrevistas, añádase lo que plazca para conformar en detalle el cuadro a tres bandas; mejor dicho: a un emisor y dos receptoras.

Si él era de por sí encantador, cómo no iban a ser sus narraciones encantadoras; de tal creador tales creaciones. Sensitivo ante sensitivas. El renacer de lo latente en las dos hermanas dueñas de mucho pero no de todo. Los ojos de mirada penetrante de Diego de la Ventura trasladaban su

hechizo de una a otra sin darles tiempo a capturar la preferencia. Mientras contaba viajaba y mientras viajaba provocaba la tentación de la aventura. ¡Qué hombre sabio! Qué portento de humanidad compartida.

Y ellas sumisas a la lectura de los capítulos que él quisiera trasladar desde su libro de memorias al de recopilatorios de ellas. Parecía que menudeaban dicharacheros los personajes que el autor liberaba en el rato convenido, en pago de la acogida, puede; para delectación del espíritu obsequioso, puede. Podía y cabía cualquier cosa en el escenario de la magia; un escenario sin parangón. Véase la hermana mayor en esas tablas; véase la menor, también, en ellas y con las mismas tablas del permutado anfitrión. ¡Qué rauda aprende la imaginación!

Qué hermoso vuelo emprendieron las dos hermanas, una frente a la otra, describiendo cintas y roleos, una frente a la otra, trazando ilusiones de expresión encendida.

La tentación es un reclamo irresistible si la resistencia es ficticia. La seducción es sinónima e irrefrenable al no darse en ninguna de las dos el propósito contrario. Ni que decir tiene que si a la tentación y a la seducción se suma el portentoso enigma elaborado por el viajero De la Ventura, no hay pasión desatada que ceda al instinto primario o al secundario según la preferencia. Proseguía su itinerante relación de vivencias y sucedidos el huésped, receptor consciente de la admiración encandilada de las emisoras almas gemelas. Aquello era una terapia de sensaciones nuevas, magníficas, posibles.

Por el egoísmo de las dueñas desfiló, a la par, la idea de retener al hombre de las andanzas mil días con sus correspondientes veladas. Ojalá el vehículo averiado precisara de un auxilio ímprobo, dilatado; y él, sentimental con lo suyo,

accediera a esperar en la compañía de dos mujeres prestas a ser auditorio, a ser escolta, a ser dilema, a ser aventura; a ser motivo de futuros relatos y bellas anécdotas en la travesía inacabable del espíritu libre.

Sueños. Esperanzas. Baraja de probabilidades.

Llegado que hubo el momento de concluir la perfecta ambientación de una obra inconclusa, Diego de la Ventura se avino a retirarse, flanqueado, a su habitación; la de los invitados ilustres, de los que ya no abundan. Caminaba el hombre como si la casa fuera de él, como si reconociera tras cada puerta el mobiliario y la tarea, doméstica o administrativa, que protegía; igual que si hubiera vagabundeado tiempo ha, impulsado por un capricho husmeador, por todo el conjunto de elegante sobriedad.

Cerca de la última posta, adivinando la habitación, Diego de la Ventura, sorprendiendo a las anfitrionas, expresó un deseo con reminiscencia de halago: ya que por la mañana partiría con su averiado vehículo, gustaría de visitar aun de noche el cuidado y fragante jardín de las dueñas circundando la casa. ¡Quién negaría acceder a tan cumplida petición! Encarna oteó su momento ofreciéndose a guiarle en el paseo contemplativo. Anticiparse es vencer.

Marina convino en supervisar la correcta disposición del dormitorio.

Y Encarna dibujada de dicha salió al jardín con el ilustre.

En los jardines cuidados también florece la intimidad y de día pero sobre todo de noche, en una noche de regalo sobrevenido, se desata el lazo que suele ceñir la pretensión celosamente custodiada. A Encarna le acompañaba, en la noche, el espíritu insaciable de indómita novedad: “¿Dónde? ¿Quién? ¿No...? ¿Si...? ¿Y...? Oh...”

El espíritu del afán pospuesto: “Me gustaría...” “Quisiera...” “Una vez...” “Pero...”

El espíritu que incita a la comunicación para conocer y comprender el trasunto de la experiencia, la vida que podía ser vivida.

Fue una conversación breve, sometida al respeto hacia la dueña ausente de aquella casta intimidad enardecida por el hálito de la revelación. Apenas la mano de la dueña rozó el antebrazo del viajero; apenas la mano de Diego de la Ventura, encajado en uno de sus dos papeles como invitado de ambas, se posó un instante valedor sobre la de ella en nervioso devenir.

Incontables estrellas permitidas por la inexorable mengua de la Luna acompasaban la comedida aventura en la despierta madrugada; a un lado la intención al otro la salvaguarda, en medio el curso de unas aguas supuestas, arrulladoras, benéficas, imagen sinóptica de los paraísos aquende y allende.

Fascinación. Encanto.

¿Fue la voz de Marina? Una voz o el amago de una voz o la sospecha de una voz venidera atajó la ruta devolviendo la pareja al hogar bajo techo.

Entonces la dueña Encarna, cediendo la prenda, pronunció el consabido buenas noches, a él y a su hermana respectivamente, camino de su distante aposento.

Marina se hizo seguir por Diego de la Ventura hasta la habitación de los huéspedes ilustres, impecablemente ofrecida, dotada, ventilada y aromatizada con esencia de placidez. En acto reflejo de atenta anfitriona quiso ayudar a su invitado; en antitético acto reflejo inmovilizó su cuerpo para no obrar impropriamente. Lo cierto es que no había sentido hasta entonces el embriagador susurro del atrevimiento

y la indecisión de tomar partido por la cosquillosa apetencia o por el preceptivo recato.

Diego de la ventura hubiera podido narrar a oídos solícitos lo que pugnaba en el corazón y en la cabeza de la dueña Marina. Hizo, no obstante, como si la tribulación evidente en la piel, la mirada, el gesto, las manos y los pies de aquella mujer novicia en los menesteres de la primigenia conquista no fuera con su persona, fingiendo ocuparse en disponer lo de por sí adecuadamente dispuesto. Aplazando el desvestirse. Silenciando cualquier comentario que aceptara o rechazara.

¡Qué hermoso le parecía a Marina! ¡Qué hermoso lo imaginaba entre la blancura de las sábanas! Pensó que los viajes otorgaban matices de belleza a sus protagonistas.

Marina tuvo miedo de sí misma. Evitando la ocasión se cuidaba el peligro. Balbució un buenas noches y salió a la atmósfera familiar y aséptica del pasillo. Y allí quedó, ignorante sobre qué hacer, qué esperar, en qué confiar, con su mano casi en el tirador de la noble puerta; con su sexto sentido en el confín de una nebulosa.

Una luz cálida se filtraba por el resquicio; otra, vigilante, alumbraba el camino de vuelta. Dentro de la habitación el sonido era de acomodo, un sonido de silencio. Pero una voz cruzó todas las distancias y le franqueó el retorno a la abstracción. El afamado viajero la convocaba a consulta. Con aquel tono de voz acostumbrado a satisfacerse, Diego de la Ventura, recostado en la cama, cubierto hasta la cintura, solicitaba de la dueña Marina —o de la mujer llamada Marina— el recuerdo de uno de los exquisitos platos de la pasada cena. Uno en especial que pormenorizó conjugando olor, textura, sabor y presentación. ¡Qué contenta se hubiera puesto la cocinera! Qué feliz la habría hecho de

comunicárselo en persona, con una sonrisa complaciente, con un apretón de manos quizá. Las personas viajadas gozan de variopintas licencias para expresar lo que sienten o quieren transmitir. No así Marina, recogida en una parquedad que haría reír a otro que no atesorara dotes de vasta sociedad.

La mano tendida que ciñó esa mano desperezada con reflejos de inquietud. Mientras la voz proseguía dominando el marco y el lienzo, la cámara y la audiencia plena. Renacida la sensibilidad de Marina. Pero enmudecida por el temblor apenas contenido. Murmullo que no crece. ¿Le quería preguntar o contar? Le quería preguntar algo al viajero y a Diego de la Ventura contar más y más íntimo. Le hubiera querido preguntar y contar, preguntar para abrir y contar para seguir y cerrar.

Así, con su mano entrelazada a la de ella, Diego de la Ventura proclamaba la victoria de la seducción. Marina seducida o Marina tentada o Marina al filo del abismo con los ojos cerrados, desconcertada, arrepentida de no arrepentirse, sin arrepentirse, sin asomo de arrepentimiento; puede que feliz. Sublime tentación. Un instante. Sólo un maravilloso instante.

Hacia su aposento se dirigió al instante siguiente, cerrando tras de sí la puerta de la habitación, dejando tras de sí al ilustre invitado y su mirar arrebatador.

Incómoda sobre su cama, Encarna perdía la batalla para conciliar el sueño. No simulaba buscarlo, no jugaba a dormir con un ojo y velar con el otro y la cabeza con exceso de vida propia en esa noche distinta. Despierta y sentada, Marina rememoraba lo que fue y lo que no fue amparada en la penumbra familiar de su habitación.

Sonaban las tres de una madrugada nerviosa en los mudos relojes que las hermanas observaban con ojos felinos. Encarna saltó de la cama con el músculo tenso. Dio a caminar por la habitación sorteando con pericia los obstáculos mobiliarios. La cabeza en otra parte próxima al recuerdo de aquella conversación reciente inundando la tensa atmósfera encerrada entre las cuatro paredes. Se ahogaba Encarna. Y buscó aire en el pasillo, en las sombras reconocibles de la casa.

Tres tañidos tenues en la habitación de Marina, recoleta en un recuerdo único y vívido; sentada, abrazada a sus piernas, la mirada en pretérito y el hormigueo progresivo en las yemas de los dedos que habían acariciado aquella mano diestra en romances. Con una idea suspirando a ras ansia.

¿Por qué no ir hasta su habitación?

Encarna se lo preguntaba. Se lo preguntaba Marina.

La oportunidad era entonces; no habría mejor momento que aquel.

¿Por qué no?

Encarna paseó su anhelo por el largo corredor. Marina deslizaba el suyo al mismo puerto. ¿Acaso no había accedido el De la Ventura a satisfacer las peticiones de una y la otra?

De la una tironeaba la carne; de la otra la aspiración. A la una empujaba la tentación; a la otra el prestigio. Ambicionaban las dos lo que no poseían; era coherente el intento.

Fantasia nocturna, sonata. Ninfas y faunos. Un paisaje firmado por pincel romántico.

Era una noche oscura con brillos enormemente distantes. La casa en penumbra. La mirada encendida. Del honorífico cuarto, destino de los pasos orientados, destacaba el silencio, la quietud del merecido reposo.

Encarna llegaba, llegaba Marina. Encarna advirtió un movimiento o una sombra enfrente, sobrepasada la puerta que buscaba: instintivamente frenó el paso y aguzó los de por sí alerta sentidos. Marina portaba su mano enamorada en cabestrillo, adosada al pecho, acalorada e infantil; no veía sino la puerta que buscaba.

Atravesó fugaz por las mientes de Encarna el peligro de un acecho: ¿un ladrón?, ¿un acto vil de los servidores?, ¿un espíritu errabundo apaciguando nostalgias, trasegando penas? O, tal vez, Diego de la Ventura con propósito equívale en dirección opuesta. La imaginación es libre incluso cuando es impuesta.

El movimiento o la sombra ganaba la partida del acercamiento.

Llegaba Marina, arribaba a puerto. Pero entonces vaciló, como si despertara de un magnífico sueño y, aturdida, debiera optar entre seguir entregada al ensueño o vincularse a una realidad por componer deprisa, audaz.

Frente a frente las dueñas, mirando a modo de examen los respectivos contornos. Eran quienes parecían. Encarna era, era Marina. Atónitas, probablemente avergonzadas, volubles y vulnerables. El mundo de siempre se les cayó encima, según suele ponerse como ejemplo ante un episodio embarazoso. Frente a frente, con susto y desconcierto, las solicitantes de una perseguida ventura que el azar trajo. Una ráfaga de viento nuevo.

De regreso a la encubridora intimidad de la alcoba, Encarna en la suya, en la suya Marina, observaban inquieta o lánguida el discurrir del tiempo en las esferas de los relojes y en los latidos de los corazones. Las cuatro dieron, y sereno. Quedaba para el amanecer. Y remaneció la esperanza individual. ¿Por qué no intentarlo, nuevamente?

La segunda oportunidad.
Puede que la última.
Un atrevimiento individualizado.
¿Por qué no trocar la adversidad en ventura?
Decidía Encarna, Marina decidía.

En ruta

Cambiar de aires; una mudanza completa. Repetía para sus adentros que en nada empezaría a vivir una nueva vida, “una nueva vida”. Adrián Devy estaba cerca de conquistar un sueño, nada menos; “conquistar un sueño”, pronunciaba a media voz en el cuarto de baño. O eso imaginaba. Era un hombre normal con aspiraciones convencionales, pendiente como tantos de una noticia, buena o mala, mejor o peor, que variara el curso de una monotonía no del todo desagradable ni molesta. Tenía que ser sincero consigo mismo, y con quien se terciara una vez conocido que cambiaba de aires.

“Nos alegramos por ti”

“Que tengas suerte”

“Es lo que esperabas”

“A ver si te cambia la vida para mejor”

Y frases por el estilo; frases y conversaciones entre vecinos que durante años se han soportado sin dificultad. Y es que la convivencia no resulta amarga ni ardua si cada cual se atiene al comportamiento cívico, respetuoso con las normas y los usos aceptados por la comunidad, imprescindible para hacer de cada día una jornada soportable.

“Los comienzos no son fáciles, pero lo superarás pronto”

“Es lo que querías, me alegro por ti”

Adrián Devy reparó, quizá hilando inconvenientemente fino, que nadie le pedía encarecidamente o le sugería con plena conciencia de sus palabras que se quedara; ni que le iban a echar de menos. Cuando uno es susceptible esas cosas no pasan desapercibidas. No es que Adrián Devy fuera un hombre de relación fácil, comentario suelto o marcadamente afectado en sus modos y en el trato; más bien era que hasta la fecha, hasta confirmarse la noticia no se planteaba

más expectativa que el deseo por conquistar un sueño y, en consecuencia, toda su vida carecía de matices que pudieran incitar a la curiosidad por descubrir en los semejantes un algo o un mucho de los propios anhelos. Que no ocultó desde que le hurgaban con el propósito de satisfacerlos. Porque Adrián Devy quería marchar de aquel lugar hartamente conocido cuanto antes. Mil novecientos setenta era el año, lo tenía todo a favor.

Hay que insistir en que nada ajeno a su propia, peculiar, determinación empujaba al cambio de aires, la definición más socorrida en su fuero interno y puede que también en el plano vecinal. La familia tenía poco que decir, mejor dicho: apenas tenía qué oponer. Entre otras cosas porque no había familia a la vista y porque la familia que podía objetar o animar o reconducir una decisión madurada como aquella, sus dos hijos, vivían sus vidas con total independencia. Y estaban de acuerdo.

¿Lo hubiera estado Teresa? A lo mejor ahora, cuando los acontecimientos son del todo irreversibles. Teresa era su esposa. Era. Falleció veranos atrás, ocho. ¡Cuántos años ya!, suspiraba el viudo Devy. Los vecinos se referían a él como el viudo Devy, cuando no estaba al alcance de sus oídos escucharlo, naturalmente; los vecinos podían mostrar una mordacidad bordeando la indiferencia por la vida del señor Devy, Adrián, pero en absoluto obrarían imprudentemente ya que no pretendían ofender sino, costumbre muy dada en todas partes, reconocer a alguien por su situación más relevante prescindiendo del nombre. Así lo entendía el viudo Devy y como tal costumbre lo hubiera aceptado la señora Devy, Teresa. Ella tenía su corro de afines; todo el mundo tenía su círculo de amistades y sus anejos vinculados a todo tipo de actividades en común. Incluso Adrián Devy una vez

enviudado.

Consistía el esparcimiento de Adrián Devy en cocinar, principalmente, y también, a ratos, en captar con todos los sentidos despiertos las variaciones de luz, color y sonido del entorno a lo largo del día; afición difícilmente compatible con la rutina cotidiana, pero a la que solía encontrar un hueco, amplio, porque le atraía y reconfortaba a partes iguales. Quienes hayan practicado tal disciplina entenderán el celo que Adrián Devy dispensaba a esos momentos de asueto íntegramente dedicados a la percepción. La ubicación de su vivienda, elegida por Teresa, favorecía en notable medida el aislamiento imprescindible para hacerse uno con el entorno, sin interferir salvo con la respiración; también ella regulada en el límite del estatismo. Tanto si reinaba un frío cortante como un calor de horno.

Lo que nos devuelve a la cocina, donde Adrián Devy se desenvolvía como pez en el agua ya antes de casarse, desde mucho antes de conocer a su futura esposa. Era probable encontrarlo con las manos en la masa al acudir a su casa, situada a las afueras, en solicitud de algún servicio en horas destinadas a las consabidas tareas del hogar.

Sin embargo, sus manos no se ofrecían hábiles para las manualidades ni para arreglar esos pequeños desbarajustes domésticos que suelen estropearse siempre inoportunamente, afectando la rígida administración de una familia aunque fuera tan menguada como la de él. No es que le faltara empeño o paciencia o disposición inicial para enfrentarse al problema; es que entre sus privilegios innatos y jamás adquiridos no figuraba el útil manejo diestro de las herramientas convencionales para el bricolaje.

Lo de cocinar era otra cosa, ni más fácil ni más difícil;

otra cosa. Había aprendido viendo, comprendiendo y experimentando, a partir de recetas sencillas pero muy sabrosas, de fundamentos culinarios para el día a día más bien. Cocinaba mejor que Teresa, no era ningún secreto, pero cada cual obraba según un código de relación estable: ella los días laborables, él los festivos y fiestas de guardar. A Teresa no le importaba ser una invitada más a la mesa cuando celebraban algo en casa; al contrario, eso le daba opción a ejercitarse como anfitriona, disciplina que dominaba mucho mejor que él. Luego el reparto de papeles satisfacía a ambos por igual y a los invitados. Teresa se manejaba convenientemente en sociedad, quizá porque le atraía la convivencia más que a su marido, quizá porque desde joven todos sus trabajos, que no fueron tantos pero sí consecutivos, tuvieron que ver con el trato directo al público. Hasta que, ya casada y de acuerdo con Adrián, invirtieron lo que restaba de sus ahorros en un comercio para “complementos del vestir y arreglo de todo tipo de prendas”. Sesenta metros cuadrados de tienda y trastienda, un buen negocio durante el tiempo que ella lo regentó.

La salud de Teresa truncó algunos proyectos. Aunque al cabo de los años y su trasiego de vida, asumido completamente su indeseado estado civil, con los hijos allá donde quisieron recalar para disponer libremente de sus vidas, Adrián Devy no sabría concretar cuáles era esos proyectos que, sin duda, elaboraron para toda la familia en veladas de frío y calor, bajo techo y al raso. Forzaba la memoria pero en vano; era como si el pasado se negara a asomarse por aquella puerta entornada que chirriaba por las bisagras. Seguro, se decía, seguro que no se asemejaban a esto de ahora.

—“Seguro que te irá bien, vecino”.

—“Si ya lo has decidido, pues adelante”.

Ya lo tenía decidido, absolutamente decidido. Y no iba a arrepentirse ni hoy ni mañana. Una vez se da el paso hay que borrar la huella.

—“Pues adelante, Adrián; tu vida te pertenece”

Su vida le pertenecía, por supuesto.

Ciertas decisiones cuesta tomarlas porque antes ha costado siquiera plantearlas. Y una vez acogidas como posibles, de la noche a la mañana, han de superar un considerable número de trámites selectivos de muy variada exigencia. Si logran alcanzar la antesala del veredicto es que merece la pena dedicarles una prolongada reflexión sin añagazas preconcebidas. En realidad hablamos de una decisión, la que salió victoriosa de todas las pruebas. La decisión, convino dentro del cuarto de baño. Solo en la casa, todavía buscaba la complicidad del cuarto de baño para murmurar en voz audible o para sentirse arropado por una intimidad distribuida desde hacía tiempo por toda la casa. Hay costumbres que tardan en desprenderse de la persona si esta no las empuja fuera de sí; o si no media un cambio de aires efectivo. Con muchos kilómetros de por medio. Con diferentes paisajes en los que entretenerse mientras la vida sigue su curso, inapelable en su desplazamiento.

“Yo creo que harías mejor quedándote”.

“Mira que a estas alturas... no sé, no sé...”.

“¿Qué se te ha perdido allí?”

“Es otro mundo, Adrián; no sé, no sé...”.

También ayuda la réplica. No es que Adrián Devy fuera un vecino excepcional, alguien que se desea tener al lado a toda costa. Estaba seguro que en unos meses, un año o dos, de él quedaría un recuerdo vago, difuminado, relacionado con Teresa, a ella vinculado por los cuatro costados. Era lo

más lógico, y acordarlo consigo le ayudaba a desasirse de la tentadora nostalgia. Una vuelta alrededor de su coche bastaba para disipar brumas confundidoras. La decisión estaba tomada, la suerte echada: Adrián Devy subiría al coche de madrugada despidiéndose sobre la marcha de su pasado.

La casa la vendería más adelante, inmediatamente después de hacerse a la nueva vida. Sin prisa. Sus cincuenta años le concedían un margen suficiente, incluso cómodo, para no precipitarse en compras o ventas definitivas. Teniendo en cuenta, además, que el dinero no vale lo mismo en todas partes. No tenía porque correr riesgos innecesarios. El coche estaba listo, el equipaje pronto a ser trasladado, nadie a su cargo que anticipara o pospusiera una fecha; daba igual salir de madrugada o a plena luz, este día o el que viene. Era muy agradable sentir la propia vida en las manos, en aquellas manos poco hábiles para remiendos y apaños. En cambio, Teresa bordaba primorosamente.

¿Aprobaría Teresa la partida?

De soslayo lo dejaba caer algún vecino, con evidente ánimo de incomodar. Sucede en todas partes y en cualquier época, recibe diversos nombres, pero quizá el más apropiado es envidia. No una envidia consolidada por la permanencia forzosa en un lugar que no se desea, que puede se odie en el fuero interno y, también, a través de la expresión que unos y otros pueden ver a diario; más bien una actitud envidiosa, una falsa conciencia sobre lo justo y lo desmesurado, un querer hurgar en la herida a medio cicatrizar provocando la sacudida de un dolor en trance de desaparición, un solapado intento por abrir una vía de agua en la línea de flotación del barco al soltar amarras.

“ Toda una vida aquí ”.

“ Tantas cosas en común, tantos recuerdos ”.

Adrián Devy echaba una ojeada a los neumáticos de su coche cada mañana al salir de casa y cada noche al cerrar con los dos pasadores la puerta de la calle. El coche presentaba un aspecto saludable a pesar de los años, diez ya, un aspecto similar que podía equipararse al de su dueño. Los cincuenta años de Adrián Devy eran un punto de partida, no el temido punto sin retorno. A base de repetirlo se sentía más joven y más dispuesto al atrayente desafío; podría la mano en el fuego apostando que nada en el mundo iba a modificar sus planes.

Y llegó el día de cargar el maletero del coche con el equipaje dispuesto con tiempo y esmero, y la hora de arrancar un motor fiable, cuidado y al parecer tan dispuesto como el conductor a recorrer la distancia precisa para llegar a destino.

“Buen viaje”

“Mucha suerte”

“Vigilaré la casa, descuida”

“Gracias, amigos. Hasta siempre”

Adrián Devy había puesto muchas esperanzas, si no todas, en este viaje. El viaje. Era el viaje. Su viaje. Tan sólo una nube pasajera, aunque de lento sobrevuelo, empañaba el desamarre: el coche. Hacía años que no emprendía un viaje tan largo como aquel; por lo menos ocho. El coche, su coche, podía resentirse con tantos kilómetros por delante. Era una preocupación añadida, innecesaria en ese momento de despedida y buenos deseos y expectativas cercanas a cumplirse. Estaba siendo injusto con el coche; los dos se necesitaban y los dos se habían preparado adecuadamente para emprender la ruta.

“Buen viaje” —susurró al volante. Y escuchó detenidamente el ralenti animoso del coche. “Allá vamos”.

Allá iban los dos, carretera adelante, a velocidad moderada. Adrián Devy experimentaba un placer singular, algo nuevo y difícilmente declarable a sus propios oídos o al volante o al discreto paisaje que asomaba remansado a una mirada traviesa. Como si fuera la primera vez que él y su coche salían del término municipal, de la comarca y de la región. Como si el mundo fuera creándose sobre la marcha unos pocos kilómetros por delante del limpiaparabrisas. Una sensación apenas recordada.

Al despuntar la mañana Adrián Devy dio el visto bueno a todos los niveles de su coche y a la limpieza de cristales, carrocería, interiores y faros. Una revisión rutinaria con el aprobado conseguido un par de días antes. El depósito de gasolina a rebosar, la documentación en la guantera, el juego de llaves de repuesto a buen recaudo, la cabeza despejada, el estómago templado, el pulso en su tono óptimo y el deseo en sintonía con el viaje a emprender. Él era un conductor prudente, juicioso, también veterano pero más por los años en posesión del permiso de circulación que por la suma de kilómetros en los neumáticos o en la memoria. Cosas de la vida sedentaria. Teresa estaba convencida de las bondades del asentamiento definitivo, con esporádicas escapadas de brevedad predefinida. El mundo era inmensamente grande, y variado; pero podía condensarse en la parcela que uno decidía cultivar o edificar o negociar con un vecindario conocido, amistoso, declaradamente enraizado. Los hijos eran otra cosa, y a Teresa no le pareció ni bien ni mal que optaran por alejarse del nido en cuanto las alas presentaron la consistencia debida. Era su vida y ella, y él, lo aceptaban como aceptaban que la suya, la voluntariamente compartida por ambos se enmarcara dentro de unos límites

harto reconocibles de día y de noche.

Cuatrocientos kilómetros era el intervalo máximo que Teresa admitía recorrer en coche con un motivo bien justificado; por ejemplo, reunir a la familia en la ciudad donde fluían las vidas adultas de sus dos hijos. Todo lo demás le parecía lejos, y con ese “lejos” estaba resumido todo lo que había que entender. Una dirección apartada de la ruta que seguía Adrián Devy. Más allá de esa distancia fronteriza el coche, según Teresa, era inútil; para eso estaban los aviones, los barcos, los autocares y los trenes. La comodidad de ser traído y llevado con las escalas programadas. Unos cuantos viajes, digamos largos, contemplaban al matrimonio; elegidos casi por obligación, organizados en todos sus extremos, casi familiares, satisfactorios a la vuelta de y contactados a las amistades sin provocar la malsana envidia. De pequeños lujos, los calificaba Teresa; caprichos, antojos, merecidas recompensas. Para Teresa todo debía ser racionalmente justificado tanto de puertas adentro como en el plano social; motivado en su génesis y en su ejecución. Los imprevistos, fuera cual fuese su naturaleza, eran materia desechada siquiera como hipótesis para afrontarlos de la mejor manera llegado el caso en la rigurosa planificación de la señora Devy.

Los esquemas del viudo Adrián Devy sí acogían en el cuarto de invitados a la irreverente improvisación, con las debidas cautelas y una buena dosis de respeto hacia quien nada quería saber de ella. Teresa pronunciaba en tono tajante, solemne al modo del juzgador convencido de su sentencia que la raíz de todos los males era la improvisación. “Todos los males”. Contundente, convencida. Ciertamente, la vida de Teresa, contemplada globalmente, ejemplificaba tal proceder contrario al repente. Y la de Adrián, junto a

ella, era la secuela de un planteamiento familiar organizado. Así era. Así fue. Con el volante entre las manos y la carretera debajo y delante, y enfrente, detrás, a los lados, arriba, un mundo compuesto a medida que se circulaba por él, la improvisación llamaba con esa voz cautivadora que no hay forma de ignorar.

¿Por qué desentenderse de lo que atrae con una fuerza renovada? ¿Acaso una persona cívica como él ignoraría la señal de auxilio de un peatón abandonado a su suerte en un páramo, en una carretera poco transitada? Por supuesto que no. Y aunque la comparación sea inconveniente por lo excesiva, sirvió para que Adrián Devy estacionara el coche en la confluencia con un camino vecinal de tierra, sin un alma a la vista, con el gorjeo de alguna ave celosa de su espacio. Era un hermoso día de abril y, se daba cuenta, nada le apremiaba.

Al salir de la comarca mantuvo la misma moderada velocidad pese a que el tráfico iba en aumento. Tuvo sus más y sus menos con una furgoneta de reparto, acuciada ella sí por la prisa. Está trabajando, convino Adrián, pero aun así hubiera podido refrenar una impaciencia imprudente. La furgoneta logró adelantar en una mínima recta y allí acabó el agobio, pues la circulación abundante era en sentido contrario.

Mientras disfrutaba del primer descanso, de su prematura parada junto a la carretera, consideró seriamente alterar la ruta trazada con diligente antelación. Era consciente de que podía hacerlo, y un cosquilleo agradable recorriéndole el cuerpo le invitaba a estudiar el mapa de carreteras para buscar alternativas de nuevos paisajes. Podía hacerlo y acabó sucumbiendo a la tentación; una tentación tan sugestiva

como el mundo que pensaba descubrir en los siguientes kilómetros. Reposado en la paz del aire libre, con el sol ensañoreado del cielo. Verdaderamente una hermosa mañana primaveral.

La hora de comer acudió con un gruñido de exigencia, una juvenil demanda de sustento que provoca una sonrisa. Tenía apetito, le apetecía sentarse a la mesa de un restaurante retirado de la carretera, preferiblemente en uno de aquellos pueblos que se dibujaban a cada tanto saludando estoicamente al viajero; quizá una fonda o una taberna adecentada con productos de la tierra para degustar una comida con sabor. Precavido, había dispuesto una bolsa con alimentos básicos y agua que le acompañaba en el asiento contiguo, al alcance de la mano y de una inminente necesidad. Dejó la botella de agua, en el suelo alfombrado de rozada goma negra, procurando que no rodara continuamente y la bolsa con los alimentos de supervivencia la guardó en el atestado maletero.

Las carreteras son lo largas que el conductor quiera. Adrián Devy se lo oyó decir a un viajante de comercio, a uno de los que surtían las existencias más demandadas de la tienda de Teresa. “Las carreteras corren más deprisa que los coches y se extienden después del trayecto comprendido entre el origen y el destino”. Qué gran verdad, asintió el plácido conductor ideando un largo rodeo que habría de llevarle a conocer un paraje alabado por los turistas. Durante la sobremesa de café y vaso de agua estudió rutas alternativas que prolongaban el viaje, y lo desviaban, a la par que ofrecían alicientes adventicios en él. Empezando esa misma tarde. A través de la campiña regada por lluvias precedentes, hacia el noroeste por una carretera local estrecha, como

casi todas, con el firme notoriamente ajado, como la mayoría. Anunciaba el mapa, la memoria —pues estaba relativamente cerca de casa y las noticias alcanzaban a los vecinos—, y un letrero poco mimado la proximidad de una laguna con zona de esparcimiento alrededor. A pocos kilómetros oteando desde un altozano aparecía un pueblo de aspecto recogido, poco apta su imagen externa a la confluencia turística; aunque podía tratarse de una apreciación errónea. El paraje, en opinión del recién llegado, bien merecía un acompañamiento hostelero y algún servicio añadido como, por ejemplo, una gasolinera.

Paseó un rato por la orilla menos agreste de la laguna, la acondicionada a la curiosidad del visitante, y al cabo, impelido de una voluntad recuperada ese mismo día de partida, se dispuso a encontrar atención a las necesidades básicas propias y las del coche. Al seguir la carretera que llevaba al pueblo divisado desde la eminencia salieron al paso los esperados indicadores en madera y metal anunciando lo que había supuesto. La carretera, con mejor firme en ese lugar, dejaba a unos centenares de metros el núcleo urbano, dirigiendo el coche hacia una gasolinera y una hostería de recia edificación con vehículos estacionados en batería a lo largo de la fachada. “Aquí pasaremos la noche”.

Se ocupó del vehículo repostando y comprobando los niveles y la presión de los neumáticos; el empleado, un joven casi inexpresivo pero conocedor de ese apéndice al oficio que arranca propinas y un intercambio de frases que mitigan el tedio de domingo por la noche a sábado por la mañana la mayor parte del año, y, también, recaban y proporcionan información respecto a los varios mundos —cada persona es o debiera ser un mundo— que se dan cita de tanto en cuando en un lugar como aquel. Le preguntó al muchacho

que ya procedía a retirar la manguera del depósito si podría alojarse esa noche en la hostería cosa que le aseguró sin apenas mover un músculo de la cara, añadiendo como quien recita un texto memorizado a fuerza de repetirlo, que abría todo el año salvo la segunda quincena de enero. “Siempre hay un roto para un descosido”, recordó Adrián Devy una de las frases hechas de su mujer; y una habitación y un plato para los viajantes de comercio, los turistas díscolos y los aventureros de ocasión.

Era un día laborable, lunes, porque quiso iniciar su nueva vida de manera simbólica, como si el tránsito de domingo a lunes despidiera efectivamente el pasado, todo lo bueno y lo malo que conlleva el tiempo pasado, y saludara el futuro con absoluta confianza. Con absoluta presteza.

Una vez estirado sin sueño sobre la cama de su habitación, más o menos cómodo, relajado, evaluaba su impen-sada situación la víspera de la partida con el recorrido estrictamente marcado a lápiz en el mapa de carreteras. El día de ayer, lo que ya era el pasado figuraba tremendamente alejado de su presente en ruta; mientras que el futuro no acudía a perfilarse en la imaginación sosegada. Aquel era un viaje de placer, además, se dijo, un viaje de liberación. Un viaje al que no acuciaba la prisa. La declaración de intenciones parecía traslucir un rencor que no cabía ni en su pasado ni en su presente. Rectificó buscando acomodo en la pared de la ventana, ligeramente ladeada la cabeza. ¿A quién estaba culpando y de qué? Debía moderar la influencia de aquella libertad descubierta en ruta, de lo contrario más que disfrutarla iba a padecerla conteniendo entre realidades y suposiciones. “Nada de eso”, impuso. Por lo que satisfecho con lo que estaba viviendo abandonó la posturación divagadora para encontrarse con el frescor y la

peculiar luz del crepúsculo, dando unas palmaditas al coche camino del pueblo a perderse entre sus calles por el placer de hacerlo y el de recibir las primeras estrellas asomadas a un cielo despejado. Luego cenaría.

La laguna recibió la temprana visita de Adrián Devy; una visita de médico: hola y adiós. Unas bocanadas de aire humedecido. No había dormido bien, no solía dormir bien en otra cama que no fuera la suya, pero no podía achacarlo al colchón o a la almohada; demasiado revueltas las iniciativas, todavía con poderes los contrapesos. Una pugna abocada al desvelo. Aun así se notaba lleno de energía y afirmado en seguir el periplo vagabundo conduciendo por carreteras de segundo o tercer orden.

¿Y el coche? Aguantaría. No obligaría al motor a un sobreesfuerzo y, por descontado, no escatimaría la preceptiva observancia de los niveles. Quizá lo peor, inevitable, era el continuo impacto en el parabrisas y en la parrilla de los insectos estrellados a causa de la eclosión primaveral. Había que emplearse a fondo con la gamuza mojada. “Todos los percances fueran como este”.

Ambos de acuerdo en seguir hacia donde les llevara la aventura. Por ejemplo, y sin pensarlo dos veces, en dirección a la ciudad más próxima, para llegar a una hora sin los consabidos atascos de inicio y cierre de la jornada laboral. Era emocionante poder sortear la presa cotidiana que a tantos capturaba queriendo entrar o salir para acercarse o distanciarse del lugar al que iban sin posibilidad a desviarse por un atajo que había sido cegado por la expansión irrefrenable del casco urbano. Y obras y más obras; futuras ampliaciones, futuros accesos; remozadas zonas residenciales, comercio o industria; suelos removidos, áreas restringidas,

maquinaria pesada, ruido, polvo. Allá que le esperaran cuando pudiera comprobar el estado de las obras sin sufrirlas. Después de comer, con la ventaja de controlar la carrera como los jefes de fila de los equipos de ciclismo, observando los movimientos del pelotón con los gregarios anticipándose a cualquier tentativa desestabilizadora. Era una crueldad por su parte, sin mala intención eso sí. A él no le había tocado pasar por esos agobios hasta entonces; tampoco se hubiera atrevido a desafiarlos como pretendía unos meses antes. Sin embargo, ya a la vista de la periferia, optó por revocar el propósito sin explicarlo ni al coche ni a su matinal intención. Simplemente, adujo en su descargo, no era el momento. El cielo no se mostraba tan azul ni tan luminoso, algunas nubes rondaban de Este a Oeste adquiriendo un protagonismo de sombra. “Todavía no”. Buscó una estación de servicio y dejó pasar el tiempo circulando despacio alrededor del perímetro de la ciudad sin entrar en ella hasta que el “ahora sí” los condujo por una avenida hacia el núcleo aún tomado por bastantes vehículos y un número nada desdeñable de peatones. Aparcó no sin dificultad en una calle aneja a esa principal para informarse de algún hotel donde pasar la noche, o más de una noche quizá. La ciudad era nueva a sus ojos y a sus pies y ya que estaba podía visitarla tranquilamente durante un día o dos. “Lo decidiré dentro de un rato”. Por la mañana las cosas se ven de una manera y todo lo que se plantea tiene un sentido que varía con el paso de las horas, con las circunstancias que aporta cada jornada no regida por asuntos convencionales y con la libre determinación de quien hace y deshace según se le antoja; como en las vacaciones. “Estamos de vacaciones”, le confirmó al coche al ir a por el equipaje de mano.

Pero el sentido de aquellas vacaciones era otro y plenamente relacionado con la ruta. Lo que anhelaba Adrián Devy era conducir integrado en el paisaje, en los paisajes que él y también su coche eligieran como origen o destino de cada día mientras la atracción del *carretera y manta* predominara sobre cualquier necesidad u obligación. Exactamente eso quería: ir y venir, entrar por una carretera y salir por otra, parar y seguir, seguir y parar donde le apeteciera, donde el instinto, la curiosidad o un imponderable exigiera. De acuerdo los dos, porque era un asunto de los dos, con el mapa como auxiliar de ruta, como recurso para reemprender la aventura que rodeara la anterior y enlazara con la siguiente. Eso, exactamente eso: de aquí para allá con la certeza de estar haciendo lo que apetece. “Sin prisa, hasta cuando sea”, animó a su coche. “Hasta cuando sea”.

No habría problemas si no los buscaba. “Sin prisa, a tu aire”, convencía al coche de que ambos vivían unas vacaciones muy merecidas, en las que nadie, cerca o lejos, podría reprocharles lo más mínimo. “Créeme, nadie”. Adrián Devy era un hombre nuevo experimentando el regocijo de una nueva vida largamente anhelada, pero aun así imprevista. “Sin problemas”. Porque en la carretera uno puede encontrar de todo, bueno, regular y malo; y provocaciones, y tentaciones, y riesgos inasumibles si el sentido común preside todos y cada uno de los momentos al volante. Lo que se impuso fue no conducir de noche; en cuanto el sol decayera completamente tras el horizonte de sierra, agua o llanura, él y su coche debían clausurar la jornada de viaje recogidos en el descanso y la supuesta tranquilidad.

Con todo, ni el compendio de propósitos cívicos y precauciones expuestas a los cinco sentidos, la carretera jugaba sus propias bazas y sus golpes de efecto. Como el de aquel

camión con la carga mal estibada que a punto, por un pelo, no volcó delante de ellos; o como aquel turismo que circulaba pegado al parachoques y hubo que dejarlo pasar echándose al arcén; o como aquel accidentado que descuidó señalar su avería a la entrada de una curva cerrada; o como aquel adelantamiento apurando la línea discontinua y el cambio de rasante: ¡qué susto se llevaron ambos al ver venir de frente ese bólido que retomó su carril pertinente a un parpadeo. Un suspiro y... el viaje cobra una dimensión inesperada.

La radio ocupaba un lugar secundario en el proyecto itinerante de Adrián Devy. Como si su compañía interfiriera en esa otra elegida para él, para su percepción y para el coche. Por la mañana y por la noche destinaba un rato a las noticias, antes de subir al coche; luego ninguna noticia, comentario, música o entretenimiento no captado por sus ojos deseaba formara parte de la aventura. “En ruta, no”. El motor del coche se oía mejor sin acoples. Los sonidos que transmitía el paisaje a ventanilla bajada suplían cualquier ansia de comunicación que hubiera podido asaltarle. “En ruta, no”.

Hay que decir que Adrián Devy no solía contar entre sus enseres con ningún aparato de radio, tocadiscos o transistor; ni siquiera el televisor le reclamaba más que unos minutos al día, extensibles si la programación emitía algo que por el motivo que fuera le interesaba. Cualquier cosa. En eso coincidía el matrimonio; en lo de la radio y la música, no. A Teresa resultaba difícil apartarla de su transistor en casa o en la tienda; ella podía y quería trabajar donde fuera con aquellas voces y aquellas músicas con las que se identificaba. Pero no en la cama, ni con visitas. Las horas de sueño

eran sagradas, además de convenientes; y a las visitas se les debía reconocimiento.

Y mucho más, y toda la dedicación, se le debe a los pajaros que brindan sosiego y atractivo a la vez. Recorría entonces una extensión de verde luminoso, un manto vegetal ligeramente ondulada, sedoso, fragante, pintorescamente aderezado con un enhiesto bosque que llamaba al encuentro. Gustosamente sucumbió a esa tentación dejando pasar el tiempo entre sombra y sol, siempre a la vista el coche y con los cristales limpios. Hasta que, cosas de la naturaleza, el cielo convalidó el azul por el gris y se cernió la tormenta sobre el edén. Dentro del coche aguardó que escampara, divertido como un chaval sin miedo con el golpeteo fuerte y constante del agua en la carrocería. “Quedarás limpio como una patena”. No se le ocurrió pensar que el camino de acceso, de tierra y hierbas, pudiera quedar anegado o embarrado imposibilitando la conducción. Tuvo suerte. La tormenta dio un respiro que aprovechó para volver a la carretera tan sólo esquivando charcos. Para cuando la tormenta reactiva su descarga ya había logrado circular varios kilómetros en dirección a un cielo que despejaba. Su próxima meta.

“Me apetece”. Ya puestos, metido en sus vacaciones o en su aventura o en su íntimo delirio, había llegado el momento de conquistar la capital. “¿Quieres decir?”, moderó aquel ímpetu el coche. La capital representaba un reto mayúsculo. Adrián Devy, ya fue dicho, era un conductor aceptable, prudente y juicioso, aunque con un bagaje limitado y falto de experiencia en desplazamientos urbanos. La capital era más que un reto un peligro. Pero Adrián Devy estaba seguro de sí y el coche, su coche, no iba a fallarle tampoco entonces.

“Entraremos a las diez de la mañana”. El coche agradecía evitarle las horas punta. “Entraremos”.

A las diez y veinte los neumáticos delanteros cruzaron la imaginaria línea de llegada a la capital. El tráfico permitía circular con cierta distracción por la avenida elegida para adentrarse en el misterio y el encanto rodado de la gran urbe, ojeando aquí y allá, al ritmo de la inercia. No se mostró Adrián titubeante a través de las arterias, las venas y los ramales de la inmensa ciudad capitalina; ni su coche renqueaba o chirriaba ante el constante acelera, frena, embraga. Ambos vieron y vivieron el mismo paisaje durante el mismo tiempo. Incluso a la hora de comer, sobrepasadas las dos de la tarde, rebasada la línea media del indicador de la gasolina, Adrián prefirió un bar restaurante con fácil aparcamiento para tener el coche a una docena de pasos y enfrente. Una comida ligera, más que nada una pausa para desentumecer y relajar las extremidades y la percepción.

“Lo hemos logrado”.

Siete horas después de la orgullosa entrada en la capital despedían el episodio con la convicción de haber ganado una apuesta de envergadura. También lo iba a ser abandonarla, pero menos. Y con música en el habitáculo. Adrián Devy acudió al repertorio memorístico para sonorizar la victoria, canción a canción, con una jovialidad manifiesta, estilo a estilo, con la voz tonante. Era el vivo retrato de la felicidad, prolongada el día siguiente dando pábulo a los malpensados que lo calificarían de despreocupación senil. Pero como no atisbaba juzgador alguno, y aunque lo hubiera habido, grave, sentencioso, inmovible, no remitió el caudal sonoro hasta que la garganta se quejó y fue preciso aliviarla con una pastilla balsámica de las conservadas en el botiquín y revisadas o repuestas antes de cada viaje.

Había alcanzado el techo del mundo, metafóricamente hablando, o no tanto, pues en la cima de un puerto de montaña a mil ochocientos metros y nieve al alcance de la mano, cualquiera puede sentirse izado a la cumbre y, a poco creerlo, de puntillas, a brazos extendidos, tocar las nubes. Unos tragos de agua, más palmaditas en el capó del coche, los pulmones renovados; allá arriba convergían sentimientos contrapuestos sin ánimo beligerante. La vida, su vida, cobraba otro sentido, marcadamente diferente, con sus pros y sus contras por dilucidar en privado, a cubierto, repuesto de las emociones acumuladas y pugnando por hacerse un hueco en la excitante realidad de idas, venidas, pausas, descubrimientos y sensaciones.

“Nos tomaremos un descanso”.

Dos días sin conducir en un hotel de carretera típico elegido al caer la noche camino de la costa. Era fin de semana y la tranquilidad reinaba en el establecimiento, con el servicio reducido y apenas tres habitaciones ocupadas. La zona donde se ubicaba no invitaba especialmente a la curiosidad o al deleite, por lo que el descanso fue efectivo para ambos.

“El lunes nos vamos a la costa”.

Adrián Devy recordó el tiempo vivido en ruta desde la salida, que parecía tan lejana que se escapaba del recuerdo difuminada en un espacio vacío como si ese fuera el lugar correspondiente, hasta el momento de meterse en la cama de aquel hotel de carretera rendido por la fatiga.

Durmió profundamente. Al despertar, despejado y animoso, decidió telefonar a sus hijos para indicarles donde estaba y lo que hacía. Era una medida acertada a su juicio, aunque no fueran ellos quienes le esperaban en un lugar concreto un día determinado aún por llegar; pero como les

había comunicado su partida estaba moralmente obligado a dar señales de vida tras su desaparición durante una semana.

“Me encuentro bien”

Dos conversaciones breves con ligeros reproches del hijo y más incisivos en su hija.

“Ya queda poco”

Y con esa frase que a nada compromete cerró este capítulo protocolario antes de que le agobiara de verdad.

El lunes volvió a ponerse en ruta con la idea de alcanzar la costa en dos jornadas. Al final de la primera obsequió al coche con un cambio de aceite y una exhaustiva revisión de niveles, en un concesionario a tiro de piedra de un hotel; concluida la segunda se abrió ante los ojos de Adrián Devy un mar apacible. Un inmenso verde azul gratamente rumoroso en el que mojar los pies caminando en paralelo a la orilla. ¿Cuánto se había prolongado la ausencia? Pero, ¿le apetecía tanto como ahora? Para qué iba a debatir consigo alterando vana y perjudicialmente la sustancia gozosa de un momento pretendido. Hay cosas que sólo encuentran protagonismo una vez en la vida, sea larga, media o corta esa vida, sea una vida decantada a la actividad o a su antónimo; hay cosas con su tiempo convenientemente marcado, y otras, por mor de la dualidad que caracteriza al individuo que elige: aquí o allá, esto o aquello, ahora o después, siempre y nunca, cuyo tiempo de ejecución se confunde con las fases que debieran posibilitarla.

Sentado a la orilla de un mar tan imaginado como recordado, Adrián Devy tomó bajo su única responsabilidad el porvenir. Acaso su vida futura ya había comenzado días, semanas o meses antes cuando tal vez de repente, inopinadamente, consideró la posibilidad de un cambio. Así, sin más: un cambio. Las grandes apuestas también cobran

forma a partir de minúsculas cantidades de materia creadora. Luego se gestan en la recóndita cocina de los afanes inconfesados, temidos, sujetos a oposición constante, dura, eliminadora. Al paso del tiempo, de un tiempo diferente del que moja los pies y los tobillos a la orilla del mar, se descubre que hay cosas que sólo se hacen una vez en la vida y se admite, a plena conciencia, que ciertas aventuras no encajan en esa categoría exclusiva.

Adrián Devy no culminaba una hazaña ni su viaje atendía a un proceso iniciático de consecuencias taumatúrgicas en el siguiente estadio. Adrián Devy había logrado llegar donde quería: eso es todo. En adelante, ya estaba decidido, el camino le conduciría de al inicial punto de destino. Una breve conferencia telefónica con alguien que esperaba una llegada todavía demorada y otra algo más extensa con su coche, aparcado de cara al mar para que la estampa fuera completa, epilogaron aquella jornada emotiva. Por la mañana, encapotado el cielo, Adrián Devy esmeró la higiene de los cristales del coche reconociendo las muescas en el parabrisas, las señales deladoras de la improvisada aventura que paga así un mínimo peaje. Una tibia nostalgia actuó como fedatario en el punto de inflexión. La noche había transcurrido por las veredas de la memoria rescatada, de principio a fin durante medio siglo, en imágenes y voces perfectamente identificadas, amables, propias, acogidas, intransferibles. Las muescas en el parabrisas eran, por qué no, las medallas al mérito concedidas sobre la marcha al esforzado y complaciente transportador. No apreció más mella o agresión en los cristales o la carrocería; ¡y qué decir del motor!, ¡de los neumáticos también! Adrián Devy estaba orgulloso, eso es, orgulloso de su coche.

“Hemos hecho lo que queríamos, amigo”.

Ese miércoles discurrió placenteramente por los alrededores tejidos de brisa y colorido de primavera. Un día de asueto para Adrián Devy deambulando de aquí para allá sin pretender más que lo que hacía, despejado su pensamiento de rémoras e incógnitas; un día feliz de sereno monólogo frente al esbozo de una nueva vida. Una noche de sueño profundo.

El jueves a las nueve de la mañana volvieron a la carretera, circulando en sentido inverso al trazado el lunes.

“Regresamos”

Con pocas variaciones en la ruta conocida, apenas sí reparando en el paisaje, en los indicadores, pero no así en las voces que competían por ganar la atención del conductor. Sí, voces, ajenas; también la suya, aunque tímida. Voces recientes, inesperadas algunas, afables en general, curiosas con poco o mal disimulo las menos pero notorias. Eran las voces de la ruta, relacionadas unas con otras por el guionista sin solución de continuidad ni atropellos tampoco. Incluida la suya en una sinopsis de la escala tonal.

Pero había más. El viaje le estaba reportando una suerte de reivindicación probablemente jamás formulada como tal. Era cuestión de intentarlo. Teresa, por ejemplo, lo intentaba y lo consiguió: su vida fue como ella pretendía que fuera. Sus hijos, tres cuartos de lo mismo: obraban en consecuencia tomando decisiones, intentándolo, puede que a tontas y a locas no pocas veces, puede que acelerando o frenando en las etapas equivocadas, ¿pero quién acierta siempre no sólo lo que le conviene sino lo que le apetece?

“Nadie; ahora estoy seguro”.

Adrián Devy estaba seguro de hacer lo que debía, a buena edad, con mejor disposición en todos los sentidos. Detrás, delante, a los lados y en la percepción de pasado y futuro

quedaba y quedaría el mundo vivido y el por vivir siendo uno parte indivisible del otro. Aún faltarían millones de kilómetros en todas direcciones para conocer lo deseado, y muchos vehículos adaptados a las diferentes rutas, y un número equivalente de conductores prendidos jubilosa y empecinadamente al intento liberados del selectivo paso del tiempo. Eso, que es una realidad incuestionable y por tanto exenta de amargura, no resta por consiguiente un ápice de satisfacción al intento.

Podía decirlo alto y claro a los cuatro vientos: “Lo hemos conseguido”.

Lo habían conseguido. En un paraje cualquiera, de pie junto a su coche, volvió a decirlo alto y claro, orgulloso, feliz. Era un paraje cualquiera el elegido para reivindicarse como triunfadores, sin una característica que lo convirtiera en especial, sin una diferencia que lo encaramara al ático de las imágenes. Ellos eran los especiales y ellas, múltiples y atractivas, las imágenes: el mar, los bosques, las dehesas, los ríos, lagunas remansadas o de fondos insondables, mesetas, llanuras, riscos, valles, gargantas, cultivos, pedregales, sol y lluvia, día y noche, travesías, cruces.

“Se me ocurre...”

¿Por qué no?, se dijo Adrián Devy en la confluencia de dos destinos. Y tomó la ruta que le devolvía al punto de partida.

Le dijo a su coche: “Cuando lleguemos a casa te limpiaré a fondo”.

Añadió kilómetros después: “Entonces, una vez en casa, nos daremos cuenta de lo que hemos hecho”.

El mundo llena los ojos del que mira, dedujo Adrián Devy conduciendo todo lo despacio que el correcto uso de la calzada permitía. Un mundo pletórico de matices y vida.

“Qué lejos está todo lo que no se intenta”

Con esta frase enmarcada en el epicentro de la memoria, los faros del veterano pero fiable coche alumbraron el punto de destino. Habían llegado.

“Gracias, amigo”

En dos o tres días, a más tardar, Adrián Devy retomaría su vida como había previsto: desde el punto de partida, sin asuntos pendientes.

La obediencia debida

Continuaba la tempestad. El batidor Batalla intentaba recordar cuándo había empezado eso que mayoritariamente los medios de comunicación y los partes oficiales proclamaban como mal tiempo. La batidora García buscaba en su memoria una virulencia parecida. El batidor Rubio revisaba un expediente antiguo, irresoluble, provocador. Era de noche, hacía frío dentro y fuera.

El batidor Tena llegaba trastabillando por la inclemente climatología después de concluir sin novedad un servicio rutinario. Lo que deseaba era sentarse, respirar sin tanto agobio y tomar algo caliente que aplacara el malestar y la desazón habituales. Le dolía la cabeza, otra vez; le pesaba el cuerpo, un poco más que ayer. Cerró la puerta con ruido y suspiró, quizá queriendo hacerse notar. Cosa innecesaria, pues sus tres compañeros estaban pendientes del regreso.

—Es una mala noche —dijo.

—Todas las noches son malas —replicó el batidor Batalla caminando en círculos todo lo amplios que permitía la sala de guardia—. Todas las noches son iguales.

La batidora García le ayudó a sacudir del capote la nieve y los quebradizos restos vegetales que luego, yacentes e indefensos, sonorizaban con crujiente lamento las idas y venidas interiores de los cuatro.

—¿Nada? —murmuró.

El batidor Tena negó despacio con la cabeza. Sus ojos, enrojecidos, buscaban alimento. El batidor Rubio dejó el expediente sobre su mesa y fue a por un tazón que llenó con algo caliente.

—Toma y cuenta.

El batidor Tena se dirigió a su mesa con el tazón

humeante, las manos recogiendo el vivificante calor. “Todos los días son iguales; todos los días son malos”.

—¿Nada? —quiso confirmar la batidora García.

El tema resultaba ineludible. Aun así, como cada final de jornada desde hacía semanas —cuatro, cinco, seis—, uno a uno referían las impresiones o los recuerdos que pensaban pudieran ayudar a soportar la tediosa misión.

El batidor Tena era el último en ingerir alimento al cabo del día. Aceptaba la salida nocturna, que cerraba los turnos, porque le gustaba la soledad y el manto opaco de la noche. Aunque la incesante tempestad, turbulencias de agua y de nieve, crueles ventiscas, amenazadores alientos de hielo, dificultaban extremadamente la tarea de vigilancia y descubierta con riesgo cierto para la integridad física.

“Y la cabeza... Ese maldito dolor... Me está borrando la memoria...”

El batidor Batalla seguía trazando círculos concéntricos con el paso cadencioso, sin molestar al resto que ya se habían acostumbrado. Él era el primero en salir por la mañana, poco después del supuesto amanecer. Le gustaba andar; era el que más distancia recorría dentro y fuera, el que se aventuraba más allá y el que aún creía en la posibilidad de averiguar la verdad.

“Es posible, es posible”.

Lo que quisiera contar el batidor Tena, probablemente, ya lo conocían o intuían; no obstante, el protagonismo de la voz era deseable. La furia desatada al otro lado de la debilitada frontera aislante penetraba todos y cada uno de los sentidos alterando la percepción y la conciencia de quiénes eran y qué estaban haciendo.

“Maldito dolor”.

La batidora García inició la conversación ofreciendo

bebida. Cuatro vasos colmados del “elixir de la supervivencia”, con derecho a repetir; con derecho a sumergirse en la brumosa atracción etílica. Toda la noche por delante.

—No creo que sea una fantasía —empezó ella con la taza de color marrón rozándole el labio inferior—. Hay indicios, también hay antecedentes y todos nosotros lo hemos visto.

La primera andanada correspondía al batidor Rubio, quizá el más escéptico de los cuatro; quizá el único escéptico porque antaño fue un hombre crédulo.

—Nada es lo que parece en este estadio. Tú crees que lo has visto. Tú crees que has visto algo que te recuerda lo que andamos buscando. Tú crees que has visto algo. Simplemente lo crees.

La batidora García no replicó; lo esperaba; formaba parte del protocolo que les permitía soportar las dudas, las interpelaciones, los recelos y la infructuosa búsqueda por turnos.

No les hacía falta mirarse para ver reflejada la incertidumbre y la vana esperanza. Un halo de fatalidad entelaba el ambiente de por sí viciado. Únicamente el tono de voz, forzado a transigir con lo remoto, denotaba un viso de vida independiente, crítica, oficiosa.

El batidor Batalla, en su movimiento perpetuo, se afeurraba a una credulidad de la que anteriormente carecía, incluso se burlaba abierta y ofensivamente ante sus entonces compañeros; sucedió en tiempos pasados.

—Os digo que es posible —volvía a la carga reduciendo la velocidad orbital—. Yo he sido el que mejor lo ha visto. Yo, soy yo. No una, dos, hasta tres. ¿Cuándo fue?... ¡Venga, ayudadme!... Tengo mucho en qué pensar... ¿Cuándo, eh, cuándo?

No gritaba, ninguno de los cuatro elevaba la voz por encima del nivel auditivo apto para la comunicación

superadas las interferencias.

—Hace unos días; sí, lo dijiste —ayudaba el batidor Tena.

—Cinco días, lo confirmo —completó la batidora García. Las estadísticas eran de su incumbencia.

El batidor Batalla se golpeaba ligeramente las sienes con los puños.

—Cinco... exactamente. Os lo dije: quería disimular, pasar desapercibido. Pero yo lo había localizado y pude seguirle un buen rato.

—¿Hasta dónde?

El batidor Batalla sacudió la cabeza apesadumbrado.

—No lo sé... no lo sé. Estaba rodeado de niebla...

—Estamos envueltos en niebla. Todo es niebla alrededor —intervino el batidor Rubio acomodándose en su rígido asiento.

El batidor Batalla solicitaba atención con las manos. ¿O era paciencia?

—Otra clase de niebla. Como si fuera la de un mundo imaginario.

La frase tenía sentido. Los cuatro aceptaban la dimensión espectral de la misión pese a estar obligados por adquirida obediencia y férrea disciplina a suprimir cualquier atisbo de imaginación al respecto. No estaban allí para otra cosa que la ordenada. Hasta conseguir el objetivo.

—Estamos inmersos en una realidad paralela, seamos sinceros —terció el batidor Rubio.

—Un mundo imaginario —secundó la batidora García.

—Cada noche nos visita esa posibilidad —insistía el batidor Rubio.

Implícitamente reconocían su descontento, las vacilaciones y esa pesada carga, agobiante, filosa como una arista de

hielo, cuyo nombre no figura escrito en manual alguno pero que se fija en la conciencia siendo imposible desasirse con la mera disposición.

El batidor Tena carraspeó ofreciendo una alternativa desde sus inalterables facciones. Llegaba su momento. Había guardado silencio, cual su costumbre, mientras el resto pretendía debatir sobre aspectos ignorados, sobre supuestos, que les afectaban y dominaban. Aunque no se atrevieran a pronunciar esa palabra o esa frase que diera pie a una exigencia que en verdad les clarificara su situación.

No le quedaba una gota de “elixir de la supervivencia” en su taza de color marrón. El batidor Rubio se dio cuenta y la rellenó con su parsimoniosa efectividad.

—Gracias.

—No hay de que.

El batidor Tena sorbió un trago corto. Sabía que los tres estaban pendientes de lo que fuera a decirles. Una noche más, un día más, el estricto cumplimiento de la misión era el tegumento que los mantenía unidos, vinculados a un destino común, inexorable. En ellos, en los cuatro, cundía el fatalismo del soldado ante la inminencia de la derrota, el ataque devastador o la muerte; el fatalismo inherente a la resignación; también, un infortunio crónico patente al hablar, al callar y al pensar derivado de la condición humana expuesta al peligro, a la inseguridad y al desconocimiento a partes iguales. Era su obligación y no había nada que objetar. Cuando correspondiera les llegaría el relevo.

Entretanto, apurando el “elixir de la supervivencia”, el batidor Tena atrajo todo el interés de la exigua audiencia dando a entender que iba a contar algo que les afectaba.

—Creo que es posible —comenzó. Los tres pendientes de sus palabras. La tempestad arreciaba; era su voz, aunque

mitigada por la estructura habitable, la única oposición a la del batidor Tena—. Creo que lo he visto... esta noche.

Los mundos imaginarios fluctúan entre los mundos posibles, discretamente hasta cobrar un inusitado protagonismo. El engaño habita entre la posibilidad y la suposición. La necesidad cubre todos los aspectos ideados con un manto sedativo.

—¿Lo has visto? —casi saltó el batidor Batalla

—¿Quieres decir...? —erguía la espalda el batidor Rubio.

—Cuéntanos —apremió la batidora García llevándose las frías manos a la cara.

“Ya está hecho”.

Ahora debía compartir con ellos tres, expectantes, ansiosos, lo que insinuaban sus palabras anteriores.

—Ha sido a un par de kilómetros, hacia el depósito —comenzó a relatar en el tono grave que acompaña las revelaciones—. Me había propuesto llegar en una hora, bueno, quizá en hora y media; aunque tal y como me cernía la nieve y me zarandeaba el viento era poco probable que siquiera me acercara a distancia suficiente para distinguir el contorno.

”Seguía adelante abriendo con la pala un camino que duraba lo que se tarda en girar la cabeza. Iba pensando —amagó una sonrisa— cómo sería este lugar antes. Empecé a imaginarme los elementos típicos de cualquier paisaje, seguramente idealizando lo que jamás fue. Me encontraba en las afueras de una ciudad; una pequeña ciudad donde vivía una gente discreta, respetuosa con los vecinos y con los recién llegados. Un buen lugar para echar raíces.

”Como si fuera cierto lo que imaginaba, ante mí se materializaba un mundo de vida conocida. Sabía que no era cierto, no podía serlo, sin embargo enfrente, a los lados,

mirara hacia donde mirara la ciudad se extendía sacudiéndose su letargo. La tempestad retrocedía hasta la periferia del prodigio. Pude, yo también, liberarme de la presión, echar atrás la capucha y quitarme las gafas de protección. Incluso llegaba el aire a los pulmones sin rasgarlos. No daba crédito a mis ojos, pero nada nunca me pareció tan real. Y yo lo había creado.

”Faltaba algo, lo confieso. La creación no era perfecta. Me decidí a recorrer la primera calle que anticipaba el núcleo urbano. Iba pensando que allí mismo hubiera edificado mi casa, sin esperar a descubrir las posibilidades del resto. Es el ansia, me dije. Por supuesto era el ansia. Reinaba una calma absoluta; ni una hoja en su rama, ni una brizna de alta hierba oscilaba al capricho del viento. Nada. Silencio. Quietud. Las casas asomaban a la calle, una calle bien trazada, cómoda de transitar; pero de las casas no asomaba nadie, no se filtraba un ruido. Por la calle no aparecía un alma aunque estaba seguro que no contemplaba un cuadro sino que había llegado a una ciudad que no esperaba visitas.

”Tenía que ganarme la confianza de la gente. Una vez me hubieran prestado atención y comprendieran que yo no era el enemigo ni un emisario de calamidades les hablaría de vosotros. Pensaba decirles quienes somos, lo que hacemos, porque estamos al otro lado de la frontera que establece la pertinaz inclemencia. Os imaginaba junto a mí ganándonos la confianza de la gente, garantizándoles su seguridad. Deduje que esa sería nuestra contribución a la sociedad de acogida. Toda sociedad requiere de protección; ninguna sociedad es tan perfecta como para ignorar los riesgos que entraña la vida en común. Mi imaginación jamás concebiría una civilización exenta de conflictos, delincuentes y violencias. Existe la ley y hay que cumplirla y hacerla cumplir.

”Sobre la marcha estaba organizando la bienvenida y la viabilidad del encaje. Un mecanismo de precisión sin exclusiones, coordinado y con el respaldo del poder y la aprobación de la ciudadanía. Mi convencimiento era tal que ya me atrevía a proponer medidas que generaran mayor confianza de los unos hacia los otros. Me dispuse a encontrar una autoridad a la que presentarme. En voz baja hilaba el discurso que me abriría la puerta de ese mundo inexplorado, nuevo, frágil a primera vista pues la desconfianza evidencia la falta de recursos que oponer a lo extraño.

”Yo era un extraño. Una amenaza, por tanto. Mi presencia, mi aspecto, no eran la mejor tarjeta de visita. Por momentos creía pasar una prueba dirigida a confundirme hasta impedir el raciocinio. Al rato, mientras repartía ojeadas aguzando todos los sentidos y la natural prevención del ser humano, me imaginaba incorporando a la realidad una ficción que se desvanecía a cada paso, a cada vistazo, a cada propuesta que formulaba para el futuro inmediato. El extraño no era yo sino la imagen que de mí mismo proyectaba a una invisible humanidad; un ser desconocido, sin antecedentes, deambulando por un mundo vacío. Me enfrentaba a un dilema.

”En un segundo todo podía cambiar. Un simple parpadeo provocaría la vuelta al mundo vacío, al rugido de la tempestad, a la amenaza de la locura. Por eso mantenía extraordinariamente los ojos soportando el terrible dolor del miedo, un dolor lacerante aliviado apenas por esa fracción de pausa que parece al acto siguiente de haberse producido. Nuevamente el dolor, y la conmoción por el desconcierto.

”Sospechaba, lo admito, haber escapado de lo malo a lo peor, pues un mundo sin movimiento es la muerte. Aun en marcha por esa y otras calles que la cruzaban, empecé a

frotarme los ojos y las manos, a palparme el cuerpo, a patear el suelo y a respirar con la boca abierta, muy abierta. Pasé enseguida a elevar la voz y a gritar. Pedía respuesta: una voz, un ladrido, un aullido, un golpe, una detonación. Sentía el aguijón del miedo punteando el estómago, impulsando las piernas para llegar antes donde fuera. Quizá al final de alguna de las calles o frente a una puerta o ante una ventana.

”Creí ver a alguien en una ventana. Es más, y a la vez, notaba una mirada posada en mi espalda. Giré rápido para no dar tiempo a que se escondiera. Pero no vi a nadie ni cerca de lejos. Bueno..., sí vi a alguien... que me miraba desde una ventana. Me acerqué, despacio, midiendo la distancia, controlando los movimientos de aquella segunda aparición.

El batidor Tena ofrecía una recreación de sí mismo en aquel trance revelador. Uno a uno les dirigió la mirada como examinando la atención que prestaban a su relato. La pausa del batidor Tena se prolongaba en demasía para su entregada audiencia.

—¿Quién era? —apremió el batidor Batalla—. ¿Cuántos eran?

—Salió a recibirte... —anticipó la batidora García.

—Te estaban vigilando —propuso el batidor Rubio.

Al batidor Tena le hubiera gustado decirles: “Fui recibido amistosamente y pude informarme como es debido”.

—Creí ver a alguien en otra ventana mientras me dirigía a una casa que me parecía habitada. Tras la puerta distinguía una figura con facciones humanas. En la casa contigua también. Y en su vecina, y enfrente. Hacía donde mirara, pero inmóviles. De repente me encontré rodeado sin que nadie se acercara a mí. Desde las ventanas, desde las puertas, desde una distancia prudente a pie de calle, yo era el centro

de la inmutable curiosidad de aquella gente extraña.

”Pronuncié unas palabras a modo de saludo, conteniendo no obstante la voz. Silencio por respuesta. Continuaba el silencio, el terrible silencio. Y la opresora inmovilidad de los semejantes.

”Quise convencerme de que la imaginación me jugaba una mala pasada. Por eso continué acercándome hasta distinguir con nitidez la más próxima de aquellas figuras silentes e inanimadas. Instintivamente me llevé las manos a los ojos y los froté, incrédulo, turbado... con miedo. Era yo. Ante mí estaba yo. A mi lado estaba yo. Delante y detrás estaba yo. Era yo frente a mí. Era alguien como yo pero mudo y quieto. Pero mudos y quietos en derredor. Dije algo, entrecortada la frase, incrédulo, agarrotado por el miedo. Dije algo, quizá pregunté algo que no obtuvo respuesta. Ante la nueva pausa del batidor Tena el auditorio se mantuvo quedo y callado.

—Les miraba y me miraban. Les hablaba pero ellos a mí no. Me acercaba o me alejaba pero ellos ni se acercaban ni se alejaban de mí. Estaban pero no estaban. Eran pero no eran. En otra circunstancia los hubiera considerado un producto de la imaginación. ¿Y ellos? ¿Qué pensaban ellos de mí?

”Debería haberles gritado: ¡Os he creado! ¡Soy vuestro creador! Me dolía la cabeza, me pesaban los párpados y me temblaba el cuerpo. No estaba en condiciones de enfrentarme a ese misterio. Sus ojos miraban sin ver, sus bocas permanecían mudas y cerradas, los cuerpos eran proyecciones estáticas. Aquel mundo era un decorado.

”Aturdido y temeroso di media vuelta para regresar cuanto antes aquí. Tenía que contaros esta aventura. Me puse a correr, pero no corría; igual que en los sueños que

nos condenan a ser alcanzados por un peligro inminente. Me puse a correr sin correr hacia el final de la calle. Me esforzarme para salir de aquel mundo futuro o pasado, imposible de asimilar, insonoro, circundado por la tempestad.

”Llegué a pensar que no lo conseguiría. Llegué a creer que me quedaría atrapado en aquella nada esclavizante originada por un delirio. Acosado por el miedo y la urgencia ante mí se formaba una nube densa anticipo de lo que iba a encontrarme al atravesar la divisoria. Me lancé de cabeza a la tempestad o, simplemente, tropecé, caí y me golpeé contra el suelo helado y filoso al cabo de la calle. Había escapado.

”A tientas me encasqueté la capucha y abroché el capote; me estremecía de frío y un agudo dolor en la cabeza y en las extremidades dificultaba la respiración. Ahora tenía que alejarme de la tentación y regresar. Porque, lo confieso, me tentaba volver. Conmocionado, dolorido, a medias incorporado, una poderosa llamada me incitaba a recorrer nuevamente aquel mundo supuesto, preservado de la inclemencia pero carente de identidad, falso desde su aparente aislamiento. Me tentaba volver porque aún no daba crédito a lo que había visto y sentido. Era imposible un lugar como el que estuve. Imposible. Nadie crearía un mundo sin vida, mero reflejo de su creador, al servicio de una partida similar al ajedrez. O un juego de construcción. O un rompecabezas. Me preguntaba: ¿nadie?

”La tentación es un arma tremendamente eficaz. A punto estuve de encarar la frontera, pero tropecé y caí; aunque esta vez pude amortiguar el golpe con los brazos y un montón de nieve formado por mis torpes movimientos.

El batidor Tena se llevó las manos a la cabeza, le dolía; el golpe había sido de consideración. Esbozó una leve

sonrisa, como de disculpa, mientras revistaba a los tres, frente a él, a su disposición, sumidos en la obediencia. El batidor Batalla, la batidora García y el batidor Rubio estaban pero no estaban, eran pero no eran; lo más parecido a un producto de la imaginación.

En el caótico exterior arreciaba la tempestad.

Anotaciones

Lo más simple era extraordinario. Tenerse en pie, por ejemplo, después de soportar una larga convalecencia postrado en la cama. La dimensión de los objetos no es la misma en vertical que en horizontal. También difiere la perspectiva de todo lo que convive alrededor de uno estando sentado o de pie o tumbado. La diferencia es una clave para entender la inercia vital; otra de las claves es la posibilidad de elegir entre esto, aquello o lo de más allá.

Ahora empezaba a darse cuenta de la mayoría de las cosas que le habían pasado desapercibidas, quizá por convencionales, o tal vez porque al ser intrínsecas a la condición humana no se les concede la importancia que merecen. Una enorme, inmensa, importancia.

¿Qué fue lo que dijo? Hay que recordarlo. Quiere recordarlo todo. Lo que sea posible, pues excederse en la memoria puede derivar en invención. ¿Qué dijo? ¿Cómo lo dijo? ¿Dónde estábamos? Las preguntas, a veces, condicionan las respuestas; de igual manera que el conocer el lugar de destino impone una trayectoria. Y el tiempo, aproximado, que habrá que invertir en el recorrido. Tiempo, distancia, camino. Entonces es cuando repentinamente se toma conciencia de la vida, una sensación inasible y plena en sí misma; fugaz, sorprendente, magnífica.

Una sensación producto de otras: centenares, miles. Motores del movimiento constante que caracteriza la vida a pleno rendimiento. Mecánica mística alimentada por ambiciones, necesidades, apetencias y decisiones optativas entre dos o más vías de circulación. Una acción lleva, consecuentemente, a la siguiente, sea parecida, idéntica o disímil, hasta concluir en el límite de los presupuestos, ese lugar de

destino, una bifurcación inesperada, un incitador cruce de caminos. Luego, al asimilar la información procedente de todos y cada uno de los indicadores, de las señales, de los objetos singulares, también de la percepción que obra por libre, se deduce que cualquier viaje, corto o largo, es una suma de etapas de duración indefinida.

Han llegado. Cada uno mira hacia donde se dirigen los ojos y ninguno ocupa el lugar del otro ni al moverse, poco y despacio, ni al distraer la vista alrededor.

—No me apetecía venir.

—¿Ahora lo dices? ¿Por qué lo dices ahora? ¿Por qué ahora y no hace un rato, anoche; una semana antes?

—A mí sí me apetece estar aquí.

—En una ocasión me quedé esperando tanto tiempo que no supe si iba o venía.

—En una ocasión llegué a esperar tanto que acabé confundiendo la entrada y la salida.

—En una ocasión, a lo mejor fueron dos las ocasiones, o más, pasé mucho tiempo aguardando el momento de decirme.

—Hay momentos eternos.

—Hay momentos que se eternizan, es una verdad incuestionable.

—Yo esperé demasiado y perdí la noción del tiempo y del espacio: no sabía dónde estaba.

—Ni a lo que había venido.

—A esperar.

Han llegado juntos, casi en fila. Cada uno tenía por lo menos un motivo para venir o para no venir.

—Se me ocurre...

—A mí también.

- Tengo una pregunta.
- Yo no podría cargar con una sola pregunta.
- Tengo una respuesta a la pregunta que no se ha formulado.
- Yo puedo vivir perfectamente con cien, mil respuestas.
- Una pregunta con cien o mil respuestas no merece la pena ser tenida en consideración.
- No merece la pena perder un minuto en una pregunta capaz de adoptar cien o mil respuestas.
- Un minuto pasa volando.
- Como los trenes rápidos.
- Es un suspiro. Visto y no visto.
- Como los aviones que trazan surcos en el cielo despejado. Pasan y siguen.
- Como la vida que se quiere vivir.
- No hay que perder ni un instante del tiempo que resta de vida a una pregunta, formule quien la formule, que acepta diez, cien o mil respuestas.
- Hace un rato que han llegado. Cada uno de ellos, sin mirarse, piensa en una respuesta capaz de adaptarse a cien o mil preguntas complementarias.

Acudió al rescate impulsado por un requerimiento visceral. Era urgente. Leyó: “Es urgente”. El mundo se había reducido a la mínima expresión: “Tengo que acudir al rescate”. Todos los caminos eran uno, y en todos los caminos era único el sentido de la forzada marcha. Su desazón estaba justificada; de él dependía la salvación y cuanto más empeño ponía en correr, porque debía apresurarse en su cometido, la distancia en vez de menguar, lo que resultaría lógico, físicamente comprensible, no reducía la intención del

objetivo. Algo fallaba. Se dio cuenta y detuvo la frenética carrera.

A la llamada primera siguió una segunda; al cabo de un tiempo, la tercera; tras un espacio temporal mayor, reflexivo, se sucedieron las llamadas y el trasfondo de insistencia. A la necesidad previa se solapó otra, indagatoria, señalando la voz. Esa voz. ¿A quién pertenece la voz?

Por extensión: ¿Quién llama?

El recurso a los símiles. Érase de un náufrago feliz con su aislada condición. El náufrago, desconocida la causa del naufragio, ha sido redimido del cautiverio por la privativa disposición a no sucumbir ante el hecho consumado; cuyo origen, conviene recordarlo, yace en la ignorancia. Las imágenes que percuten en la retina reflejan la infinitud de los elementos del paisaje tanto como de la situación del observador. Ante tal inconmensurable magnitud, el náufrago opta por integrarse, relatándose a sí mismo los sucesos de una cotidianidad variada en el relato, quizá, también, en las apreciaciones cromáticas y en el recuento de las olas, o de las dunas, o de los árboles, o de las grietas en el hielo, o de las calles con nombre o sin nombre, o de los humanos iguales, parecidos o diferentes, o los animales, o los vegetales, o los minerales; depende del lugar elegido para el naufragio.

—A veces parece que en un momento empieza o acaba todo lo que pertenece al mundo exterior.

—A ese mundo que apunta en la dirección contraria.

—Llevo una vida buscando el principio del movimiento de las hojas de los árboles. Cuando creo haber descubierto el primer impulso, el de ida, un viento socarrón que me conoce mejor que a mí mismo niega el éxito convirtiendo la ida en la vuelta, en otra ida, en otra vuelta.

- El viento es dado al juego.
- El viento juega con ventaja. Siempre tiene hojas a su disposición, sean caducas o sean perennes. Las hojas son la plasmación del viento.
- El aliento, dices.
- Yo no digo, respiro.
- Dijo el viento: “Yo no hago, propago”.
- Propago, dijo el fuego.
- Me pongo como ejemplo. Solía ocurrirme en el colegio. Me gustaba ir al colegio, me gustaba llevar en mi memoria las lecciones aprendidas. Mi maestro era el maestro de todo lo que debía aprender en el colegio.
- La escuela de la vida.
- Eso sucedió después. Yo era el ejemplo de lo probable. Todos somos ejemplo de lo posible. Yo fui, cuando era posible, un ejemplo de futura verosímil probabilidad. Quizá porque me propuse saber, conocer y aplicar. Tal vez mi empeño tuviera algo que ver en el nombramiento.
- Tú sabes, tú conoces, tú aplicas. Eres una persona completa. Agua y tierra.
- Modelada con agua y tierra, curada al fuego y secada al viento.
- Una persona completa, integrada y adaptada.
- Excesivo. Una persona completa ni se integra ni se adapta porque todo lo comprende.
- Todo; como el viento que impulsa las velas, las llamas, las hojas y el cabello que lo permite.
- Riza el viento las aguas libres, las aguas presas y el resto de aguas caídas del cielo por obra y gracia del concierto natural.
- Segundo movimiento: Adagio.

—Inflexiones de voz, interrogantes, dominaciones, inseguridades, temores.

—Asustadizas, penetrantes. Reproduce no sólo una manera de comunicarse, directa, afín. El cuerpo presenta un lenguaje alternativo, tantas veces incontrolado, delator; la otra cara de la moneda; nuestra cara opacada por un manto de venal resistencia. ¿Cuánto? ¿Dónde?

—Simplemente estemos localizables a la hora del recuento. Sin fatiga, predispuestos a lo inevitable. Lo que ha de llegar acaba llegando.

—Los que se han de encontrar acaban encontrándose.

—¿He dicho yo eso?

—Supongo...

—He sido yo.

—Tercer movimiento: Ha sido el viento.

—Ha sido el fuego, ha sido el agua.

—Es la Tierra que no cesa de rotar y trasladarse.

—¿Qué será de nosotros ese día?

—El día último.

—No me preocupa. El día último nadie lo certificará. Me preocupa el día anterior, el penúltimo, y el anterior al anterior, el antepenúltimo.

—Los últimos días.

—A mí no.

—Los últimos días no son receptivos. No pasan a la misma velocidad, su tránsito es desconsiderado, inconmovible, ajeno a cualquier petición, solicitud, demanda o ruego. Los últimos días quieren ser libres, completos, y mueren de prisa por querer ser libres; no acaban de ser completos aunque ellos completan todo.

—Cuarto movimiento: Cuatro mil quinientos millones de años; tal vez, a fecha de hoy, cinco mil millones de años.

—Luego, se acabó. Primero nosotros, luego ella y por último él.

—Es mucho tiempo.

—El tiempo pasa volando.

Coda.

Era un hombre peculiar. Esto mismo se puede decir de docenas de personas que conocemos y también de millones que no conocemos ni, probablemente, conozcamos jamás. Era un hombre apegado a su confianza. Ya en la lejana infancia supo, quizá intuía, que su vida iba a desarrollarse según él lo dispusiera. Soberbio reto para quien lo abordara sin retórica.

Para conseguir algo semejante sin recurrir al engaño, a la apariencia o a los gestos simbólicos que proyectan una imagen deseada aun cuando antitética del proyectante, tuvo que aferrarse a la ilusión proclamándose el centro de sí mismo. Un foco constantemente irradiando luz cálida. Tarea arduo fatigosa, una apuesta arriesgada por atreverse a jugar siempre al mismo número en la misma ruleta, seguramente feliz por la cantidad de veces que ganó y fue reconocido en el éxito. Su mundo llegó a ser ampuloso como las expresiones de un orgulloso filólogo; él cuidaba su obra y su obra velaba por él. Simbiosis adecuada al propósito. Se lo repetía observando alrededor: “Es lo que quiero, es lo que tengo”.
¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo dura la felicidad buscada? ¿Durante cuánto tiempo pervive la esencia de la felicidad? El que media entre el deseo y la posibilidad.

Un día de sol radiante, cumplidos los años y un buen número de aspiraciones lejanas y cercanas, pero todavía henchido de aquel optimismo vital que le caracterizara a la vista de cualquiera, todos y nadie, decidió asomarse al puente

que une lo que separa. Decidió asomarse, porque además de ambicioso, siempre fue valiente y curioso. Asomarse y mirar de frente.

Son dos, hombre y mujer, en la casa que comparten. Esperan a una pareja, mujer y hombre, amigos con vivencias comunes.

—Vendrán.

—Me dijeron que lo intentarían.

—Vendrán, no te quepa duda.

La seguridad sobre los actos ajenos reside habitualmente en la experiencia propia directa y compartida.

—Estamos en casa.

—Lo tenemos todo preparado.

—No estamos expuestos a la intemperie, los riesgos que podemos correr son tan asumibles como domésticos. A no ser...

—El teléfono...

—No...

—Presiento que están al caer.

—Claro, lo pidieron ellos. ¿Quién de los dos?

—Ahora que lo dices...

—Estamos preparados.

—Estamos en casa: este es nuestro territorio.

—Claro. En esta situación, a resguardo, la partida se decanta a nuestro favor. Llevaré... llevaremos la voz cantante. Por ejemplo: Dices que te has ido y te encuentro allá donde voy.

—Dices, diré, dices que es para... y te lo quedas tú.

—Sin prisa, sin prisa. Abriremos dos botellas de vino a la vez; tú una, yo otra. Tú sirves a él o a ella y yo a ella o a

él, sin que se nos note una intención preconcebida. Abrir y servir.

—Y entre abrir y servir, dos o tres metros para soltar una frase: “¡cuéntanos la buena noticia, no la reserves sólo para ti, vamos!

—Como si fuera una novedad.

—Para alguien lo es.

—Me gustan las sorpresas que no tienen que ver conmigo.

—Para alguien lo será.

—Alguien que a la mínima ocasión suelta todo lo desfavorable que piensa de los demás, a la cara, eso sí; y en ausencia de los reprobados practica esa clase de fingimiento que convence a la mayoría.

—Habilidad. Como la de aparecer o desaparecer en el momento oportuno; ¿llaman a la puerta?

—Es otra puerta.

—Vendrán.

—Cierto.

—Hoy es día de visita.

—Tienen que venir. Tengo algo que decirte.

—Yo también.

—Vendrán, seguro.

—Estarán al llegar.

—Tenemos que hablar de ti: de alguien que quisiera ser invisible para entrar y salir de todas partes cuando le viniera en gana. ¡Eso sería extraordinario!

—¡Quién pudiera!

—Se nota tanto que es tu estilo.

—Tenemos que hablar de ti: de alguien que habla con la voz y con el cuerpo; con la voz en un tono, con el cuerpo en varios tonos.

—¿Ha sonado el timbre?

—Es otro timbre.

Es día de visita. Y ambos tienen cosas que decirse. Hay una tercera botella de vino en reserva, por si la espera se prolonga.

La sensación de haber vivido algo semejante, pero en otro lugar que no guarda parecido. La imagen llena la escena, y una imagen complementaria acude rauda a identificar el momento, la situación, el estado de ánimo. Entre una imagen y la otra median varios capítulos de la propia historia, algunos forzosamente archivados y con pocas probabilidades de adquirir esa relevancia que un día tuvieron. En cambio, el resto, un tanto adornados en su ubicación deferente, surge con brío conquistador más que con estilo académico, de refrendo o corrección o analogía. Atropello jovial de los elegidos, taciturno reencuentro con los postergados.

En un espacio abierto las coincidencias escasean, a diferencia de lo que sucede en un espacio cerrado; más aún si el espacio cerrado es fácilmente identificable y conserva la huella de los asiduos visitantes. Los espacios abiertos, sin embargo, fraternizan en grado óptimo con las casualidades; con las casualidades impredecibles, con las casualidades sin causa impulsora; con esas casualidades que disciernen sin concesión alguna al figurante del protagonista.

Sea cual sea el motivo o la disposición sensorial, de repente apreciamos, percibimos, distinguimos, en el orden que se prefiera, lo que sin ocultarse ni ayer ni hoy no convocaba nuestra atención. Lo digo por experiencia. En las postrimerías de un atardecer de cielo cárdeno, de nubes desgajadas de un idílico lienzo, me di cuenta que aquel hombre sentado en el banco de madera junto a la única farola con la

pantalla de cristal entera de la plazuela era la misma persona que veía cada día, un poco antes o bastante después de la hora descrita. Al día siguiente aprecié en la escena, además de los elementos ya habituales: el hombre, la única farola con la pantalla de cristal entera, el banco de madera y la plazuela, aprecié, como digo, la luz blancuzca emitida por la única farola en funcionamiento, iluminando apenas las viviendas circundantes y la silueta de un hombre indiferente a su observación.

Aguijado por la indócil picadura de la curiosidad, las jornadas sucesivas me entretuve en averiguar la razón última de comportamiento tan inusual, personándome con discreta mirada y desde diferentes ángulos (los que permite la zona) sin decidirme, quizá imbuido de vergüenza propia y ajena por introducirme en un espacio acotado, convenido entre los elementos constantes desde el crepúsculo al alba. No fui capaz de satisfacer mi ansia curiosa con una simple pregunta, o dos, o a partir de una conversación afable de cinco minutos, de quince o más ociosos minutos.

Al despuntar la mañana, cada mañana, traspasada la iluminación de la farola al sol, el hombre cargaba su íntima encomienda y desaparecía por calle conocida hasta la reincorporación, camino a la inversa, cuando el sol traspasa el cometido iluminador a la farola de bombilla y pantalla conservadas.

Cuadro gótico

Érase un reino de dimensiones reducidas con las fronteras abiertas, de habitantes en característico sosiego, de alianzas convencionales y vecindad adecuada. Los negocios circulaban de fuera adentro y viceversa en fluido convenio, también los negociantes con su intercambiable producción. Y visitantes de aire curioso con muchos aspectos y viajeros de diferente condición e intereses. Recortaba el paisaje armonioso del pequeño reino, visto desde la foránea distancia, un número acorde de casas señoriales y otro número acompasado de casas de labor; dos ciudades complementarias, una la capital administrativa, la otra del comercio, y en cada una de ellas el urbanismo anillado con viviendas de localista uniformidad.

En una de las casas señoriales, ni la más vistosa ni la más grande o la más opulenta, edificada sobre un modesto altozano y rodeada por un perímetro de tupido bosque, vivía el epílogo de una familia de añeja estirpe menguada por el tiempo y la falta de renuevos, otrora bien avenida aunque la relación quedara circunscrita a los modos y las maneras de la cívica consanguinidad. Es decir, afectos templados y separación física. Y en el presente aún más, acentuado el panorama en una casa con bastantes más habitaciones que moradores.

Destacaba en la nómina familiar una dama de atractivo porte, solitaria y todavía inscrita en el apreciado registro de la juventud. Era a todas luces una dama de alcurnia, afecta al estilo discreto, con poca tendencia al exterior ornato y el complicado vestido, llamada Carlota. La heredera Carlota. La atrayente Carlota. La abrumada por rumores y dispares anhelos Carlota.

El tiempo es el gran sanador de los males y la recurrente excusa por aquellos beneficios soñados, esquivos. Claro que no todas las aspiraciones fenecen en la sima del malogro ni en el abultado archivo de ese tiempo acaparador de incógnitas, fiascos y proyectos.

De un día para otro las novedades en el sentimiento de Carlota eran imperceptibles salvo para su protegida alteridad: un muñeco de trapo blando; un muñeco suave al tacto, acostumbrado a la caricia, al acune y la conferencia a cualquier momento, en cualquier ambiente de la celosa privacidad. Podría decirse que el muñeco, con el nombre susurrado, ejercía de entrañable confesor, leal a extremo; incondicional compañero de lo que terciase disponer su dadora de vida y confianza. Horas muchas y enteras pasaban ambos, recogidos en aquella desdoblada intimidad que de analizarse con patrón científico o con vara de cotidianidad o con la mira estrecha que ahorma todas las inercias, resolvería en contra de los acusados procediendo de inmediato a enmendar la anomalía.

Acusados, sí; por comportamiento anómalo. Pero el uso del plural es injusto y desquiciado: contra el muñeco no se incoaba trámite de extrañeza con cargo probatorio anejo — trámite y cargo influido de estricta racionalidad humana, se entiende—; en contra de la dama Carlota, heredera de bienes y asuntos susceptibles de aventada opinión, sí aleteaba la sospecha, la habladuría y el interés creciente en la desvelada autoridad.

Es sabido que toda época cuenta con poderes que mandan, imponen y condicionan, pues por algo son poderes; y el poder sin una práctica acorde a la definición deja de ser lo que pretende y la historia consigna. Algunos de esos poderes, quizá la mayoría o todos —dicho fue que el lugar que

enmarca el relato era de dimensiones casi familiares— re- celaban de conductas como la de Carlota, puede que por miedo al contagio o por temor a enfrentarse con una novedad cercana a lo ingobernable; y porque una pretensión de calado o varias en suma confabulaban para cerrar un prolongado capítulo de desaires. Varias pretensiones tejidas con el hilo poderoso del convenio.

Carlota no estaba por la labor de humillar a solicitante aventurado que diera en creer probables donde ni siquiera asomaban posibles. Carlota suspiraba por otras solicitudes que archivaba el muñeco con el máximo celo. Señora de su destino —le gustaba la frase— paseaba su estimada soledad por los terrenos propios mirando en derredor sin ver más allá que lo habitual, lo conocido; incluso lo protector. En efecto, el anillo arbolado de reconocidos colores según la estación, de murmullos y cantos según los vientos, actuaba como el guardián presto; lo imaginaba ella como el infranqueable bastión de su espacio vital. Lugar para el encuentro de lo íntimo con lo propio. Pero su imaginación tenía el límite marcado, que era el del juego, estaba jugando, el límite de la conciencia de ser un juego de paciencia y reflexión que en algún momento ofrecería una alternativa cierta, una alternativa impulsora, a la única jugadora. Una sorpresa.

La fantasía al igual que el inflamado deseo en ascuas, los nuevos y conocidos temores, el ansia y la opresión, conducen hacia rincones de disimulo o aislamiento, hacia frondas refractarias a ciertos, remanecidos, influjos. Sobrevuela a la víctima de la desazón en tales ocasiones el augurio de lo intuido pernicioso, inminente, imponderable en juicio crítico, inevitable tal vez.

Tal vez ineludible. Como cuando un aguacero, previsible

o no, descarga en medio de un inmenso calvero, sin otro refugio que la prisa por hallarlo en el lugar que se sabe por- que día a día permanece a la espera y protector. Pero no siempre ni en el momento que acucia la necesidad, el refu- gio, que es consuelo y esperanza de mañana mejor, está, aparece o llegará.

Entonces son muchos los sonidos dispersos que confun- den, que desorientan, y algún ruido próximo que acrecienta la inquietud. Un ruido de caída, tropiezo o quiebra, un chas- quido y el posterior suspiro entre alivio y regañina. No era nada, ningún peligro; o sí era alguien, acechando, con peli- gro. Un intruso de época recordada. Como ella dibujaba una expresión pesarosa, al cruzar sus miradas, manteniendo él la súplica, convino Carlota en aceptarlo unos momentos.

Él, que contaba pocos años más que Carlota, que no gus- taba de ejercer ni soportar aquella afición misántropa, que recogía en sus facciones las huellas de incertidumbres y ob- sesiones entreveradas, actuaba como emisario de su propia noticia: partía hacia un destino cantado, muy lejos; en deci- sión irrevocable. Aunque a Carlota pedía, rogaba un gesto de conciliación que le hiciera desistir o, al menos, envol- viera de magia la partida vislumbrado un retorno al poster- gado consentimiento.

A Carlota le parecía extraña la escena, como si ella no fuera ella ni él ese intruso que entra y sale de un mundo abreviado porque conoce el paradero de la llave; una llave maestra que vence la resistencia de cualquier puerta, hasta la del enemigo, hasta la del amor. Un amor declarado en rebeldía.

Su voz desprendía un tono amargo, era una voz madurada por sombríos acontecimientos aunque todavía reconocible, todavía vibrando en la fibra sensible de la esquivia

audiencia. Dijo: He venido. Yo —expresaba meditando antes y ahora lo que iba a confesar— me despido de vos... y de mí. Jamás mataría a nadie ni aun sabiendo cómo hacerlo, ni aun contando con la aquiescencia de un mandato asumido íntegra y devotamente. No mataría a nadie ni aun pudiendo ampararme en la absoluta impunidad. Dijo y nada más dijo.

Ella escuchó y él quería escuchar pero no lo que a sus oídos asaltó con descarga, desplante y duelo.

Él, sospechando la sombra propia que entra, sale y pasa insistía con mirada que asemeja desaffío. Carlota, ella sin ser ella, le acusó de remover aguas cenagosas, materias en orgánica descomposición; su gesto, mal que bien, era de orden, señalamiento y condena: No, fuera, basta. Deseosa por salir corriendo, por huir con esa parte de ella que apretaba con la fuerza del último recurso, a un paso ciego de la desesperanza y el abandono incondicional. ¡Qué trance horrible! Injustificable. Tan humano, tan mortal.

Fueron aquellos días felices, de encuentros consentidos, anhelados, propiciados y propicios al cantado amor de los trovadores.

Días pésimos, tristes, desgraciados, para Carlota, desde Carlota en oposición al argumento que apenas aflora en territorio segregado merece la pena del cercenamiento. Días borrados, días tenebrosos con muertos, desazón de enamorados en contienda, el adiós subrayado... Curbio..., musitó su nombre, culpable eres... El culpable Curbio. El *Honorable* Curbio, reo de asesinato.

La muerte trata con crueldad la desdicha, con saña al adjudicado el delito. Los descargos, las manifestaciones y protestas de inocencia eran en vano, vanas fueron. Lágrimas, llanto, suspiros, daño y pesar.

Repetía el eco incesante: a nadie mataría ni aun sabiendo cómo hacerlo, ni aun pudiendo hacerlo con absoluta impunidad. Yo —concluyó, no fui. No fue, aducía sin añadidos de piedad o comprensión por el tiempo feliz que sobrevuela el campo batido por la enardecida pugna.

Llanto, lágrimas. Alrededor tronaba la guerra, el odio y la sangre. El pálpito de la sangre, el clamor del odio, la proclama bélica.

Aliados, murmuró la afligida Carlota. Eras aliado de los asesinos. La sangre que derramó sangre corre alborotada por las venas del contrito. ¡Qué culpa es achacable al inocente de una culpa heredada! Perversa acusación, sentencia arbitraria. Los muertos se agitan desasosegados, no yacen en paz, la cárcel de oscura y húmeda, insalvable la estructura pensada. Muertos rebullendo, vivos agobiados, el Hades incitando, una despedida de forzado olvido. La distancia es un mundo que cierra tantas oportunidades como posibilidades cierra. Aliados, adiós. Adiós, extraña alianza de seres desconocidos en un remanso que no es tregua, bordeados de excusa vegetal; un manto de acogida con el tiempo ceñido a una voluntad irrevocable.

Adiós. Viaje lejano. Adiós. Ruega por los enemigos, dama cristiana. Señor, dame fuerza.

Dame fuerza, Señor.

Luego, escapada con el delirio a cuestras del gótico cuadro y la porfiosa aparición hacia la intimidad celadora de muros, pasillos y alcoba, llamó en voz queda a su muñeco, lo prendió en un urgido abrazo y fervor cariacontecido para narrarle al acecho de la confusión lo sucedido, también lo imaginado, también lo temido y recelado, lo supuesto, lo irrefutable y ese algo que no es esto ni lo otro siendo un

poco y un mucho de nada y de todo. Susurro tras susurro, lágrima importuna perfilando la mejilla, la comisura y la firme linde que distingue la cara del cuello.

Resistida la tentación. ¿Ese era su verdadero deseo?

Preguntas al confidente, demandas de respuesta. Entre pausas de obligada reflexión, aspirando Carlota a reponerse pronto, sinceramente y bien, admitió que ella había abierto la puerta del cercado sin siquiera cobrar conciencia de haberlo hecho queriendo, voluntariamente, o por inercia. A todos los efectos el *Honorable* Curbio continuaba siendo el pretendiente aceptado; el único, a fuer de sincerarse.

Quedaba pues una decorosa salida. La sangre derramada por los crímenes jamás sería lavada ni disculpada, imposible. Lo dijo en alto, imposible, convencida de que así era y sería. Debía prolongar una fuga que empezó como caricatura y acabaría con el exigible destierro de quien no hallará consuelo ni vida nueva en un ambiente dominado por la presencia pugnaz de vivos contra muertos, de vivos contra vivos, de muertos contra los espectros de los unos y los otros.

La huida, decidió Carlota, podía ser el camino que patrocinara el simbólico alivio a una condena irremisiblemente perpetua. Ese era su ánimo en momentos de confesión, entregada la ternura que en ella anidaba a la fiel y discreta compañía del muñeco.

El *Consejero* Trasgio, dignatario de mucha influencia, hacedor discrecional de obras de variada índole, recorría a lomos de imponente cabalgadura tierras y terrenos harto conocidos y rentables sabiendo que un minuto más o menos no alteraría ni noticias ni esperanzas concebidas desde una personal y obcecada decisión abocada al fracaso. La experiencia concede una ventaja sustancial, incluso definitiva, a

quien de ella se vale porque a ella se encomienda una vez cebada. Los paisajes que se ven y se presienten, recordaba con fruición el *Consejero* Trasgio, merecen al igual que exigen una complicidad asimilable a la devoción, respirando a pleno pulmón de los aires que ora son vientos ora calmas de presagio imaginable.

Pasó una noche en la villa de Cerión, famosa por sus artesanos, y la siguiente, tras una jornada de sosegado viaje, deleite de veterano viajero, en la notable posada de Vorin, ya en el Oriente del reino. Despuntaba la mañana algo más cerca que ayer, con ese frío redentor de la pereza justificando otro minuto más o menos de excusa conciliar, cuando discreta y servilmente unos nudillos seguidos de voz acostumbrada a las maneras de la política diplomacia le anunciaron que la visita se había presentado en el tiempo y la forma previstos.

Desayunaron juntos en el acicalado aposento, más bien fue el *Consejero* quien honró las viandas del despertar y la recepción. Un desayuno con relato y conclusión anticipada: Carlota no era un misterio para él, ni un reclamo o una atracción a la que tarde o temprano acaba prestándosele toda la atención del mundo conocido. No así su hacienda y comercio. Trasgio no reparaba en canciones de juventud ni en aventuras de amor idealizado. Escuchó, puntualizó, comía y bebía, miraba sin ver y pensaba que las historias se asemejan en su inicio y en su conclusión; más si ambos extremos son forzados.

Curbio el obcecado, Carlota la obstinada. El *Consejero* Trasgio iba a ayudarle, el negocio lo requería. La mujer objeto de controversia y deseo no era de las que se ganaban con sumisión ni queja, tampoco con recíproca determinación. Cada cual ha de contar con sus medios esenciales,

aconsejaba la sabia experiencia. Carlota tendería a cumplir su reto si la circunstancia lo disipaba en burla o indiferencia; era un hecho probado. Por lo que para liberar su alma del viscoso lastre de la sangre nada mejor que la dirimente voz del poder en el tono que combina la amabilidad con la generosidad, el afecto no desechable con la prez siempre apetecible. Tacto y tiento. El envite era desde hacía tiempo a dos bandas.

Entre dudoso y consternado, el *Honorable* Curbio asintió reprimiendo aquellos comentarios que su elevado interlocutor hubiera despachado con gesto displicente, mueca en clave sorna y la reconvención por la osadía. Reflexión, certeza, objetivo, constancia y estrategia. Cinco elementos fundamentales de la fórmula del éxito; el sexto correspondía al rango, es decir, al *Consejero*.

Dos veces intentó Carlota sustraerse al realismo atenizador de las contradicciones. La épica lucha entre cuerpo y alma, la pugna inmisericorde entre sentimiento y actitud. ¿Qué hacer?, pregunta retórica; ¿cómo podía escapar de una prisión adaptada a la prometida memoria? Mecía al sumiso muñeco transmitiéndole susurros, ejercitándose en el movimiento, en la aliviadora dinámica que obliga a atender más allá de lo inmediato u obsesivo. Quería escapar de todas las opresiones encomendándose a un destino tan nuevo como lejano, allende la frontera y el mundo amortizado.

Dos veces que fueron muy similares en cuanto al escenario y el protagonismo: tenebrosidad y sangre. Con el sorprendente resultado en ambas ocasiones de cruzar el camino del implacable visitante.

Fue Carlota y su silente escudero a por una nueva tentativa. Una tercera partida a través de pasadizos excavados

bajo la tierra enmohecida, de aire viciado y secretos estremecedores que conducen hacia sendas escapatorias de la deprimida casa que ya no ofrecía el necesario refugio ni la ambicionada intimidad. Ella, el pesar y su muñeco trastabillando a cada paso.

Era una huida torpe condenada al fracaso. Una voz distante, gutural, aunque precisa le anunciaba el peligro y el presumible final. Aquella voz era un aditamento más del cuadro sombrío, y dio en creer que siguiendo su eco hallaría la salida protectora; era una voz que su temor pretendía reconocer afín y solícita en el poso del sonido. Pero el suelo resbaladizo y viscoso que pisaba, aun disimulando el peso del cuerpo, con el cuidado de la ceguera, y las filosas paredes a los flancos tanteadas con la misma precaución con que acercaría los dedos a una garra no auguraban de ser consciente el final soñado. Y una vez más, en sendos ramales elegidos azarosamente —o a causa del desespero que también obliga—, advirtió la amenaza dirigiéndose a ella con la certeza de apresarla en cuanto acabara el juego en las galerías subterráneas.

Iba hacia ella, lo veía, pero únicamente para acosarla condicionando su de por sí desvariada huida hacia el aire libre y un paisaje abierto. En efecto era un juego. Aquella figura magnífica, prendida de majestad hadada, se aproximaba a Carlota fuera donde ella procurara escondite; si miraba delante, por delante asomaba; si a los lados, por ellos acuciaba teñida con la suma de tenebrosidad que la entraña profanada protegía; si por detrás, desde atrás imponía un paso tétricamente severo, experto, en oposición al tropezado, incierto y contrito de ella. Era una e inmensa. O eran varias presencias recíprocas.

Empujada por miedos y sospechas, la desdichada Carlota

distinguió, de nuevo como por azar, una escalera de prometedo ascenso enfrente y todavía libre de la ubicua presencia. Corrió a ese lugar de salvación, se deslizó rasgando suelas y vestidos ignorando el daño infligido a su cuerpo todavía en equilibrio humano. Hasta que tres o cuatro femeninas zancadas después resbaló golpeando las rodillas y las manos contra una sustancia endurecida por el tiempo y el insalubre aislamiento; dura, en efecto, pero no indeformable. Un grito sofocado se escapó de su garganta, pura angustia; debajo de ella evolucionada pesadamente una masa amorfa, mefítica, de escalofriante fosforescencia. Despertaba entonces el lamento de una profanación o el de una demanda o el de un reencuentro largamente esperado por una de las partes. Y con el renacer de las víctimas, porque eran varias las siluetas, y el de los hechos imprescriptibles, la yacente Carlota sucumbió al envite de un atractivo sopor que la mecía entre el cielo y el infierno, todavía en los pestilentes dominios de aquella temible penumbra.

Un grito fue escuchado por los circunstantes. Parecía que despertaba, que Carlota volvía de un lugar de leyenda que de boca en boca pervive en el imaginario por los siglos.

Llegado que hobo para la visita, aguardaba el *Consejero* Trasgio la imprescindible recuperación de Carlota. Pero ella, aislada en sus dependencias y al cuidado de su doncella, iba y venía murmurando ininteligible aventura. Palabras extraídas de la ficción, incluso gestos desvaídos de mano y brazo libre; aferrado al pecho el muñeco cuyas inorgánicas facciones delataban la mímesis de un riesgo inacabado. El amor de la humanizada mascota en su conmovedor reflejo.

El *Consejero* Trasgio gozaba de una buena reserva de paciencia y un equiparable caudal de recursos. No obstante

preguntaba, y con elegancia de invitado ilustre ordenaba la satisfacción a unas preguntas que a su criterio bien cabía fueran respondidas por el afecto servicio de la dama indispueta. Mas no lo consiguió, quizá por desconocimiento, quizá por eficaz prudencia o por precavido celo de la doncella asistente de la una y el otro en situación tan comprometida.

No hubo manera. Delia, la doncella, esgrimió su ignorancia y el ruego para que el reposo de la enferma no sufriera estorbo en lo inmediato. Accedió el *Consejero* Trasgio dando muestra de magnanimidad. Él no tenía la prisa de otros, podía esperar unas horas o un día. Un día, señaló como plazo máximo: un día sin prórroga.

A buen seguro la porfía disuasoria de la doncella venía guiada por el deseo expreso de Carlota desde su ignoto paradero. Saludó reverencial y marchó rauda a encerrarse con la desvalida. Y mirándola casi con arrobamiento, mordisqueándose los labios, repasando oraciones a manos nerviosas, esperaba el despertar y ansiaba compartir el siguiente capítulo que como mujer intuía.

Volvió en sí Carlota tras un paréntesis considerable donde las horas no fueron diurnas o nocturnas. Recuperaba la conciencia con una máscara de pasmo y otra de audacia trabadas en su rostro, como entrelazados permanecieron hasta el parpadeo de la resurrección los dedos de la doncella Delia. Al punto ésta le ayudó a serenar el momento y al cabo a exponerle los acontecimientos cercanos e imperativos. El *Consejero* Trasgio dispensaba la paciencia del acostumbrado a mandar y a ser obedecido; una paciencia en efecto indulgente pero limitada a un tiempo breve y a un resultado apetecido.

Carlota se vio atrapada al filo de dos abismos, a cuál más

profundo y enigmático. Con ojos turbados distinguió en la doncella un elemento sustentador de la traviesa esperanza, por lo que a ella contó lo que imaginaba debía saber para sin más preguntas emprender la fuga hacia el destino liberador. Puede que no exista ni en esta vida de conflicto ni en este mundo de atosigadoras incógnitas un sentimiento más hurgador y pavoroso que el que invade la debilidad humana sacudida por impulsos ingobernables, en contradicción con los dictados de la prudente y avisada conciencia.

Dispusieron ambas la partida, preferiblemente con el envoltorio de la noche confundiendo a propios y extraños. Así obraron de consuno ambas y el muñeco, carentes de equipaje, con la noche enseñoreada del mundo y sus moradores vivos e inquietamente muertos acechando el traspié, la quebradiza delación del paso proscrito y el sordo golpeteo del corazón abrumado por el designio. En una noche de tormenta desatada nada más abandonar la protección. Viento colérico sacudía la intemperie, los árboles aquí y allá braceaban con desmayado compás. Descendieron la colina suave y prolongada por una senda familiar que sólo un hechizo contrario a su afán trocaría en la misteriosa oscuridad por fauces de alimaña. Pero lo que en verdad y sin magia trocaba era la voluntad de la doncella Delia, antes tan decidida, ahora temerosa y rezagada deplorando su miedo y su retraso en seguir, qué remedio, el caminar valiente de la dama Carlota.

Al pie de la colina ambas mujeres tomaron aliento. La senda avanzaba hacia una oscuridad mayor con voz ahogada. A un centenar de metros se encontraba un tosco embarcadero con una barca acosada por los años, el azote de los elementos y la corrosiva humedad; otro centenar de metros hacia delante debían alcanzar el puente que las

depositaría en la otra orilla y ya en el nuevo camino hacia la turbada despedida del pasado. Carlota controló el ritmo de su respiración; debía decidir si llegar al puente y cruzarlo o bien arriesgarse a subir a la barca y remar río abajo o arriba hasta un fondeadero en la orilla opuesta.

¿Qué temor le rondaba para no decidirse por el puente?

Cerca del embarcadero y pronto a alcanzarlo, creyó ver una figura tan oscura como la noche y embozada; una sola figura erguida, quieta, como apostada entre dos árboles o como esculpida en una roca turgente de arista cortante. Pero imaginaba que en torno al puente o en su mitad, cuando el retroceso es tan gravoso como el avance, las figuras espectrales embozadas aguardarían la insensatez de aventurarse por el supuesto paso franco, por la huida más cómoda y sencilla.

Hizo una seña a Delia, una orden presurosa, para que no volviera a rezagarse y la siguiera de cerca hasta el embarcadero. El viento soplaba de costado, sin amainar, como impeliendo a mantenerse en la senda dirección hacia el puente; sobre las aguas arreciaba su ímpetu encrespándolas con grave riesgo de zozobrar si osaban penetrar en la corriente. Delia suspiraba quedo, temblorosa, arrepintiéndose de mil y un pecados más por cometer que cometidos, imposibilitada de disuadir o alentar; quizá, de preguntarle, hubiera preferido la vía convencional para trasladarse al otro lado del río. Pero Carlota no buscaba consejo sino esperanza, y nadie más que ella y la sumisa condición del muñeco eran responsables de sus actos.

Ojeó alrededor vivamente en pos de una identidad conocida o supuesta o vigilante; nada le hizo creer que había alguien, ni sonido ni movimiento. Delia se había pegado a su espalda dispuesta a no quedar sola en tan lúgubre situación.

Posó una mano sobre la quilla desportillada, tanteó por los remos y con uno de ellos agarrado rebañó la estructura de popa a proa; aún más, golpeó al azar contra la madera provocando el crujido de la madera. Entonces ambas empujaron la barca al agua y la abordaron tomando un remo cada una.

Las aguas oscuras no invitaban a surcarlas. Con tiento comenzó Carlota a remar en la travesía del río; Delia la imitó sumando al tiento el miedo, echando reojos en derredor, al cabo descubriendo horrorizada la aproximación de una barca similar con pasaje a bordo. Carlota sólo miraba al frente, escrutando el camino de agua como si fuera de tierra, con los mismos peligros y las mismas sorpresas acuciando. Delia la llamaba amortiguando el susto, velando una voz de por sí quebrada por la angustia. Aquella barca de perseguidores les daba alcance. Insistió a Carlota hasta que reparó en la demanda de atención y volvió la vista hacia el punto que su doncella temblorosamente señalaba. También ella vio, o creyó ver, esa amenaza de figuras tenebrosas sostenidas en pie sin la menor vacilación. La corriente del río para esa embarcación era mansa, no obstante, pero mantenerse enhiestos como pegados a una superficie estable y quieta era otra cosa. Forzó la mirada queriendo distinguir quiénes podían ser, qué motivo de presa eran las dos mujeres en su azarosa aventura fluvial.

El remo suelto, también suelto el de Delia, las dos abocadas a descifrar el misterio, y la barca seguía penetrando la oscuridad y la distancia hacia una orilla imperceptible. Lo apreció Carlota cuando el corazón latía con la vehemencia del avisado; era como si la barca obedeciera a su instinto, como si la ruta a cubrir dependiera de su voluntad y no la de unos tímidos golpes de remo. Delia no reparaba en

el movimiento; es más, rezaba para despertar de la pesadilla; en mala hora se le ocurrió adentrarse en la intimidad de su ama y en mala hora decidió vincularse a su desatinado destino. Querría haberle gritado que dieran media vuelta, saltaran a tierra y regresaran a la seguridad de la casa, cada una en su aposento y abrigadas del frío, la turbadora intemperie y las visiones sobrecogedoras. Pero guardó silencio, boqueando, entrecerró los ojos y esperó que Carlota decidiera qué hacer.

Carlota quería descubrir a los embozados navegantes, presintiendo que no eran completamente extraños y que quizá la requerían. La barca misteriosa abandonaba la estela de la suya para aumentando su velocidad, eso creyó, intentar abarloarse. Instintivamente Carlota apretó el remo con ambas manos, incorporó su cuerpo nervioso y asestó al inmediato vacío un golpe algo más que de advertencia. Algo más fue. Sintió la vibración de un impacto certero contra algo inesperado e invisible; el remo suelto de las manos dibujó una pirueta en el aire y vino a caer a sus pies con estrépito. Sofocó un grito, pero Delia se desataba chillando como si ella fuera la herida, llevándose las manos a la cara descubierta como si la tiñera la sangre.

La barca umbrosa se perdió en aguas inescrutables ganando una distancia imposible de igualar. Había pasado el horror de un encuentro fantasmagórico. Remitía el aturdimiento en ambas y era ajeno el origen de la sangre vertida. Aparecía recortada delante la línea de la orilla opuesta; habían llegado al otro lado porque así lo dispuso su barca.

Súbitamente Carlota evocó aquella figura mística en la cercanía del embarcadero; entonces deseaba apartarse de todo contacto que no fuera el de la doncella y el del bien cubierto muñeco; ahora hubiera deseado preguntarle algo

que cobraba forma en su cabeza. De nuevo fue Delia quien la llamó a la realidad: la barca se alejaba río adentro, impulsada por sí misma o por el hechizo que la pugnaba recordando en qué consistía su misión, desapareciendo ante la incredulidad de sus dos anteriores pasajeras.

Buscaron la protección de los matorrales altos y cedieron a ocultarse hasta recobrar la conciencia de su precaria situación. Se preguntaba Delia qué habían conseguido al cruzar el río, además de cruzar la frontera, y cerró los ojos. Carlota se preguntaba quién había sido la víctima de su miedo, quién era aquél vigía impertérito, por qué había olvidado todo lo que hasta hacía poco conocía suficientemente. También cerró los ojos pero el forzarse a no ver no impedía que imaginara la descomposición de un mundo que había sido el suyo, por el que entre tinieblas y desde un silencio opresor, deambulaban incommovibles los espíritus de los muertos y la proyección de los vivos con propósito negociador.

Clareaba por Levante cuando una sacudida interior despertó a Carlota. Presa de tensión y con el cuerpo entumecido buscó atemorizada la causa del sobresalto. En balde. Nadie cerca de ellas. A la mínima luz del alba observó manchas que bien pudieran ser de sangre en la piel y en el vestido de su doncella e inspeccionando sobre los propios también las descubrió. Delia reaccionaba sin convicción, como afectada de un delirio, dejándose zarandear, murmurando una súplica que apiadara a Carlota para que regresaran a la casa mientras se incorporaba y comenzaba a caminar donde la llevara su guía.

Ascendieron por el movedizo talud hasta superar el desnivel; luego avanzaron dando la espalda al amanecer por un terreno ondulado y hundible que confundía el horizonte. Más de una hora después, caminando a marcha forzada,

llegaron a una posta fuera de uso donde moraba un matrimonio de ancianos que en el pasado habían sido eficientes y queridos empleados de la familia de Carlota. Apremió a la atribulada doncella que retrasaba con desconfianza el cruzar la rústica cancela de troncos.

A recibir a las dos errabundas de astrosa apariencia salió el matrimonio con expresión no tanto de asombro como de urgencia. Pudo ser ayer o podía ser mañana la fecha del encuentro. Las introdujeron en la casa sin mediar palabra. El hombre volvió al exterior a otear el camino y, una vez comprobado la ausencia de humana representación, a asegurar los postigos de las ventanas como si previera la llegada de un fenómeno arrasador, acopió una gruesa brazada de leña y atrancó la puerta. Enseguida la mujer las desvistió y procedió a lavarlas y a continuación frotarlas con lienzos blancos fragantes de espliego. Finalizada la esmerada reavivación dispuso la mesa con una nutritiva sopa humeante, pan y vino honrados por ambas, sintiéndose hambrientas y al fin amparadas. Aunque cada una pendiente de su respectiva obligación.

Recobrado el color en las mejillas y tranquilizado el pulso, hablaron las dos viajeras en un aparte de alcoba. Carlota agradecía a su doncella la fidelidad y el riesgo compartido, pero no iba a llevarla consigo en adelante. Delia protestaba, no le apetecía esperar en aquel lugar extranjero y con aquella gente desconocida, casi tan misteriosa como las figuras que las merodearon en la madrugada.

No hubo caso. Carlota se mostró inflexible. Era un momento privado de su sola competencia. Pero accedió a depositar en la custodia de la doncella su preciado muñeco. Convino entonces Delia, asegurada por la prenda que no quedaría abandonada a un destino incierto, pendiente de la

voluntad de captores o anfitriones.

Solicitó Carlota del matrimonio un trato deferente, igual al que a ella dispensaban, para Delia. Y que el hombre la acompañara cuanto antes donde ya sabían los tres. Estimó respetuoso el anciano que por seguridad convendría esperar al inicio de la noche; y entre tanto aminoraba la luz del día, de un día cubierto por densas nubes de tormenta, durmiera Carlota aligerando pesares y temores.

La sensatez de la propuesta desbarató en ella la prisa por afrontar lo que era ineludible.

Con la caída de la noche emprendieron el camino, cual dos sombras asimiladas a la próxima tormenta. A poco de llegar al punto donde habrían de separarse, el hombre y su adusto gesto mostraron a Carlota la entrada en perturbador descenso al pasaje que en breve descubrió estrecho y tortuoso. ¡Qué podía esperarse!

Tanteando continuó un tiempo impreciso, húmedo, glutinoso, hasta que delante de ella brilló lo que para una visión opacada era una luz y un consuelo. Alcanzaba una cueva abierta bajo tierra, que daba por olor y oído a raudas aguas subterráneas. La voz de aquellas aguas, desde su lecho hundido, era cambiante y ominoso el panorama como diseñado por la muerte.

Aceptaba, porque era hechicera exigencia, que su cuerpo aterido asomara a la corriente y allí permaneciera como una estatua ante el precipicio entregada a padecer el helador influjo de los acontecimientos.

Sobre el techo rocoso y las toneladas de piedra, tierra y vegetación encubridora, restallaba la tormenta; precisamente encima. El sonido llegaba conminativo, rugidor, centuplicado en el instante de rodear su doloroso estatismo.

Con los ojos prietamente cerrados. Creyó que no podría soportarlo; era una prueba excesiva. Temió flaquear en el instante supremo, perder el equilibrio, desvanecerse y dar con su amoratado cuerpo en la sepultura del fracaso y la condenación. Atronaba el insidioso huracán, descarnados miembros danzaban truculentos tras los párpados heridos. Un cruel ritual, una iniciación sofocante y el inquisidor hormigueo de la febril debilidad.

Entonces, en medio del fragor y el esfuerzo ímprobo por prolongar el ímprobo esfuerzo, saltó del agua o la piedra o la nada el remo que apretara una noche antes, cayendo a su lado, también en equilibrio frágil y demanda de socorro. Carlota no lo había visto llegar, pero lo presintió y en el acto abrió los ojos y estiró los brazos para tomarlo como una dádiva; aun sin ser inmediatamente consciente de su trascendencia en tan alucinado momento.

Con los ojos abiertos, con todos sus sentidos aguzados y el remo fuertemente asido, vio descender por la corriente impetuosa el bote fantasma con sus silueteados ocupantes. Pese a la velocidad del agua no era equivalente la del bote, ¿qué le recordaba?, ¿qué otra imagen renovaba?; le pareció a Carlota que reproducía la navegación precedente, también envuelta en misterio, sobrecogedora, indefinido su desenlace. La sangre salpicada, la sangre derramada sobre la gimierte superficie del río era presente y notoria.

Una mancha de sangre, únicamente podía ser sangre, anticipaba el lento navegar del bote hacia la lívida escultura ahora presta a blandir la improvisada defensa; una mancha densa, cuajada, sinuosa en su cansino movimiento, arrebolando la quilla, ignorada por las no menos inmóviles siluetas.

Arriba, allá donde el cielo agitado por el estertor de la

tormenta asustaba a casi todas las criaturas vivientes, se desarrollaba un episodio predecible, también a oscuras, en el que un hombre con mucha experiencia en ristre, sobriamente avizor, aguardaba sin hacerse notar el final de una batalla donde se citaban el destino con la tentación. Este hombre anciano pero resuelto había divisado a otro, velado, presuroso, que buscaba acceder a la entraña por camino diferente, seguro de conocer su identidad y su intención. Iba a librarse la batalla. Era el *Honorable* Curbio, desfigurado por un percance.

Carlota blandía el remo fijada su atención en la mística travesía, los pies al borde del precipicio, el cuerpo algo más dominado y el ansia avivada por un crepitante rescoldo. Se acercaba el bote y se acercaba otra sombra, alargada y difusa, prematura en el cálculo de un reconocimiento apaciguador.

Brotaba ahora sangre vieja y nueva de la pared de roca. Un estremecimiento sacudió la excitada espera de la doncella Delia en el hogar de los ancianos servidores; se llevó una mano a la boca para sofocar el grito que absorbían esas otras paredes de acogida y a la mujer rezando y vigilante del fuego y el humo en la chimenea; los ojos prendidos a la distante advertencia, acunado hacia sí el impávido muñeco.

La anciana también vigilaba el camino de ida y vuelta, sin mudar el rostro fuera cual fuese la novedad observada. Aquel era el único camino tanto para ir como para volver. Si un viajero, notable o vagabundo, lo transitaba, a pie o sobre su cabalgadura, ignorante de cuanto a su alrededor sucediera es que atinaba en el camino. Pero tal acontecimiento no había tenido lugar en años. Sin embargo, con pocas horas de diferencia, el camino era hollado por dos veces en la misma dirección.

Delia pretendía ampliar la vigilancia desde otra rendija, pero bastó una señal de la anciana para que permaneciera donde estaba, callada. Y en silencio volvió a rezar.

Los labios de Carlota iniciaron un suave despegue. Se distendían sus facciones, respiraba mejor, sus músculos, aunque tensados, aligeraban la presión; y sus ojos, forzada-mente abiertos, redimían el escozor aportando mayor agudeza.

El río gemía. El bote surcaba unas aguas distintas, lejanas, testigos de una contienda no consignada en documentos. Lo que había pasado en tiempo precedente en aquel mismo escenario aún estaba por resolver. El gutural y prolongado lamento del río recreaba para la espectadora un episodio macabro: su padre y hermanos víctimas de una celada, traicionados por quienes suscribían alianza de negocios y futuro parentesco; una deuda insatisfecha recogía un pago impropio, mortal. “Jamás mataría a nadie ni aun sabiendo cómo hacerlo, ni aun contando con la aquiescencia de un mandato asumido íntegra y devotamente”. Una deuda de imposible satisfacción fue la causa. “No mataría a nadie ni aun pudiendo ampararme en la absoluta impunidad”.

Por amor se mata, se miente, se olvida, se ignora, se traiciona y se muere.

“He venido”.

El amor es una tentación.

Saltó del agua o la piedra o la nada el *Honorable* Curbio, desfigurado por un percance. Los labios de Carlota ofrecieron una sonrisa afable a quien fuera a todos los efectos su prometido. Fueron aquellos días felices, de encuentros consentidos, anhelados, propiciados y propicios al cantado amor de los trovadores. Fueron después, al hilo de los

rumores, días pésimos, tristes, desgraciados para la superviviente y heredera. Días borrados, días tenebrosos con esencia de muerte y preguntas omitidas o sin respuesta, desazón de enamorados en contienda, el adiós inapelable... Curbio..., volvió a musitar su nombre, ya sin rencor, esbozada la sonrisa, ya sin tentación, culpable eres... El culpable Curbio, reo de asesinato por complicidad, encubrimiento, engaño y traición.

El *Honorable* Curbio, víctima a su vez de muchas circunstancias, suplicando fuera creída su inocencia sin tiempo para expresarla con palabras, reflejaba estupor desde su desfigurado rostro. La sangre manaba abundante, confundiéndole los cinco sentidos. Un momento antes se creía comprendido y redimido; al momento siguiente las enervorizadas aguas del río engullían un cuerpo vencido cuya alma yacía junto a un remo mellado por un impacto violento.

Camino del devorador lecho del río continuaba prestando declaración de inocencia: “No mataría a nadie ni aun pudiendo ampararme en la absoluta impunidad”. Implorando, camino de la mortaja, invocaba la piedad a unos restos corroídos enyugados con lastre: “Jamás mataría a nadie ni aun sabiendo cómo hacerlo, ni aun contando con la aquiescencia de un mandato asumido íntegra y devotamente. No fue obra mía ni por mi causa. No tuve nada que ver”.

Saltó el remo al agua, y el espíritu yacido detrás cual arrastrado por un vindicativo lastre. Adiós.

La mancha de sangre quedó diluida por las aguas profundas al paso solemne del bote frente a Carlota. La perfilada tripulación, presta y erguida, formaba ante ella brindándole lo que su conciencia tradujo como una sonrisa de gratitud. Ya

estaba hecho. A su vez correspondió al agradecimiento, identificándolos, y con los ojos siguió la travesía mística hasta que la roca y el agua formaron un único paisaje. Podían descansar en paz. Adiós.

Jadeaba al retornar a la superficie, al aire intenso, frío y renovado, de la madrugada. La tormenta remitía y hacia el Oeste el cielo atenuaba u opacidad. Dudaba Carlota en poder valerse por sí misma en el camino de vuelta; pesaba mucho el recuerdo de la aventura y la ingente fatiga arrastrada durante meses de opresora ignorancia y acuciadores presentimientos. Tal era su agotamiento, rayano en la extenuación, que de no sujetarse al brazo ofrecido por el anciano, allí esperándola con la gravedad del momento reflejada en cada uno de sus parcos movimientos, quizá habría perdido el equilibrio, quizá resbalado y caído a una sima imposible perdiéndose definitivamente para la nómina de los vivos y la de los intrépidos buscadores de incógnitas. Era ese terreno proclive al accidente; y ya se sabe que en noche oscura y en paraje escabroso es fácil sufrir un accidente, sin averiguar el origen, sin que una explicación fehaciente diera cuenta de las circunstancias del suceso.

Cerca del rescate, también presa del hálito umbroso, un imponente corcel semejante al montado por el *Consejero* Trasgio, muy semejante, diríase que parecidos como gotas de agua, con la rienda a una rama anudada, iba a servir de transporte a Carlota; ya por fin reconciliada consigo misma.

Volvían atrás, al refugio, al encuentro de la vida recobrada. A la grupa del portentoso alazán, de largas y elegantes crines, noble en su cometido, Carlota intentaba recordar cuáles eran sus débitos inmediatos una vez aposentada en su hogar; intentaba recordar en sus justas palabras una

petición de entrevista por parte del *Consejero* que le transmitió su doncella y una petición de crédito y confianza a cargo del *Honorable* Curbio, expuesta contrita y precipitadamente en el sitial del anillo arbolado.

Intentaba pensar cuál sería su respuesta cuando tuviera que darla.

Pensaba cómo premiar a Delia por su compañía y discreción y al anciano matrimonio por su fidelidad y arrojo.

Hacia el Este clareaba el cielo de la fenecida tormenta. El nuevo día.

Un día venturoso, limpio y fresco que iniciaba el calendario.

Pediría consejo al muñeco, su consejero áulico, el protegido confidente, convino dejándose convencer por el balanceo. Luego y siempre en privado decidiría su futuro.

¿Tienes imaginación?

Es lo que imaginas.

Supé que ella iba a participar de la fiesta. Igual que yo. Quizá con un propósito diferente al mío. Cómo hacerme entonces, mientras esperaba una dirección favorable de los acontecimientos inmediatos, una idea cabal de lo que nos depararía esa noche, la primera noche de mundo compartido.

Tu gesto es elocuente. De acuerdo: admito que había dispuesto una parte del escenario a mi conveniencia; pero sólo una parte. Me gusta el riesgo, me complacía aquel reto y su agregada provocación: “Vamos, hombre; es lo que deseas”. Notaba la energía fluir libre y copiosa por los cinco sentidos.

Sí, yo era uno de los invitados porque el anfitrión me conocía lo suficiente para confiar en mí. Eso me dijo un par de semanas antes. “He depositado mi confianza en ti”. Me hacía un hueco en su potestad, era una satisfacción que llevarme al ego. Poco llevaba yo dejándome ver, haciéndome notar, participando de actividades programadas, compartiendo espacio, confidencias y proyectos a corto y medio plazo con el Grupo Dirigente. Sin embargo, te remito a las pruebas, me hice acreedor a ser considerado persona de valía y confianza. Puedes suponer que precisamente no me incomodaba la distinción ni iba a pedir explicaciones ante tal halago, generalmente codiciado. Yo, no lo pongas en duda, continuaba siendo un espíritu libre con arraigo concertado, afecto al voluntario aislamiento, buscador obsesivo de la bendita soledad que inspira e impulsa a la par.

Era de agradecer y, además, útil la deferencia en el trato; la elección por parte de unos electores de privilegio. Tú

también hubieras aceptado ir a la fiesta aunque no tuvieras la completa seguridad de cruzarte con ella intencionadamente o por casualidad; o por una casualidad intencionada que ha ido gestándose desde el siguiente momento a la primera impresión visual.

En seguida me sentí atraído por ella, de otoño a primavera el recorrido; nunca lo he negado; al contrario y mil veces. Disfrutando cada instante que invocaba el recuerdo, conservándolo, mimándolo, preservándolo del inexorable paso del tiempo y las circunstancias. ¡Qué primera imagen! Me quedé en los labios; quedé prendido en sus labios.

Vivía yo una juventud madura, una etapa de exhaustiva interpretación de las palabras, las expresiones y lo imaginado; presidía mi actitud un inquieto afán de aprender; aunque tal vehemente disposición al conocimiento no era óbice para asimilar y discernir reflexivamente. Sin pretender alcanzar la perfección ni ser reconocido dentro de sus estrictos límites.

Me dije que antes de llegar al futuro debía aprender a sonreír al estilo político y moderar la intensidad de mi mirada; la mirada de un miope ejercitante. Cosas que pasan por la cabeza cuando ante ti se abren amablemente las puertas de acceso a las incógnitas. Al cabo, alejado del espejo, vueltas las facciones a su posición estable, la vida a su cotidianidad y las aspiraciones a su libérrimo origen, me dispuse a recuperar todas y cada una de las frases —es un decir literario— que había compuesto para ella antes de materializarse.

Ardua tarea. Inútil esfuerzo romántico. Ninguna de las frases permitía ser atrapada, ni interpretada o recitada, en otra dimensión que la de su origen. Debía haberlo imaginado. Las frases no estaban compuestas con palabras al uso,

no se vinculaban a un texto concreto, tampoco pertenecían en exclusiva a un apunte sentimental ni intrínsecamente formaban un todo con el vibrante dibujo que ella me transmitía. Sí, a mí; al enamorado que con denuedo busca la ocasión.

“Ha llegado la ocasión”

Sucedió mientras se celebraba la fiesta de la luz de primavera. Destellaban faroles de fuego decorativo alrededor, reflejado su comedido danzar en las miradas, las bruñidas superficies cerámicas, las rugosas cortezas de los árboles añosos y el regalo del agua en movimiento. El espejo del agua. Paseaba gratamente solo, discretamente al margen de los prolegómenos y las consecuentes tomas de posición; era mi espíritu libre el que vagaba dentro del perímetro decorado con estilo e intención.

Como espectador solitario, obediente a la disposición dilatoria de mi ánimo, en usual pesquisa hacia los varios mundos fluctuando del jardín al habilitado pabellón, del hermoso murmullo del agua a la amable brisa, mi anhelo momentáneo fue el de captarlo todo en calidad de ese observador sutil que sin despertar recelo pretende describir con o sin palabras escritas el cuadro que contempla y la mano que firma la obra.

Era yo conmigo mismo, de nuevo. Cobraba conciencia de ser lo que era: un solitario en medio de la vida, un espectador de localidad intercambiable, un viajero entregado a la curiosidad de cuantos mares, cuantos cielos, cuantas tierras y cuantas gentes alternaban en su inagotable camino; un errabundo acogido a la paradoja y a la curiosidad ajena, momentáneamente censado en un lugar común al que aportar y del que extraer. Era yo conmigo mismo de nuevo ensayando la secreta nostalgia del sempiterno forastero.

Pero entonces me faltaba algo. Pudiera ser nostalgia de una actitud desconocida, semejante a la que percibía; o, tal vez, la innata atracción por lo desconocido y al alcance. Mi espalda recostada en un veterano de la paciencia y la reco-pilación, árbol de ramas podadas y copa alta, hogar clareado de vuelos breves, secreteando con mi incisivo alter ego la oportunidad encontradiza. La había visto, la tenía localiza-da; demostraba ser tan puntual como yo mientras conser-vaba a distancia de aguzada percepción su esencia.

Me lo dijo mi alter ego: “Nadie sabe quién es”

A lo que repliqué: “Todavía no sabe quién soy”

La réplica: “Lo intuye”

Cualquier apoyo es bienvenido llegado el caso; y este era sustancial. Ella y yo habíamos intercambiado frases, casi ri-tuales, y no pocas miradas, con mayor propósito, en el trans-curso de los meses lectivos. Éramos capaces de reconocer-nos por la voz, por qué no afirmarlo, y por el instinto de los llamados a encontrarse, por qué no creerlo.

Tras un sinuoso peregrinar del punto de partida al de des-tino, di con ella de perfil y ella conmigo en elegante escolzo que no pude por menos que admirar. Pondría la mano al fuego asegurando que me esperaba a la presumible manera característica del observador itinerante. Ella vio cómo me acercaba cumplimentando el tránsito hacia la veneración.

“Ha sido un viaje largo”, le dije en voz privada.

Quedé prendido a sus labios, reincidente contumaz; al sa-ludo de sus labios, a la elipse sonrosada, al finísimo trazo de una sonrisa sincera. Sincera, me convencí; era una son-ri-sa sincera y adjudicada a mi largo viaje.

“¿Vienes de muy lejos?”

“De aquel majestuoso árbol”

Dio su consentimiento a una petición no formulada.

Señaló con su mano derecha y a la vista de toda mirada que quisiera ver, un espacio indefinido en el camino de ida.

“Has cruzado el puente”

Me adentré donde quiso conducirme puesta mi audacia en alas de la ventura. Yo también era entonces un poeta absorbiendo su poema. Digo que yo era un poeta porque ella me dijo, superado el preámbulo, que deseaba ser poesía. Como muchas veces he deseado ser aire, mejor viento, como he aspirado a ser tiempo que va y viene a voluntad inmiscuyéndome en decisiones, oportunidades y renunciadas, no atisé asomo de odiosa vanidad en su petición.

“Me gustaría ser poesía”

Era joven ella, su porte y su voz, éramos rigurosamente jóvenes ambos la noche que refiero noche y las venideras, y sin apremiantes obligaciones. Incluso, de forzar el atrevimiento, de abalanzarnos al unísono hacia ese mañana indefinido que sucede a cualquier noche ensalzada como ilimitada, esa noche de vistosos resplandores que cuento con placer imborrable y nostalgia imposible, podíamos haberlo conseguido los dos. Ser poesía. Y de nuestra concebida poesía vivir una temporada, viajeros impenitentes que de lejos vienen y muy, muy, lejos van.

Alguien, quizá un duende adecuado a la magia de los elementos conciliados, me entregó una decorativa antorcha de llama tímida, prueba de tino a mi pulso y de femenina confianza en su novel pareja de baile. Ella y yo bailamos al amor de la lumbre portátil, midiendo la distancia entre el fuego domesticado y su cabello lacio, tentador a la llama, a mi mano ocupada, al sensual arabesco de luces y sombras. Un momento feliz.

Languideció la llama, trémula y expiró. Cedía un tanto el dulce estupor, despacio, era preciso; y ese hormiguelo

previsible, peaje gustoso, en el brazo de postura forzada. Continuaba el baile, otro baile, y la animación, la alegría de la fiesta y las distintas relaciones, pero ella ya salía del círculo virtuoso. Todavía notaba su cuerpo en el mío, todavía con esmero la protegía de ardor y resplandores mientras ella se dirigía a un lugar apartado del bullicio, los comentarios y los barridos visuales.

Yo a su lado, con la iniciativa aparejada, nostálgico de los momentos anteriores. Intensa nostalgia. Feliz nostalgia.

Me sentía libre y a ella la sentía libre. Escuchaba una voz que me decía: “Eres libre y puedes ir a donde quieras. Puedes volver o quedarte en el camino, o apoyada la espalda en un recio tronco que ha visto pasar vidas y cruzar caminos; haz lo que tu gusto mande.”

Te confieso que hubiera querido caminar a su lado horas y horas describiendo días y noches, crepúsculos y amaneceres; cruzando cuantos ríos salieran a nuestro encuentro. A su lado, también un paso por delante y un paso detrás de los suyos.

Volviendo su mirada y aquellos labios a los que no quería sustraerme me preguntó:

“¿Tienes imaginación?”

Tengo imaginación. Mi imaginación está viva y es libre.

Afirmé con voz sincera. Propuso que atravesáramos el puente.

“Vamos”

Mientras sus ojos contemplaban todo yo iba comparando con las imágenes que había forjado apenas unas horas antes, recopiladas de una composición íntima que tal vez quisiera regalarle en otro escenario. Y ninguna comparación era suficiente para representar la obra de arte que me embelesaba en todas sus facetas.

Cruzábamos el puente y yo buscaba la palabra apropiada —ojalá pudiera ser la palabra perfecta— que da pie al verso idóneo. Toda la noche una parte de mí se esforzó, sin traslucirlo al resto, en encontrar la palabra llave que abre el sentir poético. Toda esa noche y más allá, cruzado el puente de resplandores cálidos, sobre aguas remansadas, vestido por la brisa, cerca de las fuentes del gran río que a la mar tributa entre murmullos de corriente enamorada.

Escuchaba su respiración, me deleitaba con el aleteo de su pulso que la luz de día alumbra con certera sugestión. Comparaba, sí, ocultando en la innata curiosidad la propuesta práctica, aquellas imágenes que forjara mi anhelo e indefectiblemente —¿castigo, premio, hado?— se me hacía patente el remanecer de mi impulso como viajero, pretendiendo su compañía aquí, ahora y después; y descubría que los sueños de los ansiosos —poetas ávidos de poesía— alientan una belleza y una armonía extrañas a la realidad.

Cruzamos el puente y dimos con una playa bañada de luz de luna, amplia, solitaria como la Luna en su esplendor, la fecha mágica del solsticio de verano; la ardorosa noche de San Juan. La noche breve, el rutilante amanecer. La danza de la vida interpretada para un dúo ajeno a otro encantamiento que el preferido. Ella y yo; yo con ella, toda ella; todo yo.

Qué prisa tienen las horas cuando no hace falta que corran. Cuán deprisa se suceden las unas a la otras decorando el cielo, la tierra y la piel.

“Mira”

Vi el barco zarpar; atrás el puerto. Nosotros en medio, sobre el puente, de la mano. Un aire enigmático sobrevolaba queriendo envolvernos. Cosas de la imaginación, decidí.

“Embarquemos”. Lo dijo... lo pidió.

Estaba viviendo mi sueño, y en mi sueño la tierra era mar, el mar aire y el aire fuego; en mi sueño el fuego era vivificador. Yo reivindicaba mi sueño. Ella quedó pensativa e individualizada siguiendo la estela de un cometa tardo. De la cintura cogidos. Meditando en el porvenir, ella. Yo reivindicando el momento.

Surcando la vida, yo.

Dijo: “Quiero ser música”

El puerto quedaba atrás, el barco delante, en medio yo y un viento silbador de melodía confusa; ella a mi lado, enfrente y detrás; una orquesta de afinación sublime interpretaba la marcha de los enamorados con solista etérea. Me impulsaba, quisiera yo o no —sí quería, sí me dejaba— su vibrante compás, su dirección seductora, llevando mi alma oyente a la revolución que el viento promueve en el espejo del agua. Volvía a mirar desde el puente, pero sólo mirar, pues lo que sentía era aquella música —dijo: “Quiero ser música— perfecta que concierta al mundo con la vida, a la luz diurna con la luz nocturna; y me acordaba con placer, con un lejano atisbo de contrariedad, con un susurro débil de pesadumbre en mi conciencia, de lo que amaba, de lo que deseaba y tenía, entonces, al alcance.

La fuente de la vida brotaba allí mismo, en torno a nuestro caminar enamorado que ofrece a cada instante una nueva visión de lo que ya es. Ya era el futuro y yo retornaba a la noche de la fiesta y los resplandores que orlaban su imagen. Ya era uno de los días después y yo degustaba, como viviéndolo en un presente continuo, el momento de tomar su mano, de ceñir su cintura, de sobrepasar con pausado mirar sus facciones al completo, su fisonomía elegante. Recordaba su pregunta: “¿Tienes imaginación?”. Pero no

acertaba a reproducir en mi fuero interno la entonación. ¿Fue en verdad una pregunta o afirmaba? ¿Estoy preguntándome o afirmo?

“Tienes imaginación”

Mi imaginación está viva y es libre.

Cruzamos el puente y me mostró una delicia vegetal, cuidada y fragante, el jardín de una quinta de recreo para la apacible meditación con un apartado en suave pendiente. Una rústica escalera de menudos rollizos y tierra compactada ascendía hasta coronar la eminencia. Allí, cercada por un abrazo de cipreses estrictamente celosos de la intimidad de su calvero, la vida era nuestra y el tiempo una suposición que afecta a los mortales. La geometría de un hemicíclo de madera convocó la postura sedente y la contemplativa del fuero interno y la cara protegida del reservado.

Era un atardecer pálido, privativo, de calor mesurado. Hablamos, recordamos, sentimos. Sobre nuestras cabezas, apenas distinguido, las nubes livianas trocaban por densos nubarrones. ¿Miramos al cielo? El cielo estaba encima de nosotros, y también flanqueándonos; el cielo en lo alto era de un gris fuerte, de advertencia para músicos y poetas, para navegantes y enamorados sin cobijo. Llegó el viento precursor tañendo una melodía magnífica; siguió el coro de elementos desatados; continuó el manto de lluvia fresca silueteando con trazo delicado el envés del hemicíclo, la tierra compacta del ambicionado Olimpo. Todo en un acto prodigioso de imposible relato aun queriendo detallar hasta el dibujo de su sonrisa, el tacto de su piel, la serena prestancia de quien conoce el arcano de la felicidad.

La expresión humana de la felicidad.

Hablamos, recordamos, sentimos mientras el mundo y en exclusiva nos obsequiaba con una interpretación augusta.

Fue nuestro momento álgido. Nuestro momento. Nuestro.
Hasta que la vida nos devolvió quedamente a la vida.

“Quiero ser...”

“¿Tienes imaginación?”

Cruzamos el puente.

Ella y yo.

“Quiero...”

Otra noche, una vez más, se celebraba una fiesta de resplandores coloristas y sugerentes espejos en algún lugar conocido o reconocible. Con árboles de aspecto solemne en los que apoyar la espalda dejándose llevar por la maravillosa nostalgia donde ella quisiera. Ella. Sonaba la música, sonaba la voz que cuenta y a versos de suspirada privacidad la que recita. Embeleso. Una música muy bella, unos versos muy hermosos.

Invitado distinguido a la fiesta sonreía yo mirando sin ver el reflejo de mil luces confundiendo, adrede, el reflejo de la única realidad.

¿Única?

No. Tengo imaginación.

Dieciséis años y medio después llegaste tú. Un regalo.

La frase

Don Ángel y su contento transitaban camino de la conferencia en la Academia de las Buenas Letras ese atardecer benéfico de una primavera cosquillosa.

Recordaba, musitando, los primeros cuatro versos de la escena primera de la jornada primera —*Los dos miedos*— del poema en tres jornadas *Las tres rosas*, de Ramón de Campoamor, que Ella... Ella, había recitado poco antes en estricta confidencialidad, en íntima connivencia de discreción, y al que él daba a buen paso el sentido que le apetecía.

Primer miedo:

*Al comenzar la noche de aquel día
Ella, lejos de mí,
—¿por qué te acercas tanto? —me decía;
—¡tengo miedo de ti!*

Además, por mor de la satisfacción, reproducía en audición privada fragmentos del romántico Franz Schubert que días atrás escuchara en la Sala de Conciertos con parecida compañía a la que aguardaba su llegada momentos después.

Puntual se presentó a la cita con la conferencia dedicada a la obra divulgadora del prócer erudito Felipe Picatoste. En el vestíbulo de la Academia de las Buenas Letras departían y fumaban don Domingo y don Rafael, a quienes saludó afectuosamente como cada vez que se encontraban donde fuera mediando o no aviso. Al cabo se unieron al trío don Miguel y don Francisco, ambos rememorando los tiempos en que la palabra era ley y la ley registro fedatario de la palabra dada; redundancias amables. Más saludos y más afecto. No lejos sino cerca pero en otro territorio, quizá de

mejor aspecto y de mayor comedimiento en el alza de la voz, doña Amparo y doña Nieves con doña Irene y doña Eugenia, de a dos, curiosas y distraídas con otros paisajes de los varios y atractivos de muestra en el recinto.

El intercambio de noticias próximas y los siguientes comentarios a ellas aparejados decidieron el tiempo de espera hasta dar inicio efectivo la esperada conferencia sobre la frase, en significado peculiar que desborda los límites de la gramática.

“Lo que el vulgo llama dicho, agudeza, ocurrencia, chiste o retruécano; lo que los antiguos llamaban jugar del vocablo; lo que los literatos llaman pensamiento, los poetas inspiración, los moralistas sentencia y los artistas genio.

”Claro es que dentro de esta altísima acepción hay muchas gradaciones de la frase por su origen, por su forma y por su objeto; como que abraza desde los más picarescos chistes de Quevedo hasta el idealismo de Santa Teresa; desde las aberraciones a las delicadezas; desde el epigrama hasta el poema épico; y desde el insulto más grosero hasta la cortesía más perfecta”.

Don Ángel hablaba con Ella hacía un rato, en un marco preferido, noble y profundamente según cree, atentos los dos a las palabras cruzadas por turno elegante y riguroso, expresando cada cual lo que deseaba fuera escuchado. Lo recordaba como un hecho notable pese a lo habitual, como pintura de una situación, como reflejo de algo propio y a la vez compartido.

“En este sentido es el resumen o condensación en breves palabras de un gran pensamiento o de una profunda observación; es un rayo de luz arrojado sobre la inteligencia, la imaginación o el sentimiento; es en el lenguaje lo que la fórmula algebraica en las matemáticas: una ley del mundo

psicológico o material encerrada a veces en una palabra; una comparación que deslumbra o una verdad que ilumina.

”Así considerada, se resume en la frase las incógnitas y misteriosas leyes de la inteligencia, desde las delicadezas del presentimiento hasta las marrullerías de la experiencia: tiene todo el rebuscamiento de los símiles y alguna vez toda la dificultad del jeroglífico, la acerada punta de la sátira y la belleza de la galantería, la prontitud del rayo y la luz del sol.

”Abraza todos los afectos del alma y los hiere profundamente: unas veces da en el blanco como un dardo, otras penetra con la suavidad y curvatura de la víbora o como un volador de fuego haciendo estragos.

”Tiene de la fotografía no sólo la exactitud sino la instantaneidad; no sólo la reproducción sino la fuerza de la luz que le da origen, iluminando el dibujo y ennegreciendo fuertemente las sombras. Toma las infinitas formas del pensamiento, de la oportunidad y del tiempo; se viste con todos los colores del espectro solar y sus combinaciones; usas todas las armas ofensivas y defensivas, desde la cota de malla hasta el veneno, y representa todos los papeles desde el de ángel hasta el de demonio”.

En este punto parece que la mención le era especialmente dirigida, aunque la similitud del lado oscuro con Ella era tan impensable como insospechado. Retórica licencia para completar el escenario. Dio un respingo don Ángel para asentar su frase, no fuera que en el transcurso del acto diera en olvidar la puntualización porque ya se sabe que cuanto más rebulle una idea o un inciso antes se pierde su efecto de no ser citado a declarar.

“También hay frases que nacen en el desierto de un alma sin que nadie las escuche; otras que nacen y viven para una

sola persona, y otras, en fin, que penetran en todas partes y son repetidas por todos los labios”.

Qué verdad inmarcesible la pronunciada.

“Su influencia es a veces decisiva. A veces es injusta, es cruel, injuriosa y falsa; pero obedece a esa horrible verdad que dice: ‘Calumnia que algo queda’, y suele ser tanto más perversa cuanto mayor es la gracia que la envuelve. Porque el ingenio y la gracia tienen el privilegio, tal vez injusto e inmoral, de encubrir la maldad y disculparla; son el dorado de la amarga píldora y la rosa que oculta con sus hojas las espinas; de todas las vestiduras que puede tomar el mal, desde el cinismo a la hipocresía, no hay ninguna más perfecta y de más perniciosa influencia. La sátira es un arma cruel; cuando la acompaña la gracia es un arma envenenada”.

A esas alturas de la vida que le ha tocado vivir, a solas o acompañado, don Ángel alterna el escepticismo con el sarcasmo en las cuestiones mundanas; ¡cómo una persona con firme criterio iba a soportarlas de otra manera! No era un dechado de virtudes, no; tampoco un ser distante y egoísta al extremo de difuminar los escrúpulos. Tenía a gala ser amigo de sus amigos y la pareja de su pareja; cosas compatibles en el cotidiano proceder.

“Así, en la vida pública y en la vida privada ha habido frases que se han pagado muy caras; frases envueltas en lágrimas y en sangre, que han variado un carácter o una vida, y que alguna vez se han levantado contra su autor como un remordimiento o como una expiación. Por el contrario, hay frases que por sí solas han hecho la gloria y la fama de un escritor o de un artista.

”Las situaciones críticas de la vida, los momentos de peligro, las revoluciones, todo lo que es capaz de conmover

profundamente el corazón humano, producen frases que la historia suele recoger ávidamente como otras tantas bellezas”.

Alguno de esos momentos indeseados había posado su garra sobre el ánimo de don Ángel en tiempo precedente, también en el de Ella y sus allegados; momentos que acuden a la memoria desde la perspectiva del suceso superado aunque con las secuelas vívidas, permanentes. Puede que para no errar de modo idéntico en lo sucesivo. Don Ángel es hombre resuelto que atempera y lidia según manda la circunstancia; en el presente, ufano, suspira quedo con el alivio del vencedor en la contienda.

“Los ánimos débiles se anonadan en los momentos terribles y ante los sucesos extraordinarios; pero los fuertes toman mayor vigor y lucidez, se entusiasman y elevan con los acontecimientos y adquieren la grandeza del genio. Hay seres vulgares en la normalidad de la vida que necesitan esos momentos para demostrar su valor; ya porque sólo se conmueven ante hechos extraordinarios, ya porque, como las águilas, necesitan inmenso espacio para volar, y se rinden y empequeñecen en reducida atmósfera.

”Si se estudiara detenidamente este carácter español, que tan poco han comprendido cuantos extranjeros han tratado de describirle, sería muy fácil tal vez explicar su indolencia habitual, su ordinaria apatía, y su actividad y grandeza en las situaciones extremadas, por esa necesidad que tienen los ánimos no vulgares de circunstancias extraordinarias. Póngasele ante un mundo y brotarán los héroes como Hernán Cortés y Pizarro; amenácesele con la esclavitud y aparecerán los vencedores de Bailén y los defensores de Zaragoza y Gerona”.

Los citados amigos reunidos en audiencia solícita se

adornan con las virtudes patrias que han heredado, atestiguan, y legarán, confirman, henchidos de sentimiento nacional, de orgullo de civilización, genio y figura adaptados al envoltorio. *Pueblo español escucha a tus nobles hijos*, recita don Ángel para sus adentros pero con la mirada desplegada hacia todos los horizontes. Sigue: *Patria no olvides a los que dieron su vida por ti*.

“Lo que a otros pueblos abate y desanima a nosotros nos da aliento, vigor e inspiración. Las heridas nos excitan, la persecución nos levanta, las contrariedades nos fortalecen; y por el contrario el triunfo nos aplana, nos divide y nos debilita. Somos fuertes luchando y débiles venciendo. Toda nuestra historia lo demuestra en cuantas guerras y conquistas hemos hecho. Parece que la vulgaridad y normalidad de la vida enervan esta gran actividad de una sangre meridional, que late generosa al calor de las grandes ideas y de los grandes sacrificios. Todos nuestros héroes son hijos de la pobreza o de la desgracia; casi todas las obras más notables de nuestros ingenios se han escrito en la miseria o en la cárcel, en el destierro o en el campo de batalla”.

Costeando a través de suscripciones populares y proclamas intelectuales la erección de monumentos y efigies a los hijos del honor y la dignidad. Con frase lapidaria y exaltadora del genuino carácter de los antepasados.

“La frase corresponde también a cierto estado del ánimo. La emoción, la pasión, los hechos que conmueven profundamente exigen un estilo cortado, un periodo breve y compendioso, porque entonces el labio no puede pronunciar palabras meditadas ni cláusulas compuestas. Es preciso que en pocas articulaciones se resuman todos los sentimientos que agitan el alma.

”Un discurso en boca de Guzmán el Bueno, arrojando el

puñal para que quitaran la vida a su hijo, habría sido ridículo e imposible; esta acción habría perdido la mitad de su sublime y bárbara grandeza”.

Bendita medida. El sentimiento debe tener un límite al reflejar la situación; demasiada impresión perjudica lo que pretende expresarse.

Segundo miedo:

*Y después que la noche hubo pasado,
Dijo cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin ti!*

Ella era sí, actriz de papel innovado, intérprete de su ventera en el tono dramático de acompañamiento que le exigía el carácter.

Suspiraba de dicha don Ángel en el intermedio de la conferencia; todo salía a pedir de boca. Procedieron los nueve, juntos, a estirar las piernas y seguir comentando lo que venía a cuento o lo improvisado fruto de la vivencia con frases de reciente impresión, aptas para todos los oídos.

Una imagen viva

Estamos vivos y escapados de la fotografía. No aparecemos insertos, por más que se busque, en el recuerdo decorosa y sentimentalmente conservado en la guía de la localización, el suspiro y esa frase pertinente renovada o incorporada según la época de revista. Una enciclopedia compuesta por tomos gruesos, de sobrio grabado, donde recalcan con su anuencia o pese a su infructuosa oposición las instantáneas de vidas familiares, allegadas o fortuitas y evanescentes como los díscolos fantasmas.

Muertos y vivos. Todavía vivos o aún muertos, con cara de vivo o con el rostro propendiendo hacia la muerte cual anticipo de lo que indefectiblemente habrá de suceder un día como otro cualquiera y alguna vez a voluntad. En disposición al encuadre o pillados en una relativa sorpresa derivada en sonrisa, risa o comprensiva exclamación. Captura, arrebató, plasmación, efeméride. De ahí a la posteridad, sometidos sin posible o con mermada defensa al juicio temible sea benévolo o mordaz, sea certero o incoado en varias imaginaciones con propósitos dispares. Localización, suspiro y frase.

—Era tan alegre, se hacía querer. Qué hombre tan animado... y gentil, apegado a la vida, ¿verdad?

—Verdad de la buena.

—Servicial como pocos.

Está muerto el pariente animado y gentil, dicharachero, el alma de las antiguas fiestas, aunque la fotografía derroche vitalidad y se haya plastificado.

Con el inexorable paso de los días y los años, la vida cambia a otro estado del que se tiene noticia en una primera fase: la evidente, la certificada por un facultativo e inscrita

al cabo, por imperativo legal y conveniencia sucesoria, en el registro correspondiente. Del que se carece de noticias fidedignas más allá, dígase lo que se diga, cóbrese o páguese. Mejor así.

—¡Dónde va a parar!

Algunas fotografías reflejan acontecimientos venideros con una fiabilidad que estremece. Claro que, a toro pasado, lo de: “Ya lo decía yo”, carece de valor.

—Así cualquiera.

—Me lo dirá usted a mí.

Insisto en lo anterior; algunas imágenes nos trasladan hacia el futuro con garantía de acierto. Rostros y gestos que acogen, no sé si contra su voluntad, una consecuencia. Observe quien así lo estime oportuno, las fotografías de nacidos antes de una catástrofe, natural o inducida por la humana tendencia, y en ella o por ella fallecidos; probablemente advierta un signo precursor del drama. No voy a poner ejemplos para no entablar agravios comparativos en el círculo de afines.

—Se nota, yo lo he notado.

—Es una delación aportada fuera de plazo.

—Pues vaya.

Queda en el aire un tanto condensado de la reflexión, con el tomo de la historia en el regazo o sobre la mesa o acunado respetuosamente por manos entonces delicadas, la confusa semejanza entre lo que fue y lo que pudo ser, así como la capciosa similitud entre lo que se ve y lo que se cree distinguir.

Forma parte del juego de la vida el recrear las circunstancias que la condicionan. También forma parte del juego de la vida el conceder espacio al misterio, a lo inasible, a la posibilidad. Como cuando azota la terrible desgracia, la

insufrible incertidumbre de la desaparición. La sacudidora y al tiempo esperanzada visión fotográfica de la persona que es y no está, arrebatada de su mundo para conducirla a un estado legal de tránsito entre la suposición y la sentencia.

—Abatidos por la congoja esperan y desesperan tanto los que piden como los que anhelan.

—Es la muerte en vida para unos y los otros.

Una nube de tristeza es empujada por la algodonosa nube de la resignación, después de un paréntesis cuyo cierre ni se atisba; una resignación forzada, benevolente con el continuado sufrimiento; casi como un bálsamo que atempera el ánimo hasta el desenlace terrenal que, con fe, augura un encuentro en lugar protegido de tamaña desdicha.

—Una página triste.

—La que más.

La siguiente, mediado el tomo, pretendida al azar: “A ver qué depara”, brinda sosiego, paz espiritual, alivio en suma. Renace el vivir cotidiano con tintes activos, aflora el sentimiento pícaro, el deleite del añadido morboso acotado a los supuestos devaneos, las concupiscencias presumibles, los conatos de aventura imposibles de discernir cabalmente entre el acarreo gratuito y muy interesado por el motivo que a cada cual incumba de ornatos y de nimbos.

—De vuelta a las nubes.

—Eso parece.

Nosotros, como las nubes que vienen y van, caprichosas en la forma y en el matiz, próximas aunque distantes para no ser atrapadas sino por la mirada afectiva de un viajero curioso, estamos vivos y escapados del inmutable retrato.